

SONREÍR JUGANDO AL PÓKER



R. FREIRE

SONREÍR JUGANDO AL PÓKER

R. FREIRE

Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado.

William Shakespeare

[Beatriz. Una espinita clavada](#)

[Lluvia. Se puede aprender mucho en el whatsapp](#)

[Beatriz. La misma piedra](#)

[Lluvia. Reglas y consejos](#)

[Beatriz. Una sesión de cocina](#)

[Lluvia. Prohibido lamerse las heridas](#)

[Beatriz. Una pelea y dos regalos](#)

[Lluvia. Lamiendo las heridas](#)

[Beatriz. Una pelea y un encuentro inesperado](#)

[Lluvia. La partida de póker](#)

[Beatriz. El último fin de semana. Primera parte](#)

[Lluvia. El último fin de semana. Primera parte](#)

[Beatriz. El último fin de semana. Segunda parte](#)

[Lluvia. Tocada y hundida](#)

[Beatriz. Lo inevitable](#)

[Lluvia. El final de la historia](#)

[Álex. Dos años después](#)

Beatriz. Una espinita clavada

Siempre que me despierto en una habitación extraña me sucede lo mismo. Durante unos segundos, a mi cerebro le cuesta situarse, y por unos breves instantes tengo la inquietante pero seductora sensación de poder elegir qué persona ser y qué tipo de vida llevar. Luego, poco a poco, los contornos de la realidad se redefinen, la lógica vuelve a inundar el mundo y los datos de mi personalidad van haciendo acto de presencia: soy Beatriz Beltrán, doctora de familia, felizmente casada y madre de una chiquilla que empieza, muy a mi pesar, a tener más de mujer que de niña.

No es, desde luego, malo en absoluto despertarse dentro de mis zapatos. He alcanzado el éxito profesional antes de llegar a los cuarenta, soy una persona alegre y sociable y mi vida familiar solo puede calificarse de muy satisfactoria. Tengo un marido que me adora y una hija que es un sol, cada pieza del puzle que con esfuerzo he ido componiendo encaja a la perfección y toda mi existencia parece discurrir de un modo deliciosamente adecuado.

Entonces, ¿cómo se explica que hoy, al despertarme en esta habitación de hotel, lo primero que he visto a mi lado haya sido el contorno de una espalda desconocida? Tan irreal me ha parecido la situación que incluso he tenido que rozar suavemente la piel apenas entrevista bajo las sábanas para cerciorarme de que no sigo soñando. Observando atentamente, me he fijado en lo que parecen unos hombros delicados y esbeltos, cubiertos por un pelo largo y rizado. He reparado también en la fragilidad que desprende el cuerpo que yace junto al mío, fragilidad que queda sin embargo desmentida por la rotunda forma de unas caderas cubiertas solo parcialmente a mi mirada.

Ya no cabe duda: por increíble que pueda parecer, a mi lado hay una mujer desnuda. Como siempre, los detalles van acudiendo despacio a mi memoria,

ayudando a que vuelva a situarme en este mundo que, hoy más que nunca, parece distinto al de cualquier otra mañana. Así, he recordado que la joven se llama Lluvia, que es la recepcionista del hotel donde me alojo y que... ¡dios mío, son casi las once! Tengo que darme prisa, sacar a esta intrusa de mi habitación y reunirme con mis colegas del hospital antes de que me echen en falta.

Tratando de ordenar mis ideas, salto de la cama y, con estúpido asombro, compruebo que sigo despierta, que por primera vez en mi vida he sido infiel a mi marido y que esto no va a desaparecer abriendo y cerrando los ojos ni chasqueando los dedos. ¿Cómo ha podido ocurrir algo tan impensable? En realidad, la pregunta carece de sentido. Yo sé perfectamente el camino que me ha traído hasta aquí, y fingir sorpresa o arrepentimiento sería una hipocresía inmensa por mi parte.

Sí, yo conozco cada uno de los pasos de mi traición, pero comprendo que cualquiera que esté leyendo esto se sentirá extrañado de que una mujer respetable, amante esposa y madre intachable, se haya dejado seducir con tanta facilidad por una joven de mirada traviesa y sonrisa pretendidamente inocente.

Supongo que hace falta que os explique algunas cosas para que podáis entenderme mejor, de modo que me veo obligada a retroceder en el tiempo unas cuantas horas. No os inquietéis, no será demasiado. Es curioso, ahora que lo pienso, que la vida pueda a veces cambiar más en dieciocho horas que en dieciocho años...

—¿Te animas a tomar algo con nosotros esta noche Beatriz?

—Lo siento de veras chicos, pero tengo que preparar la charla de la semana que viene.

—Vamos, no seas aguafiestas, ya hemos terminado el congreso, no se hundirá el mundo porque desconectes un rato del trabajo.

Jaime tiene razón, pero en realidad mi excusa solo pretende ocultar que no me apetece ni mucho ni poco salir con mis colegas a quemar la ciudad. No es que tenga nada contra ellos, pero me resultan terriblemente aburridos. Además, en el fondo estoy segura de que tanto Jaime como Juan, conocidos como la doble jota en el hospital, prefieren que les deje solos. Eso les permitirá salir a buscar compañía femenina, como hacen en cada viaje que tenemos que hacer por motivos profesionales. Por mi parte, lo único que deseo es llegar pronto a la habitación del hotel, llenar la bañera de agua caliente y relajarme durante un par de horas sin pensar en nada ni en nadie.

Hace ya varios años que participo en este tipo de congresos como ponente. Me gusta dar charlas a los jóvenes estudiantes y ayudarles a superar los escollos que a veces plantea una profesión tan exigente como la medicina. Aunque lo hago voluntariamente, lo cierto es que este viaje me ha resultado especialmente duro. No sabría explicar el motivo, pero me siento cansada, aburrida... ¿insatisfecha?

Meditando sobre ello, me bajo del taxi detrás de mis compañeros y entro en la recepción del hotel, mientras consulto el reloj y calculo el tiempo que falta para que mi marido llegue a casa y pueda charlar un rato con él.

—Atento —le dice una jota a la otra sin importarle que yo le oiga—, está la recepcionista cañón. Observa a un profesional.

Entonces, hinchando mucho el pecho y metiendo tripa, los dos se dirigen a la presunta víctima, que al verles ensaya una sonrisa que se me antoja muy poco espontánea.

—¿Te has hecho daño al caer?

La joven me mira un instante, como buscando apoyo, finge no haber oído nunca la presunta gracia y responde sin dejar de sonreír:

—¿Disculpe?

—Preguntaba si te has hecho daño al caer del cielo... porque por tu aspecto seguro que eres un ángel. Y llámame de tú o me enfadaré, Lluvia.

Por favor, ¿se puede ser más patético? Lluvia, cuyo nombre figura en la placa que lleva cosida en su chaqueta reglamentaria, vuelve a sonreír, y las dos estúpidas jotas parecen creer que lo hace por simpatía y no por obligación profesional. ¿Ha vuelto a mirarme la joven antes de contestar?

—Lo siento, son normas del hotel.

—Al diablo las normas del hotel, ¿qué tal si te invitamos a tomar una copa cuando acabes el turno? Tal vez podrías enseñarnos un poco la ciudad antes de volver a Madrid.

—Es muy tentador —no puedo evitar sentir admiración ante la paciencia con que maneja la recepcionista la situación—, pero hoy me toca estar aquí toda la noche.

—Vaya, no me digas, ¿y no podrías...?

—¿Nos das la llave de nuestras habitaciones por favor? Y vosotros, ¿no podéis dejar a esta chica un poco tranquila?

No he podido reprimirme, y aunque la doble jota parece mirarme un poco ofendida, creo descubrir en los ojos de Lluvia un sincero alivio por mi intervención. La verdad es que la chica es una monada: melena rubia y rizada, enormes ojos verdes que parecen encendidos, cuerpo esbelto pero lleno de provocativas curvas... incluso con el soso uniforme del hotel llama la atención más de lo que probablemente a ella le gustaría.

—La 207, ¿verdad?

Me ha gustado que supiera de memoria el número de mi habitación, y también la sonrisa que me ha dirigido durante el breve instante en que, mientras me entregaba la llave, nuestros dedos se han rozado. A veces, las mujeres tenemos que apoyarnos, sobre todo cuando un par de patanes engreídos no se dan cuenta de que están molestando con su prepotencia machista.

—Vaya, ¿qué ha sido eso? —me pregunta una de las jotas mientras caminamos hacia el ascensor—. Cualquiera diría que te molesta que tonteemos un poco con ella.

—A lo mejor está celosa —apunta la otra jota—, ¿te has dado cuenta de cómo se miran las dos todas las noches?

—¿Qué estupideces estáis diciendo?

Me ha salido una voz excesivamente chillona, y yo misma me sorprendo al comprobar lo nerviosa que me he puesto. Creo que es Juan el que, sonriendo, trata de exprimir un poco más la broma:

—Tranquila mujer, que nosotros somos muy modernos. La verdad es que la moza solo tiene ojos para ti... incluso se ha aprendido el número de tu habitación.

Los dos rompen a reír con fuertes carcajadas, muy orgullosos de sí mismos. Si estos dos exitosos médicos son lo mejor del género masculino, no es de extrañar el estado del mundo en general. No puedo ni imaginar que Sergio, mi marido, resulte igual de vulgar y desagradable cuando viaja solo con sus colegas por motivos de trabajo. Afortunadamente, el ascensor ha llegado a nuestra planta, y por fin puedo despedirme de la doble jota. Es un alivio cerrar la puerta del cuarto a mis espaldas. Este año ha sido bueno en el hospital, y estamos alojados en un hotel de muchas estrellas, por lo que dispongo para mí

sola de una cama enorme y un cuarto de baño con jacuzzi incluido.

Casi me relamo al pensar en lo que me espera, y mientras empiezo a desnudarme llamo a casa para tener la charla de todas las noches. Antes de que suene el segundo timbrado, la voz de Sergio aparece al otro lado, cálida y afectuosa:

—¿Cariño? ¿Qué tal el día?

—Bien —suspiro al tiempo que me quito los zapatos—. Un poco harta de Juan y Jaime, creo que no podría resistir un día más con ellos.

—Mejor —ríe Sergio divertido—, así valorarás más lo que tienes en casa.

Las cosas entre nosotros siempre han ido bien, y eso que nadie apostaba a nuestro favor cuando yo me quedé embarazada a los dieciocho. Pero ambos éramos tenaces y sabíamos lo que queríamos, y a pesar de que fue duro fuimos capaces de criar a nuestra preciosa niña y seguir al mismo tiempo con los estudios, yo de medicina y él de derecho. Desde luego, no podríamos haberlo hecho sin la ayuda de nuestros padres, pero creo que ambos podemos estar orgullosos de la posición que actualmente disfrutamos.

—¿Qué tal está Marta? ¿Ha llegado ya?

—Se ha quedado a dormir en casa de su amiga Sonia.

—Vaya, hoy no podré hablar con ella.

—Intenta llamarla al móvil, aunque ya sabes que cuando está con sus amigas...

—No soy tan ilusa. Además, estoy agotada, voy a darme un baño y me acostaré enseguida.

—De acuerdo cariño. Descansa, nos vemos mañana.

Me ha sorprendido un poco la celeridad con la que Sergio se ha despedido de mí. Habitualmente, en una situación como la de esta noche se pondría

zalamero, preguntándome una y otra vez si estoy desnuda mientras hablo con él o insistiendo para tener sexo telefónico, algo que nunca he accedido a hacer, no porque me escandalice sino porque simplemente lo encuentro absurdo. Encogiéndome de hombros, me quito los pantalones, entro en el baño y acciono el grifo del agua caliente. Supongo que mi marido está tan cansado como yo, lo más probable es que pase la noche con uno de sus videojuegos o viendo alguna película de acción.

Es una suerte que no sea como la doble jota, vaya par de estúpidos. Al pensar en ellos vuelve a mi mente su torpe broma, ¡insinuar que Lluvia y yo...! Es indignante, pero no es eso lo que me ha puesto de tan mal humor. Porque lo cierto es que, por mucho que no quiera reconocérmelo a mí misma, estoy muy irritada.

Exasperada, vuelvo a cerrar el grifo del agua. ¿Qué hacer, dios mío? Nunca lo había sentido con tal fuerza, jamás me había visto tan al borde de la tragedia. Por supuesto, muchas veces antes me había encontrado con mujeres que me resultaban atractivas, pero hasta ahora siempre había sido de un modo inocente y platónico. En cambio... creo que desde la primera vez que vi a Lluvia, el segundo día de congreso, noté que había algo peligroso en su presencia, como si con ella pudiera llegar a hacerse real lo que durante tantos años no había pasado de ser una fantasía sin maldad.

¿Acaso no tiene fantasías todo el mundo? Mi marido siempre ha confesado que le encanta esa actriz pelirroja, no recuerdo su nombre, e incluso me ha hecho llegar con él a uno de esos acuerdos tontos que dan permiso a tu pareja para tener sexo con una o dos personas famosas elegidas previamente. Yo misma puse en mi lista a un par de actores guapísimos, y los dos nos reímos y juramos no enfadarnos si en un futuro improbable el otro conseguía cumplir su sueño.

El problema es que yo no había puesto mi verdadera fantasía en el acuerdo. No sé por qué, pero incluso ante Sergio siempre he ocultado mi bisexualidad. Creo que lo he sabido desde que tengo uso de razón, desde que vi las pestañas de Raquel moverse acompasadas en el colegio y empecé a despertar al duro mundo del deseo y el amor. Sí, me gustan igualmente los hombres y las mujeres, ¿es eso un pecado?

Tal vez mi problema sea que encontré demasiado pronto el amor verdadero. Era casi una niña cuando conocí a Sergio, y sin poderlo remediar caí irreparablemente enamorada. ¡Era tan guapo, y parecía tan maduro comparado con los chicos de mi edad! Solo tenía cuatro años más que yo, pero ya estaba a punto de terminar la carrera, y era a un tiempo serio y divertido, tierno y fuerte, amistoso y seductor. Así, sin darme cuenta una cosa llevó a la otra, y nuestro error de juventud se convirtió en una preciosa niña, y antes de haber podido experimentar estaba casada, cuidando de un bebé y estudiando nada menos que medicina a base de quitarme horas de sueño.

Pero lo superé todo, acabé los estudios a los veinticinco, triunfé en el amor y en el trabajo, me hice con un buen puesto en un hospital y conseguí el reconocimiento de cuantos me rodeaban.

—Sí —digo en voz alta para mí misma mientras recuerdo lo deprisa que ha ido todo en mi vida—, pero nunca has hecho el amor con una mujer.

Es algo que llevo clavado dentro. A veces parece que ha desaparecido, que no necesito saber qué se siente al acariciar unos pechos que no son los tuyos, al aspirar el aroma de un sexo escondido y suave, al enterrar la lengua en una boca de labios carnosos manchados de carmín. Pero, otras veces, el desasosiego reaparece y, entonces, vuelven las dudas, los anhelos reprimidos.

Sé que soy injusta, pero a veces me enojo con Sergio por haber aparecido tan pronto. Él ya había tenido una relación larga antes de estar conmigo, ya había

podido comparar, elegir. Para mí, en cambio, todo fue tan vertiginoso que apenas me di cuenta de lo que estaba haciendo. Sí, le amaba entonces y le amo ahora, pero eso no impide que, en ocasiones...

¿Será verdad que Lluvia me mira de un modo especial? Si hay algo que me fastidia en esta vida es pensar que alguno de los miembros de la doble jota pueda tener razón en algo, pero ahora, y como excepción, me gusta imaginar que así es. Lo cierto es que me sonrío de un modo encantador, y que nuestros ojos se han encontrado tanto estos días que incluso me ha fastidiado, porque no he podido recrearme en admirar su belleza como a mí me hubiese gustado. Qué tontería, ella le sonrío a todos los clientes, ¿estaré cayendo en el mismo error que mis dos inaguantables colegas?

Sentada en ropa interior en el borde de la bañera, no termino de decidirme a llenarla. Seguro que Juan y Jaime han salido ya a aprovechar su última noche de congreso, y debo reconocer que por mi parte no tengo sueño y tampoco me apetece ver la televisión. ¿Y si me visto de nuevo y salgo a dar una vuelta yo sola por el centro de la ciudad? Hace una noche deliciosa, y eso me ayudará a relajarme y ordenar mis ideas.

Experimento un alivio inmediato apenas he tomado la decisión, de modo que, sin perder un instante, me pongo unos vaqueros y una camiseta limpios y saco de la maleta un calzado más cómodo que siempre llevo conmigo por si me apetece caminar. Luego, tras retocarme un poco el maquillaje, cojo el bolso y vuelvo a bajar a recepción.

Cuando me veo en el espejo del ascensor me doy cuenta de lo que estoy haciendo. ¿He salido solo para tener una excusa para acercarme a Lluvia? No, claro que no, me respondo tratando de tranquilizarme. Pero, entonces, ¿por qué llevo tan marcada la sombra de los ojos, y por qué mis labios parecen una

fresa madura deseando ser probada? Tal vez debería volver a mi habitación y regresar al plan original: baño de sales relajante seguido de muchas horas de sueño reparador.

Pero ya estoy en el vestíbulo, ¿qué hay de malo en pedir a la bella recepcionista que me recomiende algún paseo agradable por los alrededores del hotel? Además, ella misma ha dicho que esta noche tiene el turno completo, no hay ningún peligro de... ¿De qué podría haber peligro, por dios?

—Buenas noches Beatriz, ¿puedo ayudarte en algo?

¡Sabe mi nombre, la “recepcionista cañón” sabe mi nombre! Llevo diecisiete años casada y nunca he sentido la tentación real de ser infiel a mi marido. Sin embargo, ahora, al ver la indescriptible sonrisa que me dedica Lluvia y al notar que se ha dirigido a mí con un afectuoso tuteo, sin poderlo evitar siento que el pulso se me acelera y mis rodillas parecen chocar la una contra la otra, como si fueran incapaces de sostenerme. ¿Cómo es posible? Enojada conmigo misma por mi incomprensible nerviosismo, trato de responder con indiferencia y naturalidad:

—Estaba pensando en salir a dar una vuelta antes de dormir. ¿Puedes indicarme algún sitio cercano que merezca la pena?

—Acabo de recomendar a tus colegas ir a la zona que hay detrás del hotel a tomar la última... si no quieres encontrarte con ellos yo iría justo en dirección contraria.

No consigo entender por qué me siento tan confundida. ¿No debería molestarme que se tome tantas confianzas? ¿Quién es ella para sugerir tan abiertamente que estoy intentando evitar a mis compañeros? Su actitud no me parece nada profesional, pero... ¡es tan bonita que me parece imposible enfadarse con ella! Ahora que puedo observarla sin tener que desviar la mirada, es inevitable sucumbir al brillo de sus ojos verdes y al poder de su

sonrisa, entre dulce y provocativa. Desde luego, es lógico que la doble jota esté entusiasmada con la recepcionista del turno de noche, es todo un bellezón, y eso sin apenas maquillaje y con un uniforme tan serio que pocas mujeres podrían salir airosas llevándolo.

—Son unos pesados —digo de pronto refiriéndome a mis colegas—. Menos mal que mi marido no es como ellos, siento que te hayan molestado.

¿Por qué he mencionado a mi marido? Ni si quiera venía a cuento, ¿por qué he tenido que soltar esa estupidez? ¿Tal vez crea que hay un riesgo verdadero y por eso he tratado de desterrarlo cuanto antes? No es habitual en mí tanta inseguridad, y el darme cuenta me hace sentir cada vez más confusa. Por su parte, Lluvia encaja la información sin darle mayor importancia, y para mi desgracia me descubre que tiene todavía algunos tipos de sonrisa que no había ensayado conmigo. La de ahora es cómplice, y cuando me la dedica siento que la preciosa joven que tengo enfrente es simplemente irresistible:

—Tranquila, no tiene importancia... Además, tú me has echado un cable enseguida.

—No soporto que los hombres se pongan tan impertinentes.

Sigue un silencio incómodo, pero no debido a que ninguna de las dos sepa qué decir. El problema, o al menos así me lo parece a mí, es que a estas horas no hay nadie más que nosotras en recepción, y que llevamos un tiempo quizá demasiado largo mirándonos sin decir nada. Si Lluvia fuese un hombre, sin duda estaría interpretando mi actitud como una invitación a algo más pero, entre chicas...

—Salgo en quince minutos, ¿te gustaría tomar un café conmigo?

—¿Qué? —su propuesta me ha pillado tan desprevenida que no sé cómo reaccionar— Pensé que esta noche hacías el turno completo.

Otro tipo de sonrisa. Esta es más amplia, como la que pone una chiquilla traviesa que ha sido pillada en una mentira sin importancia y sabe que va a ser perdonada de inmediato.

—Yo también sé defenderme de los moscones indeseados. Con ellos no me apetecía nada salir a tomar algo.

He tenido que tragar saliva. ¿Está tratando de seducirme? Sin duda, me falta experiencia. Desde los dieciocho, cuando conocí a Sergio, no he vuelto a sentir estas mariposas en el estómago, ¿no estaré confundiendo las señales? Quizá simplemente quiere agradecerme el apoyo, o acompañarme un rato sabiendo que estoy sola en una ciudad desconocida. Sería terrible que ella solo pretendiera ser amable y yo estuviera haciéndome ilusiones de... ¿De qué? Ni por asomo quiero engañar a mi marido, debería volver arriba, abrir el grifo del agua caliente y zanzar este estúpido asunto cuanto antes.

—Hay una iglesia románica a un par de calles de aquí que merece la pena ver con iluminación nocturna. Si me das un cuarto de hora, puedo reunirme allí contigo.

No entiendo cómo, pero he aceptado. De pronto estoy en la noche cálida de principios de verano, caminando en silencio para tener una cita con una desconocida. ¿Una cita? Por más que intento decirme a mí misma que simplemente voy a charlar y a tomar un café, no consigo reprimir el runrún de mis entrañas. Es inútil seguir fingiendo, no sé si Lluvia se siente atraída por mí o no, pero sí puedo decir que, por mi parte, me siento hechizada por su belleza, y que mi mente fantasea descontrolada con lo que sería tener la oportunidad de despojarla despacio de su uniforme, poder besar su piel y... Pero eso nunca va a pasar. Me tomaré un café con esta joven tan amable y, después, pretextando estar agotada, me despediré de ella educadamente.

Una vez tomada la decisión, me sorprende descubrir la decepción que de

inmediato he experimentado.

—Confía en mí, aquí ponen un café irlandés que resucita a cualquiera.

—¿No será muy fuerte? Me cuesta dormir si tomo café cargado.

—¿Ya estás pensando en dormir? Nunca pensé que resultara tan aburrida.

Es inútil que trate de enmendar mi error, resulta obvio que Lluvia tiene la suficiente seguridad en sí misma como para pensar que pueda temer parecerme monótona.

—Me gusta este sitio —dice sin perder su buen humor—, ponen muy buena música pero se puede charlar tranquilamente.

—Sí, es muy agradable.

Estamos sentadas en un garito cercano al hotel, y todos mis esfuerzos están dedicados a recuperarme de la impresión que he recibido al ver aparecer a Lluvia. La hermosa recepcionista ha acudido a mi encuentro sin su uniforme de trabajo, y rápidamente he podido constatar varias cosas. En primer lugar, que su forma de vestir es lo que yo calificaría de excesivamente provocativa. Lleva unos pantalones cortos tan cortos que estoy segura de que podría admirar el inicio de sus nalgas si me permitiera la licencia de mirar en esa dirección, y un top que deja su ombligo, pequeño y extrañamente seductor, expuesto sin pudor ante mí. En segundo lugar, también he descubierto que, sin el serio uniforme, Lluvia parece mucho más joven, ¿cuántos años tendrá? Esa pregunta me incomoda, porque si pienso que podría ser solo uno o dos años mayor que mi hija, me siento como una vieja pervertida que no se diferencia en nada de la repulsiva doble jota que tanto detesto. Por último, pero no por ello menos importante, he descubierto que, a pesar de su melena rubia, de sus ojazos verdes y de ese par de piernas que parecen de una modelo profesional

y que tengo a escasos centímetros, lo que más me gusta de la joven son sus manos.

Eso es lo que termina de quitarme la calma. Lucho contra ello con todas mis fuerzas pero no consigo evitarlo, no sé si Lluvia me desea o si estoy completamente equivocada, pero sé que mi única oportunidad de salir indemne esta noche radica en ser rechazada o, más bien, en que la joven no se decida a tomar la iniciativa. Sé perfectamente que jamás me atreveré a ser yo la que dé el primer paso, pero también sé que, si fuera ella la que se lanzara, no podría decir no a algo que anhelo tanto.

Interiormente, pido perdón a Sergio una y otra vez por algo que todavía no ha ocurrido y que probablemente no suceda nunca. Pero es superior a mí, me fascina el modo de moverse de Lluvia, su manera tan femenina de sonreír, de retirar el pelo de su melena; me encantan sus hombros, frágiles y delicados, y la suavidad de sus rodillas, que parecen de terciopelo. Y, rematando tantas y tan perfectas armas de seducción, me aniquilan sus manos, tan pequeñas, tan blancas y con esos deditos largos y finos, tan distintos de los recios y velludos dedos de mi marido. ¿Cómo será entrelazar las manos con esas manos diminutas, cómo será ser acariciada por ellas?

Un sudor frío recorre mi espalda. Es un error estar aquí, Lluvia no es mi tipo, es apenas una jovencita alocada, no es ni mucho menos el estilo de mujer con el que siempre... Ha llegado el momento de decirlo: con el que siempre he soñado. Sí, de nuevo siento que lo necesito, que no puedo privarme de esa experiencia. Descubrir a qué sabe tener sexo con otra chica, aunque sea solo una vez. Pero no, la extraña recepcionista no es la persona indicada, es demasiado llamativa, demasiado joven, demasiado... ¿real? ¿Es eso lo que me da miedo? ¿Saber que lo que tanto tiempo llevo esperando podría suceder hoy mismo? Porque Lluvia se muestra encantadora, despliega ante mí lo que

parece todo su arsenal de seducción, y puedo asegurar que es extenso y demoledor. Tal vez esté confundiendo simpatía con deseo y amistad con sensualidad, pero tal vez no, y entonces, ¿qué haré si llega el momento? Ya que no puedo estar segura al cien por cien de las intenciones de la joven, ¿no debería al menos estar segura de las mías?

—¿Llevas mucho tiempo trabajando de recepcionista?

He tratado de buscar el tema de conversación más aburrido y serio que se me ha ocurrido, sin duda es una buena opción para conseguir que no pase nada extraño esta noche, y mientras doy un sorbo a mi café trato de mantenerme alerta para no bajar la guardia.

—Solo trabajo aquí los veranos —me informa mi acompañante descruzando y cruzando ante mí sus larguísimas piernas—. Estoy estudiando marketing, no me gustaría pasar toda mi vida de hotel en hotel.

—Claro, me parece muy bien. Yo siempre le digo a mi hija que tiene que tener claro lo que desea hacer con su vida.

—Vaya, ¿también tienes una hija?

Otro tipo de sonrisa. Ahora, toca el modo burlón, y me ha hecho sentir terriblemente ridícula. Inconscientemente o no, es como si yo tratara de poner trabas a lo que pudiera pasar esta noche entre nosotras, mientras que ella, por su parte, se toma con humor mis torpes excusas, segura de que, al final, lo inevitable tendrá que suceder.

—Sí —carraspeo nerviosa—, tiene ya diecisiete años.

—¿Tan mayor? La tendrías muy joven.

—Era casi una niña.

He respondido entre halagada e irritada por mi propia torpeza. ¿Qué estoy

haciendo exactamente? Sentadas en un rincón apartado del local, el cruce de miradas se me antoja evidente y continuo. Creo no faltar a la verdad si digo que Lluvia desprende sexualidad por cada poro de su piel mientras que yo, por un lado, no me niego a dejarme llevar por el juego pero, al mismo tiempo, intento sabotearlo continuamente.

—¿Sueles viajar mucho? —pregunta entonces la joven, ladeando la cabeza y permitiendo así que su exuberante cabellera repose sobre sus hombros.

—Una vez al año se organizan estos congresos. Me gusta participar en ellos, son muy educativos.

Me siento muy extraña. No puedo evitar tener la sensación de que a Lluvia no le interesa en absoluto lo que le digo. Me mira fijamente, pero en sus ojos no leo atención, sino más bien... ¿paciencia? De nuevo pienso que debería enojarme con ella, ¿está de caza, igual que la doble jota? La diferencia radica en que, mientras que ser la presa de Juan y Jaime me resultaría odioso, estar en el punto de mira de la preciosa rubia me produce una inquietud en absoluto desagradable.

—¿Te apetece otro café?

—No, gracias —respondo tras consultar mi reloj—. Se está haciendo tarde, y si tomo otro no podré pegar ojo en toda la noche.

—¡Qué aguafiestas! Pensé que mañana no tenías que madrugar.

Aguafiestas. Es la segunda vez esta noche que me lo llaman, y eso me da que pensar. ¿Me estaré convirtiendo en una persona triste y melancólica?

—Qué decepción —insiste Lluvia sin apartar sus enormes ojos de mí—. Creí

que podríamos pasar un buen rato juntas, no siempre pasa gente tan interesante por el hotel.

Un nuevo tipo de sonrisa. Esta vez, del modo francamente desafiante. Sus ojos no parpadean mientras me miran, y no puedo evitar sentirme taladrada por ellos. Dios, es tan hermosa que me resulta imposible analizar las cosas con claridad. Por un lado están Sergio y Marta, mi familia que llevo una semana sin ver y con la que me reuniré mañana. Los quiero con locura a los dos, y lo único en lo que debería pensar es en abrazarles de nuevo. Pero aquí y ahora, tan cerca que podría tocarla con solo estirar la mano, está la joven más fascinante que he conocido en mi vida. Temblando, reparo en su boca entreabierta, ¿cómo será aspirar al aliento que sale de sus labios, llevar a los míos el aire que previamente ha pasado por sus pulmones?

Durante unos segundos ninguna de las dos dice nada, todavía no puedo estar segura de que no sea todo un malentendido. Lluvia podría estar buscando solo una compañera de juerga para tomar unas copas, a su edad y con su profesión seguro que está acostumbrada a alternar con todo tipo de turistas. Sin embargo, algo en mi interior me dice que no puedo estar tan equivocada, que desde el primer momento en que nuestros ojos se cruzaron en recepción hubo química entre nosotras, y que ella sabe que es ahora o nunca. Al sentir que todo puede estar a punto de pasar siento un deseo irrefrenable, pero también un miedo que me paraliza, y es al ver mi rostro desencajado cuando Lluvia parece decidirse a jugarse el todo por el todo, y entonces borra despacio su sonrisa y me mira de un modo que me es imposible describir:

—Supongo que soy una tonta, pero me había hecho ilusiones de que me invitaras a pasar la noche en tu habitación.

Su voz ha sonado como una sentencia, y el gesto que ha compuesto mientras las pronunciaba me ha hecho sentir como una niña indefensa. El corazón

parece querer saltar de mi pecho, noto las manos sudorosas y la respiración agitada. Ya no hay duda, las cosas pasan tan deprisa que no puedo creerlo: si me dejo llevar, podré tener entre mis brazos en unos momentos un cuerpo femenino, ¡y qué cuerpo! La tentación es tan grande como el terror a lo desconocido.

—Creo que debería marcharme.

—¿Es que no te gusto?

Lo que más me fastidia es que ella parece divertida. Tengo la continua sensación de que Lluvia sabe perfectamente lo que va a suceder, mientras que yo, por mi parte, me estoy comportando de una forma inestable e incongruente.

—No, no es eso...

—Entonces, ¿sí te parezco al menos un poquito atractiva?

Es demasiado para mí. Lluvia está disfrutando con mi desconcierto, ha vuelto a cruzar y descruzar sus piernas desnudas, y habría que ser insensible a la belleza para no claudicar ante ellas. Además, ahora va lanzada, sabe que mañana será tarde y que tiene que saltar etapas si quiere llevarme a la cama, y una vez abiertas las hostilidades es evidente que no piensa detenerse ante nada.

Poniéndome en pie, pago sin atender a sus protestas nuestras consumiciones y salgo a la calle. Por un instante temo que Lluvia no me siga, pero enseguida la veo junto a mí, mirándome con cara de niña buena y esbozando el enésimo tipo de sonrisa: ahora es la suplicante, tipo perrito abandonado que pide cobijo. Necesito una excusa, algo convincente que decir para no quedar como una cobarde.

—¡Estoy casada! —exclamo mientras me pregunto si mis palabras la habrán parecido a ella tan ridículas como a mí.

—Lo sé, es lo primero que me has dicho de ti. Eso y que tienes una hija de diecinueve años.

—Diecisiete —por alguna razón, me parece importante precisar la edad exacta de Marta—. Y yo tengo treinta y cinco. Casi... casi podría ser...

—¿Mi madre? —Lluvia ríe ahora francamente, y su risa me parece encantadora—. Créeme, no te pareces en absoluto. Más bien...

De pronto, reparo en que, durante toda esta conversación, he echado a andar en dirección al hotel, y el resplandor de la recepción está ya a la vista. Unos metros más y tendré que tomar la decisión más difícil de mi vida: seguir siendo una esposa ejemplar y madre responsable, o dejarme llevar y cometer un acto que tendré que ocultar eternamente.

—¿Más bien? —es superior a mí, no puedo quedarme sin oír sus palabras, aunque todavía no sé si lo que va a decir podrá sanar o no mis heridas. Lluvia me mira con una sonrisa astuta y cargada de segundas intenciones:

—Más bien te considero una “milf”.

—¿Una qué?

—Una “milf”, una mother i’d like to fuck. Pensé que los médicos estabais más fuertes en inglés.

Siguen unos instantes tensos, porque por mi expresión es evidente que Lluvia sabe que la he entendido, y ahora aguarda expectante mientras yo me pregunto cómo es posible que sea tan descarada y cómo no la preocupa que pueda descubrirla alguien del hotel entrando con una clienta, ¿no prohíbe eso el reglamento? Pero esa pregunta no es la que de verdad me interesa. Lo malo es que no sé si sus palabras me molestan o me llenan de júbilo: de modo que soy para ella una “mother i’d like to fuck”, una madre que le gustaría follarse, y un estremecimiento recorre mi cuerpo al pensarlo sin poder evitarlo.

¿No facilita eso las cosas? De un modo estúpido, una parte de mí había pensado que, si daba el paso, ya no habría vuelta atrás. Ahora, sin embargo, de repente me doy cuenta de que lo que pase esta noche no lo sabrá nunca nadie aparte de nosotras, y eso me traspasa el alma porque hace posible dejarse llevar y me deja sin excusas. ¿Seré una mala persona si cedo a la tentación? Lluvia significa una posibilidad de sexo audaz y sin ataduras, justo lo que necesito para sacarme la espinita, para quitarme esta comezón que siento al pensar que nunca he experimentado algo que deseo tanto. Como adivinando mis pensamientos, la joven me sonrío ahora del modo más inocente, con una expresión casi virginal, ¿cómo puede jugar así con el gesto de sus labios? Me estremezco al pensar en lo que podría sentir al besarlos, al morderlos y hacerlos míos, al adentrar mi lengua entre ellos. Con un suspiro, doy un par de pasos hacia la puerta del hotel. La joven sigue a mi lado, segura de sí de un modo casi insultante. Al oír sus palabras, una parte de mí quiere protestar, pero en el fondo sé que la suerte está echada y que ya no tengo escapatoria.

—Cuando pidas la llave de tu habitación, pregunta al recepcionista si puede darte una aspirina. Mientras busca en el botiquín aprovecharé para colarme, prefiero que no me vean subir contigo.

No puedo entender lo que está pasando. Me siento una marioneta a las órdenes de Lluvia; todo ha pasado como en un sueño y, de pronto, estoy ante la puerta de mi cuarto, tratando de controlar el temblor de mis manos mientras forcejeo con la cerradura.

—Tranquila —dice ella apareciendo silenciosa en el rellano y posando su mano sobre la mía—. A veces se atasca, déjame a mí.

Al sentir la suavidad de su piel en mi mano, la sensación es tan gratificante que, cuando cierro la puerta a nuestras espaldas, no sé si gemir de miedo o de satisfacción.

¡He traído una chica a mi habitación! Aquello con lo que he fantaseado desde que tengo memoria está a punto de suceder, produciéndome una extraña sensación de irrealidad. Es como verme a mí misma desde arriba, convertida en un personaje de película de sobremesa que vive una pasión tórrida y prohibida.

Por su parte, Lluvia sonrío, ahora casi con timidez, pero es evidente que lo que le preocupa es no ir demasiado deprisa conmigo y estropearlo todo.

—¿Estás bien?

Al tiempo que me ha preguntado, su mano ha cogido la mía, y es inaudito el efecto que eso ha causado sobre mí. Porque es una mano suave, delicada, pequeñísima, y su contacto me ha erizado el vello de los brazos y me ha hecho soltar un suspiro, ¡me encanta entrelazar mis dedos con los suyos!

—¿Quieres... quieres tomar algo? —pregunto señalando al mueble bar que no he abierto desde que llegué al hotel, hace casi una semana.

Lluvia no contesta a mi pregunta. Simplemente, con la mano libre retira el pelo de mi cara y, luego, con una delicadeza que desmiente su vulgaridad al calificarme como “milf”, me besa dulcemente en los labios.

Dios, es delicioso. Ha sido un beso suave, tímido, apenas un roce, pero ha bastado para hacer que sienta las piernas de trapo. Cerrando los ojos, espero a que se repita, pero son sus palabras las que me sacan por un momento del sueño que estoy viviendo.

—¿Es la primera vez que haces esto?

Confusa, riendo para ocultar mi turbación, intento responder con evasivas:

—Sí, nunca había engañado a mi marido. Estamos felizmente casados, no

vayas a pensar que...

—Me refiero a si es la primera vez que lo haces con una chica.

De pronto me siento avergonzada, como si mi falta de experiencia fuera algo ridículo. Y tal vez lo sea, después de todo, porque privarme a mí misma de lo que deseo tanto no habla muy bien de mi manera de encarar la vida. Lluvia vuelve entonces a besarme, esta vez en la mejilla, y mientras pienso sorprendida en lo agradable que resulta su inocente beso, ella trata de serenar mi evidente ansiedad:

—Tranquila, tranquila —susurra, besándome ahora muy cerca de la boca—.

No sé cómo hemos llegado a la cama, pero de pronto estamos las dos sentadas, y sentir el brazo de Lluvia rodeando mi cintura me quita la vida. Hemos dejado las puertas del pequeño balcón entreabiertas, y una brisa fresca y revitalizante entra y se enreda sobre nuestra piel. La luz de la Luna llena dibuja sombras que se me antojan de una sensualidad exquisita, y cuando al fin la joven vuelve a besarme reprimo un gemido que hubiera revelado mi impaciencia.

Y es que, en efecto, a duras penas aguanto mi deseo de lanzarme sobre ella. Soy a la vez un cervatillo y un tigre hambriento, estoy asustada pero a punto de entrar en erupción, quiero dejarme conducir por alguien más sabio pero al mismo tiempo necesito ser yo la que lleve la iniciativa.

Lluvia besa mi cuello, el lóbulo de mis orejas, mis sienes palpitantes. Yo me dejo hacer, mientras sus manos acarician mis brazos desnudos, mi cintura, mi espalda. Me trata como a una muñeca de porcelana, y es encantador notar el esmero con el que intenta iniciarme en este delicioso camino recién descubierto por mí.

Ahora, sus labios vuelven a posarse sobre los míos. Abro la boca lo justo para

permitir que su lengua me visite, que se encuentre con la mía, que ambas se enreden en un majestuoso intercambio de saliva que...

No puedo más. Con un movimiento brusco que incluso llega a asustarla, la obligo a recostarse sobre la enorme cama de mi habitación de hotel. Ahora soy yo la que ataca, subida a horcajadas sobre ella y besando su cuello, mordiendo sus labios hasta casi hacerla gritar y palpando su cuerpo con mis manos con la ansiedad de tantos años de deseo reprimido.

Sorprendida por mi propia agresividad, estoy a punto de desgarrar su top al quitárselo con violencia. Luego, libero unos senos llenos, blancos y de una suavidad enloquecedora. ¡Qué diferencia con el torso nervudo de Sergio! Es curioso. Después de tantos años de matrimonio, nunca he sentido la necesidad de besar el pecho de mi marido. Sin embargo, ahora entierro la cara entre los hermosos senos de Lluvia, restriego las mejillas contra ellos, los beso, agasajo sus pezones duros como cerezas.

La joven gime debajo de mí, y el sonido de su voz, tierna y desfallecida, redobla mi excitación. Todo es nuevo y todo me parece enloquecedoramente perfecto. Me maravilla hundir la lengua en su ombligo, me tiemblan los dedos cuando desabrocho sus pantalones, me fascina descubrir unas caderas amplias, redondas y encantadoramente marcadas con un tanga que arranco al más puro estilo peliculero.

Ya está, tengo a Lluvia completamente desnuda debajo de mí. El momento es tan eléctrico que necesito parar un instante para asimilarlo. Incorporándome, la observo con atención. La luz de la Luna dibuja un cuerpo perfecto, lleno de redondeces estratégicamente distribuidas y tan apetecible que me pregunto si merezco tanta suerte.

—¿Va todo bien? —pregunta preocupada la muchacha, que no entiende la repentina interrupción.

No contesto. Me limito a dejarme caer sobre ella de nuevo, a besar su cuello, sus pechos, sus axilas, a recorrer con mi lengua cada centímetro de su piel, mientras ella se retuerce bajo mi peso, sus manos enredadas en mi pelo, sus piernas anudándose con las mías.

El aroma de su sexo me enloquece. Está rodeado de una mata de vello exuberante y majestuosa que no me impide besar mucho tiempo sus ingles mientras propino cariñosos pellizquitos en la cara interna de sus muslos, lo que provoca hipidos de placer en mi amante. Mis manos suben a ciegas hasta encontrar sus pechos, los amasan, los aprietan, se deleitan en la sólida resistencia de su piel joven y llena de vida.

Besar la vagina de Lluvia me produce un placer inexplicable. Quisiera tenerla toda dentro de mí, aspirar hasta el último de sus fluidos, fundirme con ella en un solo ser. Mi lengua juega, explora, se adentra por primera vez en una cueva delicada y terriblemente acogedora.

Jamás pensé que esto pudiera gustarme tanto. Mientras con una mano retiro un incómodo pelito de la comisura de mis labios, con la otra forcejeo con el botón de los vaqueros que todavía llevo puestos y, al tiempo que regreso presurosa al sexo de mi amante, permito que se adentre, que se cuele entre las braguitas y mi piel hasta acomodarse, finalmente, sobre mi propia vulva temblorosa.

Lo que sigue me transporta a otro mundo. Un mundo que creía conocer pero en el que esta noche descubro matices nuevos y tan sorprendentes que todavía no consigo asimilarlos. Mientras mi boca absorbe y forceja y mi lengua se adentra entre los pliegues más íntimos de Lluvia, mis propios dedos se alojan en mi interior y empiezan a moverse rítmicamente.

Siento las manos de la joven sobre mi pelo, oigo sus gemidos en la semioscuridad del cuarto, me ahogo en el maná que brota de sus piernas, y mi

excitación crece al mismo ritmo que la suya. Estoy exhausta, tengo el brazo derecho dolorido y mi lengua desfallece pero, al mismo tiempo, sé que podría estar así eternamente, sumergida dentro de Lluvia, deseando hacerme pequeña para poder quedarme para siempre en tan acogedor recipiente.

Pero eso es imposible. La joven jadea ya incontroladamente, sus manos han abandonado mi nuca para retorcer con furia las sábanas, su pelvis se adelanta en violentos espasmos que anuncian el final. Creo que alcanzo el orgasmo cuando siento su vagina palpar dentro de mi boca, mientras Lluvia se deshace en un gemido de agonía tan tierno que provoca que mi propio mundo gire como una peonza arrojada en una espiral de placer absolutamente desbocado.

Luego, las dos quedamos en silencio, agotadas, recuperando poco a poco la respiración y cogiendo fuerzas para la que promete ser una noche larga y llena de descubrimientos.

—Vaya... vaya... —susurra Lluvia con voz que se me antoja dulcísima—. ¿Seguro que es la primera vez que haces esto?

—Bien, pues...

—Ha sido divertido, ¿verdad?

—¡Claro!

¿Por qué estamos las dos tan nerviosas? Ha sido solo sexo, ambas lo teníamos clarísimo. Vivimos en ciudades diferentes, soy mucho mayor que ella y, además, ¡estoy casada! No puedo evitar una punzada de remordimiento al recordar a Sergio. Durante las últimas diez o doce horas, me he olvidado por completo de él, ¿cómo es posible?

Pero ahora no puedo pensar en mi marido, tengo que despedirme de la joven con la que he pasado la noche, ¡todavía no me lo creo, he estado con una

mujer! Ahora que se va me siento extraña, como si hubiera algún vínculo emocional que me uniera a ella. Qué estupideces se me ocurren, seguro que Lluvia enlaza amante tras amante sin darle tantas vueltas a la cabeza como yo.

Lo cierto es que, contra lo que pudiera parecer, la joven ha sido una compañera tierna y delicada, mucho más de lo que hubiera podido esperarse después de su agresivo comportamiento en el café. Desde luego, las mujeres tenemos una sensibilidad especial, supongo que...

—Tal vez vaya algún día por Madrid, ¿te gustaría que nos viéramos?

Su pregunta me ha pillado totalmente desprevenida. ¿Vernos en Madrid? Imposible, allí vivo yo, allí está mi familia, mi trabajo, todo lo que tengo. Sencillamente, Lluvia no tiene cabida en ese mundo. Ella es lo prohibido, la excepción, la alocada noche de pasión que me debía a mí misma porque nunca pude llevarla a cabo cuando me correspondía. Ahora soy una mujer felizmente casada, con un marido guapo y encantador y una chiquilla que necesita estabilidad, una madre en la que confiar y que no vaya por ahí acostándose con la primera recepcionista de sonrisa encantadora que se encuentre.

Porque hay que reconocer que la sonrisa de Lluvia es sublime. Cada minuto que pasa descubro un matiz nuevo en ella. Unas veces es altiva, otras humilde; sabe transmitir ternura, deseo, complicidad... sabe ser traviesa, dócil, rebelde...

—Está bien —me oigo decir a mí misma sin poder creerlo—. Si pasas un día por allí dame un toque.

Nos despedimos con un beso en los labios, y tengo la incómoda sensación de que a las dos nos cuesta decirnos adiós. No puede ser, razono, para ella yo soy otra aventura, una muesca más en su historial. Incluso para mí, lo sucedido esta noche no pasa de ser una travesura sin importancia, algo que recordar en el futuro con una pizca de agradable nostalgia, algo que quizá incluso podré

contarle a Sergio cuando seamos viejecitos.

¿He hecho bien en darle mi número? Después de pensarlo durante un rato, decido que no tiene mayor importancia. Siempre que te despides de alguien se siente una extraña sensación de pérdida, lo he experimentado antes en los cursos y congresos que he ido haciendo, y enseguida se supera. Las promesas de mantener el contacto desaparecen en pocos días, y las amistades apenas iniciadas rara vez llegan a cuajar. Sin duda, eso es lo que sucederá entre Lluvia y yo. Lo nuestro ha sido solo sexo, ella me olvidará en cuanto meta en su cama a cualquier otra mujer, y yo haré lo mismo apenas abrace en unas cuantas horas a mi marido y a mi hija.

Con un incómodo sentimiento de inquietud que no quiero explorar, empiezo a hacer la maleta para reunirme con la doble jota.

Ya está, he procurado ser tan breve como me he podido. Ya sabéis cómo ha sido posible que una mujer casada se dejara llevar por sus impulsos más primarios. Espero que no tengáis una opinión muy negativa de mí. Es cierto que Sergio no lo merece, que no tengo queja alguna de él y que soy feliz a su lado, pero también lo es que hay una parte de mí que no puedo tener siempre enterrada.

Mientras viajo en el taxi que me lleva desde la estación hasta casa, pienso que ha sido positivo tener esta experiencia. Ya me he sacado la espinita, ya lo he probado. Ahora estoy segura de que podré retomar mi vida donde la había dejado y ser completamente feliz. Tal vez, algún día le confiese a Sergio mi bisexualidad. De igual modo que los hombres me gustan y no tengo intención de engañarle con ninguno, hoy me siento igualmente fuerte para resistir la tentación que puedan suponer las mujeres.

Espero no haber resultado antipática para vosotros y que queráis seguir un

ratito más escuchando mi historia. Tengo que contaros muchas cosas, porque al regresar a Madrid... esperad un momento, creo que tengo que dejaros, pero prometo que volveré pronto.

Ahora debo ceder mi puesto a Lluvia. Ella también quiere contaros algo.

Lluvia. Se puede aprender mucho en el whatsapp

—Este es tu cuarto. Es más pequeño que el mío, pero tiene mucha luz, ¿te gusta?

—Sí, está muy bien. Lo tienes todo muy acogedor.

Aunque hace poco más de cinco minutos que la conozco, tengo que reconocer que Alejandra me parece el tipo de chica que podría llegar a convertirse en una buena amiga. Por supuesto, de momento se trata tan solo de una intuición, pero aun a riesgo de resultar presuntuosa diré que pocas veces soy traicionada por mi instinto, y que normalmente me basta una sola mirada para saber lo que puedo esperar o no de la gente.

—¿De qué conoces a Laura?

No detecto el menor síntoma de celos en su tono. Como la propia Laura me había dicho, Alejandra es directa y franca, hace las preguntas mirándote a los ojos y da toda la impresión de que no podría entender una respuesta que no fuera sincera.

—La conocí en una cita doble. En realidad, se suponía que ella y yo estábamos destinadas a tener un tórrido romance, pero la cosa no funcionó.

Alejandra cabecea, el gesto serio pero sin parecer ofuscada o molesta, aunque sé perfectamente que Laura y ella fueron pareja durante unos meses.

—Como amante era excelente, como pareja insufrible, pero si ella cree que podemos llegar a congeniar, por mi parte confiaré en su ojo clínico.

No puedo evitar sonreír. Laura me había advertido de que mi nueva compañera de piso era una persona peculiar. Habla de un modo cortante, casi neutro, pero a pesar de su aparente rigidez hay algo en ella originalmente divertido. Más guapa de lo que parece a primera vista, lleva el pelo rapado

por un lado y largo por el otro, unos vaqueros ceñidos y una camiseta con rotos estratégicamente situados que dejan ver un sostén negro. El piercing que adorna su ceja izquierda parece en ella natural, como si hubiera nacido con él y no fuera un añadido fruto de la moda.

—Eso espero yo también. Te agradezco mucho que me hagas un sitio aquí, no conozco a nadie en Madrid y me has venido como anillo al dedo. Por supuesto, colaboraré en el pago del alquiler mientras esté aquí.

—Ya habrá tiempo para hablar de dinero. Por ahora instálate y ponte cómoda, si esas maletas están llenas de ropa te va a llevar un buen rato. Y, por cierto, llámame Álex, es más corto y creo que define mejor mi esencia.

—¿Álex? Me gusta, es... contundente.

Noto que he vuelto a sonreír, esta chica me parece dotada de un aire fresco y travieso que me relaja enormemente. He venido a la gran ciudad para terminar los estudios, y aunque estoy contenta de salir de casa por primera vez y llena de ilusión, también tengo un poco de miedo, de modo que una amiga en la que apoyarme es justo lo que necesito en este momento.

—Voy a dejarte, tengo algunos asuntos que resolver, pero podemos cenar juntas si quieres.

—Claro, estupendo.

Álex se queda mirándome fijamente unos segundos, pero es la suya una mirada tan limpia que no puede molestarme. Cuando vuelve a hablar, lo hace muy serio, como si quisiera dotar de gran solemnidad a sus palabras:

—No hemos hablado de las reglas de convivencia.

—¿Reglas de convivencia?

—No te asustes, no soy ninguna excéntrica, pero hay algunas normas que

impongo siempre a mis compañeras de piso.

—Lo comprendo, tú dirás.

—Está bien. Regla número uno, los domingos tendrás que pasarlos completamente desnuda.

—¿Perdón?

Álex me mira muy seria, pero luego estalla en una sonora carcajada mientras golpea sus rodillas con la palma de las manos, muy satisfecha de sí misma. Enseguida me uno a su broma, y las dos reímos hasta que poco a poco ella recupera su habitual aire de regia concentración.

—Ahora en serio. Regla número uno, nunca te lées con tu compañera de piso. No te ofendas, eres una monada, pero sé por experiencia que esas cosas no funcionan. Es mejor que seamos solo amigas, ¿entendido?

—Entendido —contesto haciendo enormes esfuerzos para no volver a reír.

—Continúo. Regla número dos. Nada de traer chicas entre semana. La noche de los sábados puedes invitar a tu cuarto a quien te dé la gana, pero de lunes a viernes aquí se estudia.

—Me parece bien. Siguiente regla.

—Por hoy es suficiente, si te abrumo con todas mis reglas de golpe podría asustarte. Ahora tengo que dejarte, bienvenida y todas esas cosas.

Sin decir nada más, Álex me da una copia de la llave de casa y se marcha, dejándome sola. Ha sido un encuentro curioso, pero me he sentido a gusto, y tengo ganas de conocer mejor a esta extraña muchacha. De cualquier modo, tengo muchas cosas que hacer, de modo que ahora no puedo perder el tiempo repasando la conversación que acabo de tener con ella.

Sin perder un instante, cojo la primera de mis maletas y empiezo a colocar las

cosas en los armarios de mi cuarto.

Primera noche en mi nuevo domicilio. Tumbada en mi cama, hago un repaso de todo lo sucedido en las últimas semanas: la decisión de salir de casa de mis padres por primera vez para terminar los estudios, la complicada elección entre Barcelona y Madrid, la llegada a casa de Álex...

Han sido muchos cambios en mi vida, y aunque estoy algo asustada noto dentro de mí una energía que me llena de felicidad. Estoy a punto de cumplir veinticinco años, necesitaba dar un impulso a mi vida y salir de mi pequeña ciudad, dejar atrás el trabajo de recepcionista y probar cosas nuevas. Además, tengo unos pequeños ahorros para defenderme hasta que encuentre algo aquí, de modo que no puedo dejar de ver el futuro con optimismo. Entonces... ¿por qué no me atrevo a pensar más en ello? Sé que está ahí, pero lo aparco una y otra vez, retrasando el momento de enfrentarme a la verdad cara a cara y con honestidad.

No puedo dormir. Estamos ya en septiembre pero, como me habían dicho, el calor en Madrid es asfixiante. Madrid... ¿por qué Madrid y no Barcelona? Cualquiera de las dos ciudades me ofrecía las mismas posibilidades para cerrar mis estudios y empezar a buscar un trabajo de verdad. Es una pregunta incómoda, porque tiene dos posibles caminos para ser respondida.

Primer camino: el políticamente correcto. Madrid está más cerca de mi ciudad natal, con lo cual me será más sencillo visitar a mis padres o a mis amigos cuando me invada la nostalgia. Además, en Madrid está Álex, la ex de una de mis mejores amigas, en cuya casa podré alojarme pagando un alquiler razonable y teniendo alguien en quien apoyarme durante los primeros meses. Hasta aquí todo normal, ésta es la explicación que doy a cualquiera que quiera preguntarme, y todos parecen aceptarla sin ponerla en duda.

Segundo camino: el que ni siquiera yo entiendo del todo y que, tal vez, sea el momento de afrontar, esta noche en la que parece imposible conciliar el sueño. Y es que, aparte de la proximidad geográfica y la presencia de Álex, hay una tercera razón que quizá, y solo quizá, me haya empujado a elegir la capital como destino. Me siento ridícula, pero a oscuras en un cuarto desconocido me resulta más sencillo pensar en ello abiertamente: en Madrid... está Beatriz.

Ya está, ya lo he dicho, y encima me ha salido una rima. ¿Es posible que la presencia de la bella doctora haya tenido algo que ver en mi decisión? ¿No sería absurdo que así fuera? A veces me desespera pensar en ello. Solo pasamos juntas una noche, y siempre estuvo claro que solo se trataba de un calentón. Además, ¡ella está casada! Está casada y es madre, es casi diez años mayor que yo, ¡ni siquiera es lesbiana, o al menos no como yo, que jamás permitiría que un hombre pusiera sus toscas manos sobre mí!

Es irónico: yo, la rompecorazones profesional, enganchada al recuerdo de un fugaz amor de verano. Supongo que es precisamente el saber que no podré volver a tenerla lo que me hace recordar aquella noche de un modo tan especial. Estoy segura de que, si pudiera estar junto a Beatriz un par de meses seguidos, toda la magia que guardo en mi memoria desaparecería sin remedio. El problema es que eso no es posible, que no he vuelto a escuchar su voz ni a ver su manera tan femenina de bajar la cabeza avergonzada.

Dios, ¿de verdad he venido a Madrid con la secreta esperanza de volver a verla? Suena tan patético que ni siquiera soy capaz de reconocérmelo a mí misma. Pero, por otra parte, tampoco tiene nada de raro querer repetir un encuentro que fue majestuoso. ¿Por qué no puedo llamarla y probar suerte? Nunca sería nada serio, simplemente apurar un poquito más una copa que a ninguna de las dos nos dejó satisfechas. Porque no consigo olvidar su forma de besarme, como si temiera que yo fuera a evaporarme, ni sus gemidos de

desconsuelo al ser acariciada por mí, ni...

¿Es posible que me esté excitando solo con recordarlo? No soy una persona promiscua, pero tampoco una santa. He tenido numerosas amantes, ¿por qué vuelve una y otra vez a mi mente el recuerdo de Beatriz? Está casada, es mayor que yo, tiene la vida hecha, se suponía que era solo un polvo... Me digo eso una y otra vez y suena razonable pero, pese a todo, ¡tengo tantas ganas de verla!

Y lo peor es que puedo hacerlo ahora mismo, aunque me he jurado a mí misma no recurrir tan a menudo a este sucedáneo. Pero hoy es un día especial, estoy sola y muy lejos de casa, por un ratito no va a pasar nada. A oscuras, palpo en la mesilla y cojo mi teléfono. Sí, Beatriz me dio su número, así que, como la he buscado sin éxito en las redes sociales, me he conformado con ir guardando todas las fotos de perfil que ha ido subiendo al móvil. Dado que cambia de fotografía aproximadamente cada diez días, y teniendo en cuenta que han pasado tres meses desde nuestra única noche de pasión, eso quiere decir que tengo nueve fotos distintas de mi amante.

¿Os estoy dando miedo? A veces me pregunto qué pensaría Beatriz si supiera la pequeña obsesión que estoy desarrollando hacia ella, pero creedme si os digo que puede estar tranquila. Lo único que querría hacer es besarla, desnudarla y, después... Ahora que lo pienso, a lo mejor sí que puedo asustar un poco. De cualquier modo, es el precio que pagamos todos por la exposición completa de nuestra intimidad a través de la red, nunca podemos saber quién está pendiente de nosotros, ni quién procura enterarse de nuestra vida a través de lo que colgamos o no en la nube.

Creedme, no soy peligrosa, porque no creo que sea sencillo hacer daño a nadie a base de besos y caricias. El caso es que, gracias al whatsapp, he descubierto algunas cosas sobre Beatriz. Sé, por ejemplo, que su marido es

bastante guapo, y eso no me ha hecho muy feliz. En un par de fotos salen juntos en actitud muy cariñosa, y no negaré que son las que menos tiempo paso observando, aunque siempre es bueno conocer a tu enemigo. También he descubierto que tienen una piscina en lo que parece una casa de campo propia de gente adinerada, lo cual no es extraño si tenemos en cuenta la profesión de mi amante. Por otro lado, he conocido a la que sin duda debe ser su hija, pues tiene sus mismos ojos y la misma expresión tímida y suave que tanto me gusta. De cualquier modo, en la hija solo se intuye la belleza serena y elegante que la madre posee en todo su esplendor y, aunque por edad debo estar más próxima a la primera, ni en un millón de años la cambiaría por mi adorable “milf”.

Y llegamos así a la última foto, la que me quita el sueño y la que, en gran parte, hace que esté ahora dándole vueltas al asunto y preguntándome si no debería intentar ponerme en contacto con ella. Porque, en una de las fotos, Beatriz aparece sola, con la mirada lánguida fijada en el infinito... y con una coleta de caballo recogiendo su pelo castaño y suave.

Poca cosa es, pensará quien lea esto. Podría ser, tal vez no signifique nada, pero lo cierto es que a mí me traspasa y me quita el sueño, porque no puedo evitar recordar cómo, al levantarme a la mañana siguiente, la vi vestida y haciendo la maleta, el pelo recogido y una expresión llena de tristeza en la mirada. Recuerdo que le dije que estaba preciosa con la coleta, y que ella contestó que nunca se la hacía porque a su marido le gustaba el pelo suelto...

¿Me entendéis ahora? ¿Estoy loca, es demasiado poco para construir en torno a eso mis esperanzas? Podría ser, pero si a su marido, ese cretino, no le gusta que ella se ponga coleta, ¿por qué colgar una foto en su perfil de ese modo y con esa expresión soñadora? ¡Ella tiene que recordar que me dio su número, sabe por tanto que yo tal vez pueda ver esa foto! ¿Es una señal, una llamada de socorro? A ratos pienso que sí, que es infeliz en su matrimonio y sueña con ser

rescatada por mí. Otras lo veo todo al revés, yo soy solo una aventura, algo que quería experimentar y que no tiene ninguna importancia ni volverá a suceder en su vida perfectamente ordenada.

Es tardísimo, mañana voy a estar destrozada. ¿Debería llamarla? ¿Qué puedo perder? Si no quiere volver a verme, podré por fin olvidarme de ella. Si accede a citarse conmigo, quizá podamos disfrutar de nuevo de una noche tórrida y apasionada juntas.

Porque es evidente que entre nosotras solo puede haber sexo.

Me he decidido, voy a hacer esa llamada. También podría escribir a través del whatsapp, pero creo que me da menos probabilidades de triunfo. ¿Para qué negarlo? Soy una chica guapa y con éxito entre las mujeres. Y digo mujeres en general porque siempre he pensado que, si me lo propusiera, podría convertir al lesbianismo a un porcentaje muy considerable del género femenino. Pero como no quiero poner en peligro el éxito reproductivo de la especie, de momento centraré los esfuerzos simplemente en Beatriz Beltrán Campos.

¿Cómo es posible que me haya calado tan hondo la maldita doctora? Me aprendí su nombre y su número de habitación en cuanto eché el primer vistazo a su ficha de registro y, ahora, mientras busco su número en mi lista de contactos, siento un incómodo hormigueo en las yemas de los dedos y un delicioso batir de mariposas en el estómago.

He hecho esto miles de veces y estoy acostumbrada a tomar la iniciativa, ¿qué hace que esta vez me sienta tan diferente? Mientras el teléfono da un par de tonos, me hago esta pregunta y no soy capaz de responderla. ¡Qué nervios! Suelo improvisar en estas situaciones, pero esta vez tengo muy pensado lo que voy a decir. Ni muy suelta ni muy seria, ni muy lanzada ni muy recatada, ¡sería horrible que no recordara quién soy! Pero no, eso es imposible, lo primero

que voy a...

—¿Diga?

—Hola, ¿Beatriz?

—Sí... ¿quién eres?

Hasta ahora, era un número desconocido en su teléfono. Cuando cuelgue, podrá agregarme en su lista de contactos, espiarme como yo hago con ella. ¡Ojalá lo haga, sería terrible que no lo hiciera!

—Hola. Soy Lluvia, ¿te acuerdas de mí?

Todo lo que tenía preparado se me ha borrado por completo, habrá que improvisar. Y lo cierto es que los segundos que siguen se me hacen eternos, sin duda Beatriz está procesando lo que supone saber que, al otro lado del teléfono, estoy yo. ¿Se asustará, temerá ser descubierta por su marido... arderá en deseos de volver a arrojarse en mis brazos? De momento, por lo que oigo parece más bien decantarse por el perfil bajo y discreto, dejando sin duda que sea yo la que tome la iniciativa:

—Vaya... Lluvia... Qué sorpresa.

Dios, su voz es más cálida aún por teléfono que al natural. Cómo me alegro de haber llamado, necesito tener a esta mujer otra vez en mi cama tanto como el respirar. Pero debo ser cautelosa, ésta no es una conquista sencilla, mi intuición me dice que con Beatriz no basta con una de mis múltiples sonrisas, ella necesita más esfuerzo y paciencia.

—¿Te pilló en mal momento? No sé qué horario de trabajo tienes.

—No, no...

No sé muy bien cómo seguir, ¿debo decirle enseguida que estoy en Madrid, que podríamos vernos en menos de media hora, o es mejor reservar esa

información para el final? Más por relajar la incomprensible tensión que siento que por haberlo pensado bien, me lanzo al vacío sin darle más vueltas:

—Verás, he venido a ver a una amiga a Madrid, y me preguntaba si te apetecería quedar a tomar algo una tarde.

Nuevo silencio. Ya está, he metido la pata, la he asustado. Es una mujer casada, y en su propia ciudad no va a correr ningún riesgo, ¡qué torpe he sido! Podría haberle preguntado por su trabajo, haber soltado alguna broma, y luego haber mencionado de pasada que, tal vez, podría acercarme a Madrid en un par de semanas, ¿cómo he podido ser tan torpe?

—¿Estás en Madrid?

En su voz percibo más sorpresa que desagrado. ¿Será posible que, después de todo, la jugada me salga bien? Pero no tengo que presionarla, me digo a mí misma, mejor que piense que solo estaré aquí unos días, de ese modo no me percibirá como una amenaza para su matrimonio, sino solo como una nueva posibilidad de sexo fugaz pero terriblemente irresistible.

—Estaré aquí toda la semana. He pensado que podría invitarte a tomar algo. En mi ciudad invitaste tú, ¿recuerdas?

—Pues... no sé si podré hacer un hueco, ¿cuándo te marchas?

—Mi tren sale el domingo. Me apetecería mucho charlar, ¿no puedes sacar un ratito para que nos veamos?

Estoy bastante satisfecha. A través del teléfono no puede ver mi sonrisa, pero sin duda ha captado el tono de mi voz: tierno pero respetuoso, destinado a demostrar que me apetece mucho verla pero que me conformo con un encuentro amistoso si ella lo prefiere así.

—Veamos, me pillas muy liada, mi hija ha empezado la universidad esta semana y...

Me pregunto por qué me habla constantemente de su marido y su hija, ¿pensará que así va a resultarme menos atractiva? Si hay algo que me gusta de ella es que da la impresión de no ser consciente de su belleza, y eso es una cosa que siempre he encontrado irresistiblemente sexy en una mujer. Sencillamente, aborrezco a las chicas que se creen un regalo de dios.

—Creo que podría sacar un ratito el jueves por la tarde, ¿te viene bien?

¿Debería haber fingido que consultaba mi agenda? En las películas eso queda bien, pero no es mi estilo. Además, estoy tan agradablemente sorprendida por haber tenido éxito, que todavía no alcanzo a creérmelo. ¡Voy a volver a ver a Beatriz! Tanto tiempo asustada ante la conveniencia o no de hacer esta llamada, y al final todo ha resultado mucho más sencillo de lo esperado.

—¿El jueves? Estupendo. ¿Dónde quedamos? No conozco nada de la ciudad.

—No sé, ¿dónde te alojas?

—Estoy en casa de una amiga, cerca de Atocha.

Otra vez silencio al otro lado de la línea. ¿Se estará arrepintiendo? Seguro, ha cambiado de opinión. ¡Qué desastre, lo tenía tan cerca! Daría cualquier cosa por verla, aunque solo fuera media hora para tomar un café. A lo mejor así podría sacármela de la cabeza, ver en su rostro arrugas que aquella noche eran imposibles de detectar y descubrir en ella defectos de carácter que me la hicieran insoportable. Pero no, no iba a ser posible, ella iba a echarse a atrás sin remedio.

—¿Podemos... podemos vernos en tu casa?

Me he quedado de piedra. Ahora soy yo la que tiene que tragar saliva y tarda un buen rato en responder. En su voz detecto tanta ansiedad que de nuevo me siento invencible, es obvio que ella tiene tantas ganas como yo de repetir nuestro encuentro. Además, la mosquita muerta ha resultado mucho más directa

de lo que había imaginado: no ha hecho falta revestir la cita con tintes románticos, ni ha fingido una resistencia que yo debiera derribar. Las dos somos adultas, las dos sabemos lo que queremos: una noche de sexo sin complicaciones y sin ataduras.

Me despido de ella casi con excesiva celeridad. No quiero que pueda arrepentirse, y el botín obtenido es tan suculento que me cuesta darme cuenta de si estoy contenta o no. Tengo lo que quería, y creo que he acertado al hacerla creer que solo estaré una semana en la ciudad. No puedo dejar que sepa que estoy un poquito más colada por ella de lo que sería razonable, pues en ese caso con toda seguridad no habría accedido a verme. Sí, debo ser cautelosa. Entre nosotras debe quedar muy claro desde el principio que lo nuestro es solo una aventura sin complicaciones.

Solo hay dos cosas que me preocupan. En primer lugar, que si recibo a Beatriz el jueves estaré incumpliendo la segunda regla de Álex. Teniendo en cuenta su propuesta de hacerme pasar los domingos desnuda, no estoy muy segura de si el resto de sus normas son muy rígidas o no, pero creo que lo mejor será suplicar a mi compañera de piso que haga una excepción, al menos por una vez.

En segundo lugar, me preocupa mi famosa intuición. Ya he dicho que siempre suelo acertar nada más conocer a las personas qué puedo esperar de ellas, y ya he comentado que enseguida me di cuenta de que Álex y yo podríamos ser muy buenas amigas. El problema es lo que me dice mi intuición con respecto a Beatriz.

Porque lo cierto es que, aunque trato de no hacer caso de ello, sospecho que la bella doctora podría convertirse en una persona muy importante para mí.

—¿Llevas aquí tres días y *ya* quieres romper una de mis reglas?

—Pues... lo siento, es que...

—¿Llevas aquí tres días y *ya* vas a tener sexo?

Por más que intento fijarme en su semblante inmóvil, no consigo creer que Álex esté molesta conmigo, y enseguida sus palabras confirman que mi impresión es acertada:

—Está bien, me veo obligada a recurrir a la regla número trece.

—¿Y qué dice esa regla?

—En caso de conflicto con alguna de las reglas, debe darse preferencia siempre a la opción más deseable. ¿Es muy deseable tu opción?

—Sí, ciertamente —ríe, contagiada por su humor tan aparentemente serio.

—Está bien. Pero ya que vas a hacerme cambiar todo mi sistema de valores, al menos podrías contarme un poquito sobre esa conquista tuya tan misteriosa.

De pronto me doy cuenta de que estoy deseando hablar de Beatriz con alguien. Por alguna razón, nunca he contado a nadie lo que sucedió aquella noche. Quizá siempre quise pensar que era solo una aventura sin importancia, y que si lo contaba elevaría de forma desproporcionada la relevancia de aquel encuentro. Pero ahora, y frente a una chica que conozco desde hace solo unos días, descubro asombrada que me apetece soltar lo que llevo dentro.

—Es una mujer que conocí en el hotel donde trabajaba. Pensé que solo era un rollo de una noche, ya sabes, ella tiene marido y...

—¿Te has ligado a una tía casada? Las casadas me ponen muchísimo, no hay nada que me guste más que rescatar a la gente del lado oscuro... y además son unas cachondas.

Cada vez me encuentro más a gusto con Álex. Aunque a veces resulte brusca al hablar, es tan natural y directa que a su lado me siento extrañamente relajada y

predispuesta a las confianzas.

—Es doctora, ¿sabes? Es una mujer muy elegante y sofisticada, la verdad es que me ha sorprendido que haya accedido a verme de nuevo. Siempre habla mucho de su marido y de su hija, supongo que por eso me ha pedido que quedemos aquí, no querrá arriesgarse a que nos vean juntas en público. En realidad, se nota que tiene mucha clase y...

De pronto me pregunto si no estoy mostrando demasiado entusiasmo y, antes de que mi compañera de piso vuelva a hablar, adivino por su expresión lo que va a decir, y un inesperado sentimiento de pudor hace que me ponga un poquito colorada.

—Estás encoñada.

—¿Qué? Nada de eso. Además, no me gusta nada esa palabra.

—De acuerdo, lo diré más educadamente: estás loquita por sus huesos.

Estoy confusa, ya no sé si me gusta tanto esta conversación. No porque Álex me moleste, sino porque está diciendo cosas que tal vez no estoy preparada para oír. ¿De verdad estoy loca por Beatriz? Es imposible, yo soy la que rompe corazones y deja ríos de lágrimas cuando se va, yo soy la que toma la iniciativa y siempre triunfa, y si mi nueva amiga me habla así es porque no me conoce todavía lo suficiente.

—Es solo sexo —respondo intentando parecer convencida—. Ella está felizmente casada y yo no pretendo nada más. Tendremos un último encuentro y no volveré a verla.

—Está bien princesa —se encoge de hombros Álex—, como tú digas.

Hay un repentino silencio, y tengo la incómoda sensación de que he dejado traslucir el tipo de irritación que muestra aquel que ha visto descubierto un secreto íntimo. Para intentar demostrar que lo mío con Beatriz es una simple

aventura sin importancia, rebusco en mi móvil hasta que encuentro la fotografía de mi amante, ésa en la que lleva una coleta de caballo:

—¿Quieres que te enseñe una foto? Tiene treinta y cinco años, pero ya verás...

—¿Treinta y cinco? ¿Vas a romper una de mis reglas para meter aquí a una abuela? Pensé que tendrías mejor gusto y... ¡Joder Lluvia, no me extraña que estés tan alterada, menudo pibón!

No puedo evitar un absurdo sentimiento de orgullo al observar la reacción de Álex. Y es que, en efecto, Beatriz es una mujer hermosa. Tiene una nariz tan aristocrática, unos ojos tan expresivos, unos pómulos tan marcados y altivos... Ahora, al ver cómo mi nueva amiga silba apreciativamente, me doy cuenta de que la belleza de la doctora no es fruto de mi imaginación, sino que todo el mundo puede verla, lo cual en cierto modo es un alivio.

—Da gracias a la regla número doce —comenta mientras me devuelve el móvil.

—¿Qué dice la regla número doce?

—Es la que ordena respetar siempre las conquistas de las amigas.

Las dos reímos y, de nuevo, siento que me reconcilio con el mundo. ¿Cómo podría ser de otra manera? He hecho una buena amiga, acabo de llegar a una ciudad fascinante y el jueves tengo una cita con una mujer de bandera.

Ya puede irse preparando Beatriz, porque pienso desplegar lo mejor de mi repertorio para conseguir que no olvide las horas que pase junto a mí.

Beatriz. La misma piedra

Llevo todo el día cometiendo errores en el hospital, hasta el punto de que mi enfermera me ha preguntado dos veces si me encuentro bien y si necesito descansar. Afortunadamente, llega la hora de la salida y puedo cambiar la ropa de trabajo por las mallas y dirigirme al gimnasio donde, tres veces por semana, quemo toxinas y reduzco el estrés.

Estoy así desde que el lunes recibí la llamada de Lluvia. Al principio no podía creerlo, ¿qué hacía ella en Madrid? Su reaparición parecía un guiño macabro del destino, una especie de prueba que mi matrimonio tuviera que superar para seguir adelante. Y lo peor es que todo pasaba en el peor momento, porque ya no podía seguir negando que algo no iba bien en mi mundo de aparente felicidad.

No penséis nada raro, sigo enamoradísima de mi marido y mi hija Marta continúa siendo mi primera preocupación. Desde mi regreso a Madrid, después de mi breve aventura con Lluvia, no he vuelto a mirar a chica alguna, ni siquiera a esa enfermera pechugona que tiene revolucionado a todo el personal del hospital. Es cierto, no miro a nadie, pero eso no impide que, todas las noches, en el silencio de mi lecho conyugal, mi imaginación vuele descontrolada, recordando un cuarto distinto y una persona diferente a la que desde hace casi veinte años duerme a mi lado. Sin que pueda evitarlo, mi mente evoca unas manos suaves, unos senos increíblemente firmes y unas nalgas redondas, llenas y de una blancura deslumbrante.

Si pensé que sacándome la espinita se acabaría el problema, ya podía ir asumiendo que me había equivocado por completo. ¿Por qué era incapaz de olvidarme de la maldita recepcionista? Lluvia, ¿de dónde salía ese nombre tan presuntuoso? A ratos me resultaba dulce y otros odioso, porque no podía comprender qué extraño embrujo ejercía sobre mí. Muchas veces maldije el

momento en que elegimos ese hotel para alojarnos, y solo me consolaba pensar que nunca volvería a verla.

Pero ahora, de pronto, Lluvia reaparecía en mi vida, y yo no había tenido fuerzas para negarme a verla. Tal vez, si ella viviera habitualmente en la ciudad, podría haber resistido la tentación, pero al saber que se marchaba el domingo sentí algo así como un desgarró muy profundo, un ahora o nunca, y entonces supe que toda resistencia sería inútil.

Sí, pienso mientras pedaleo con furia sobre la bicicleta estática del gimnasio, la veré una segunda vez, lo necesito igual que el drogadicto necesita su dosis. Tal vez sea el único modo de sacarla de mi mente y, después de todo, entre ser infiel una sola noche o serlo dos tampoco me parece que haya mucha diferencia desde el punto de vista moral.

Aunque no estoy muy convencida de este razonamiento, me conviene darlo por bueno sin hacer demasiadas preguntas.

—¿Has cogido el sándwich que te he preparado?

—Sí mamá, tranquila.

—Y tú procura comer algo sano para variar.

—Claro cariño, tengo que vigilar mi colesterol.

Mi marido y mi hija, sentados en los asientos delanteros, chocan las palmas y sonrían entre ellos burlándose de mí. Normalmente, este es uno de los mejores momentos de cada día: los tres juntos en el coche, cada uno yendo a cumplir sus obligaciones. Primero, Sergio me deja a mí en el hospital, luego, acerca a Marta a la estación donde coge el tren que la lleva a la universidad y, por último, él se va al bufete de abogados donde trabaja.

Una familia perfecta, una vida feliz. ¿Es por sentirme culpable por lo que hoy me muestro tan pendiente de ellos? Arrellanada en el asiento de atrás, lucho contra el desprecio que siento por mí misma. ¿Qué estoy haciendo, es que me he vuelto loca? ¿Voy a poner en peligro todo lo que tengo por un miserable polvo?

Un sudor frío recorre mi espalda. Amo a mi marido y adoro a mi niña, ¿por qué, entonces, llevo en la bolsa ropa para cambiarme y la colonia de las grandes ocasiones? Es desesperante notar que no soy capaz de dominarme, que por más que razone no consigo quitarme de la cabeza el sexo de Lluvia, sus muslos jóvenes y prietos, sus infinitas maneras de sonreír...

Tengo que ser fuerte. A punto de llegar al hospital, decido que llamaré a Lluvia y le pondré cualquier excusa para no reunirme con ella. Va a ser duro, pero bastará con llegar hasta el domingo, entonces ella se habrá ido y todo volverá a la normalidad. Sí, eso haré, aunque mi cuerpo gima por dentro como si se estuviera desmoronando, aunque toda la ilusión con la que me había levantado esta mañana se esfume en un segundo.

Hemos llegado al hospital. Sergio detiene el coche y yo me bajo, pensativa y de mal humor. Pero entonces, mi marido se da un golpe en la frente y me mira con la cara compungida que pone cuando no quiere que le regañe por algo que ha hecho mal:

—Lo siento Bea, se me ha olvidado decirte que esta noche no ceno en casa. Vienen los japoneses y tenemos que llevarles a dar una vuelta por Madrid.

—Pues yo pensaba quedarme a dormir en casa de Sonia —anuncia mi hija—. No te importa, ¿verdad?

No puedo creerlo, ¿no es el destino? Como por arte de magia, de pronto me encuentro con toda una tarde libre para hacer lo que yo quiera.

Cuando cierro la puerta del coche y empiezo a caminar, sé que hoy no tengo posibilidad alguna de ser virtuosa.

Y aquí estoy, en la entrada del portal de Lluvia, sin atreverme a tocar. ¿Es posible que esto esté sucediendo realmente? Me he citado con una jovencita poco mayor que mi hija para... Estoy a punto de dar media vuelta cuando una señora mayor sale del edificio y, con gesto sonriente, me sujeta la puerta para que entre. Es el destino, sin duda, que por algún motivo desea que Lluvia y yo estemos juntas una vez más antes de despedirnos para siempre. Porque eso es lo que va a pasar, ella volverá a casa y yo seguiré con mi vida, y en el recuerdo quedarán tan solo un par de tardes de sexo apasionado pero sin significado alguno.

Ahora tengo prisa, no quiero que nadie me vea, aunque no puedan imaginar a qué vengo. Salgo del ascensor y toco el timbre de la letra A, y en apenas cinco segundos la puerta se abre, ¿estará ella tan ansiosa como yo?

Lluvia me parece incluso más guapa que la última vez que la vi. Se ha alisado el pelo, y su melena rubia luce hoy más seductora que nunca. Además, lleva una camiseta ceñida que realza su talle esbelto, y una minifalda que deja a la vista sus preciosas piernas. Por mi parte, me he puesto un vestido estampado que me da un aspecto juvenil, aunque me he jurado a mí misma que por unas horas no voy a pensar ni en mi edad ni en nada que no sea aprovechar el momento.

—Hola.

—Hola.

Por un instante, nos quedamos mirando las dos con aire estúpido. Es como si no supiéramos cómo saludarnos, pero luego ella reacciona y, con una de esas

sonrisas que me traspasan, se inclina hacia mí y me besa fugazmente en los labios.

—Me alegro mucho de que hayas venido, me apetecía mucho verte.

—Sí... no estaba segura de venir —admito, nerviosa—. Pero ya ves... aquí estoy.

—Sí, aquí estás —responde con gesto entre tierno y provocativo.

En realidad, me gustaría saltarme todos los prolegómenos y meterme con ella en la cama de inmediato, pero no quiero que piense que soy una obsesa, así que intento decir algo amable, aunque en el fondo creo que es mejor no saber nada de su vida... ¿tendré miedo de encariñarme demasiado si llego a conocerla mejor?

—¿Vienes a menudo por Madrid?

—He venido a visitar a una vieja amiga —contesta Lluvia—, hacía mucho que no la veía. Pero pasa, ¿te apetece un refresco?

Estoy tan nerviosa como la primera vez que estuvimos juntas. ¿Cómo decir que lo único que deseo es arrancarla la ropa y tumbarla sobre el sofá en el que ahora nos sentamos? Dios mío, me estoy convirtiendo en un hombre, solo me interesa el sexo, ¡pero es que tiene una manera de sonreír que me convierte en un guiñapo!

—¿Cómo van las cosas en el hospital?

—Bien, todo bien...

—Y... ¿tu marido y tu hija?

—Escucha Lluvia, yo... creo que no debería haber venido.

Me levanto bruscamente, y durante un segundo ella se queda petrificada, como si no supiera cómo reaccionar. Lamentando lo que hago pero luchando por

mantener la dignidad, doy media vuelta y me dirijo a la salida, aunque en realidad por dentro estoy suplicando que ella me detenga.

—Espera Beatriz, por favor. No te vayas así.

La joven me alcanza y me toma de la mano. ¡Es tan agradable notar sus dedos entre los míos! No entiendo a dónde nos lleva esto, sé que debería marcharme, pero algo me mantiene quieta como una estatua en el medio del salón, mientras noto en las sienes los latidos de mi corazón.

—Tengo que irme, no insistas.

—Claro, lo entiendo...

Pero lo siguiente que hacemos es fundirnos en un abrazo, y mientras mis manos forcejean con su camiseta ella busca la cremallera de mi vestido, y de camino a su cuarto sembramos el piso de ropa suelta y desperdigada, y ninguna de las dos dice nada cuando nuestros labios se juntan ni cuando nuestros cuerpos encuentran acomodo el uno en el otro. Entonces el tiempo parece detenerse y todo lo que nos rodea desaparece, y solo están Lluvia y Beatriz, Beatriz y Lluvia, tan enroscadas la una sobre la otra que se diría que son un solo ser.

—Definitivamente, las mujeres estamos mucho mejor dotadas para el sexo que los hombres.

—De eso no te quepa duda —ríe mi amante depositando un delicado beso en mi hombro izquierdo.

Son las ocho de la tarde, llevamos tres horas en su cama y ya he perdido la cuenta de los orgasmos que he tenido. No tengo ninguna queja de Sergio en ese sentido, pero desde luego él no podría soportar una maratón como la que estamos protagonizando Lluvia y yo.

—¿Cuándo descubriste que eras lesbiana? —pregunto entonces, intrigada.

—Lo he sabido desde siempre, ¿y tú?

—Yo no soy lesbiana.

—¿Estás segura?

Mientras pregunta eso, Lluvia acaricia uno de mis pechos, y las dos reímos llenas de felicidad.

—Sí, completamente. Me gustan por igual las mujeres y los hombres.

—Bueno —comenta ella pensativa—. Supongo que no tiene nada de malo, aunque probablemente Álex no piense igual.

—¿Álex?

—La amiga que he venido a ver. Opina que las mujeres heterosexuales deben ser tratadas y curadas de su mal gusto.

¿He sentido una punzada de celos al descubrir que la amiga de Lluvia también es lesbiana? Entraba dentro de lo previsible, y desde luego no tiene ninguna lógica que me preocupe por algo así, pero... No quiero pensar en ello, ni tampoco en el hecho de que, después de todo, estoy empezando a interesarme por la vida de mi amante, a pesar de tener muy claro que todo debe ceñirse a lo estrictamente sexual.

—¿Cómo van tus estudios? Hacías marketing, ¿verdad?

—Sí —responde ella sin dejar de acariciar mi pecho, lo cual provoca que el pezón comience a cobrar vida de nuevo—. Solo me queda este año.

—¿Y tiene mucha salida esa carrera en tu ciudad?

—No... supongo que debería pensar en instalarme aquí, no lo sé.

He sentido un escalofrío al oírla decir eso. Sé que es un error intimar con ella,

debería marcharme ya pero, ¡su mano es tan suave! Ahora ha cambiado de pecho, y poco a poco vuelvo a notar la llamada del deseo, por increíble que parezca.

—Tienes unas manos divinas —reconozco, cerrando los ojos y suplicando interiormente que siga con sus caricias.

—Ven —dice ella sin embargo, saltando de la cama como un resorte.

—¿Qué?

Entonces, sin responder me coge de la mano y, las dos en el traje de Eva, me hace ponerme de pie en el centro de su cuarto.

—Espera aquí.

—Pero...

No me deja sola más que un instante, porque enseguida regresa con un taburete que coloca en medio de la habitación. Luego, abre la hoja del armario ropero y descubre que, por su parte interna, es un espejo de cuerpo entero. Al principio experimento una leve incomodidad al ver nuestros cuerpos desnudos reflejados frente a mí, pero enseguida descubro que componemos una bella imagen. Lluvia es un poquito más alta, sus senos son más firmes y su vientre es más plano que el mío. Tiene además unos muslos sencillamente espectaculares, y su vello púbico, un tono más oscuro que el de su melena, es tan tupido y salvaje que me cuesta trabajo apartar los ojos de él.

A su lado, yo soy más mujer, más rotunda en mis formas, pero igualmente deseable. Mis pechos son más redondos, más grandes, y aunque no tan erguidos como los suyos creo que puedo seguir sintiéndome orgullosa de ellos. Mis caderas son más amplias y femeninas, y mis muslos, tal vez un poco gruesos para los cánones actuales, podrían pasar sin embargo por los de una jovencita.

—Siéntate —me dice Lluvia, señalando el taburete que acaba de traer.

—¿Qué pretendes? —pregunto, aunque he obedecido de inmediato su orden.

—Tú confía en mí. Voy a darte un masaje que no olvidarás jamás.

Entonces extiende un poco de crema en sus manos, se sitúa de pie detrás de mí... y empieza a masajear mi cuello despacio, tomándose su tiempo, como si nunca fuéramos a separarnos y no hubiera nada ni nadie que pudiera interrumpirnos. ¡Dios, es tan agradable! En el espejo veo mi cuerpo desnudo y, más arriba, el hermoso torso de Lluvia, sus senos que tiemblan cada vez que se inclina en su trabajo, sus caderas que se mueven detrás de mi espalda, su sexo que a veces aparece fugazmente, para volver a ocultarse luego dependiendo de la postura.

Con una sabiduría infinita, la joven se ocupa de mis hombros, los rodea con sus manos, los roza a veces y los aprieta otras. De cuando en cuando, sus dedos finos y largos se acercan al nacimiento de mis pechos, y en esos momentos casi desearía que fuese más rápida y menos concienzuda en su trabajo.

Pero sé que debo confiar en ella. Lluvia se arrodilla detrás de mí y se dedica de lleno a mi espalda, su cuerpo escondido tras el mío. En el espejo solo me veo a mí misma, y mi rostro es el de una persona en pleno éxtasis: la boca entreabierta, los ojos llenos de deseo, las aletas de la nariz aspirando nerviosas el aire. Solo una mujer puede recorrer así una espalda. Lenta, parsimoniosa, sabiendo la importancia de cada rincón, demorándose de un modo exquisito en cada centímetro, acercándose a los hoyuelos de los riñones, demorándose en ellos, agasajándolos como se merecen.

De súbito, dos manos que no son las mías aparecen desde atrás y se dirigen tranquilas hacia mis senos. Es en ese momento, al observar en el espejo cómo los dedos de Lluvia los amasan con pasión y cómo mis pezones doblan su

tamaño, cuando empiezo a comprender que voy a vivir una experiencia que, en efecto, nunca podré olvidar. Porque mi amante juega durante un tiempo eterno con mis pechos, alzándolos, dejándolos caer, rodeándolos con ternura, torturándolos con pasión. Y ellos responden felices, autónomos, mientras yo observo todo en el espejo atónita, como si no creyera que ese cuerpo que veo abrirse sin remedio es el mío.

Sin clemencia alguna por mi creciente impaciencia, mi amante extiende entonces crema por mi estómago, las puntas de sus dedos entran en mi ombligo, sus manos moldean mis caderas... Es como si quisiera guardar en su memoria cada recoveco de mi piel, porque no queda centímetro de mi cuerpo que no sea recorrido una y otra vez, arrancándome la calma y provocando que cada vez desee con más fuerza llegar al punto final.

Todavía falta un poco para eso, porque entonces Lluvia, siempre de rodillas mientras yo continúo sentada en el taburete, aparece a mi izquierda, me obliga a separar las piernas y comienza a masajear una de ellas. En esta postura, veo perfectamente mi sexo en el espejo, y casi puedo observar cómo tiembla, cómo se estremece ante lo que sin duda está a punto de pasar.

Las manos de la joven son lentas pero eficaces. Se deleitan en mis rodillas, en las corvas de mis piernas, juegan con mis pantorrillas y causan después estragos en la cara interna de mis muslos. Ni siquiera mis pies escapan a su atención, y alternativamente extiende crema en ellos, siempre incansable, siempre pasando varias veces por cada lugar antes de darse por satisfecha.

Ha llegado el momento. Y a pesar de lo mucho que estoy disfrutando, doy gracias por ello porque creo que no podría resistir ni un segundo más. Estoy inflamada, ebria de excitación, húmeda como una flor sumergida en el agua. De nuevo, Lluvia desaparece detrás de mí, y desde allí me obliga a adelantar unos centímetros mi posición en el taburete. Éste es tan bajo que mis rodillas

quedan un palmo por encima de mis caderas y, tal como me ha obligado a situarme, mi sexo queda ahora expuesto a mi propia mirada de un modo que, de no ser por la sensualidad que ella imprime a cada uno de sus movimientos, me parecería incluso obsceno.

Imposible escapar de su embrujo. Solo veo mi cuerpo abierto y, por un lado, una mano delicada y hermosa que vuelve a mis pechos, hambrienta, mientras otra, más audaz, empieza a enredarse en mi vello púbico, haciendo traviosos tirabuzones que luego abandona, al tiempo que me da pequeños tirones que nunca llegan a ser molestos.

He empezado a gemir mucho antes de que Lluvia hunda uno de sus deditos en mi vagina. No he sido capaz de controlarme, no puedo evitar sucumbir a su encanto. Ser acariciada por ella es jugar a otro juego, es como descubrir algo que nunca antes habías sospechado que pudiera estar allí. Estoy tan excitada que pierdo la noción del tiempo y el espacio, no sé ni dónde estoy ni qué día de la semana es, casi no recuerdo ni mi nombre ni quién soy.

Cuando Lluvia se hince tan adentro de mí como le es posible, mis pechos vibran y saltan estremecidos. Ahora su mano libre rodea mi cadera y acaricia mi muslo izquierdo mientras la otra forceja con ritmo creciente sobre mi sexo. El espejo me devuelve una imagen de un erotismo primitivo, mi boca se tuerce en una mueca de placer, mis manos se aferran a mis rodillas tratando de mantener el equilibrio.

¿Cuántos dedos de mi amante ha desaparecido en mi interior? Jamás me he sentido tan llena, nunca hasta ahora he experimentado esta plenitud, esta sensación de caída al vacío, esta convicción de que nunca, ni en un millón de años, podré volver a experimentar un placer semejante. ¿Soy yo la que grita? ¿Ha salido de mis entrañas este aullido? Una parte de mí siente vergüenza, pero otra se entrega, da todo lo que tiene, y al primer orgasmo sucede otro,

más breve pero incluso más intenso, y entonces todo me da vueltas, y tengo la sensación de que mi rostro está mojado, como si alguien me hubiera tirado un vaso de agua sobre la cara.

Solo cuando poco a poco recupero el aliento, compruebo en el espejo que dos enormes lágrimas caen por mis mejillas y llegan hasta la comisura de mis labios. Lo que no sabría decir es si son producto de la felicidad o del miedo.

—Entonces... adiós.

—Adiós.

—Te vas el domingo, ¿verdad?

Está claro que a ninguna de las dos se le dan bien las despedidas. Nos pasó en el hotel, en nuestra primera noche juntas, y nos está pasando ahora. Después de lo que hemos vivido esta tarde en el dormitorio de Lluvia, no se entiende que ahora nos tratemos con tanta cautela.

—Sí. Me voy el domingo.

Estoy esperando que me pida otra cita, un último encuentro, pero la joven no dice nada, y yo tengo miedo de quedar como una tonta si soy la que toma la iniciativa. Es imposible que ella quiera más de mí, hemos exprimido como un limón nuestros cuerpos, supongo que las dos deberíamos quedar satisfechas y relajadas durante una buena temporada.

Entonces, ¿por qué siento esta incomodidad? ¿Estará ella pasando por lo mismo? No es probable, Lluvia es muy joven, y a su edad las cosas son mucho más sencillas. Para ella yo soy una madurita sexy, ¿cómo me llamó? Sí, una “milf”. Me ha metido en su cama y en cuanto vuelva esa tal Álex se lo contará muy satisfecha, y las dos se reirán y después me olvidará en menos tiempo del que le ha costado seducirme.

Bueno, ¿y qué si es así? ¿Es que no la he utilizado yo a ella también? Es una preciosidad, una yogurina, un modo inmejorable de probar el placer lésbico. Ha cumplido su función, y ahora solo queda despedirnos como amigas y pasar página.

—Tengo que irme, mi marido no tardará en llegar.

—Claro, tu marido...

Es increíble. Hace media hora estábamos juntando nuestros sexos en una postura que jamás habría creído posible, y ahora nos despedimos con dos besos en las mejillas. De camino a casa, no soy capaz de pensar con claridad. Nunca en mi vida me había acostado con nadie sin estar enamorada... nunca en mi vida me había acostado con nadie que no fuera Sergio. ¿Qué me está pasando? ¿Qué debo hacer, cómo debo interpretar tantos acontecimientos sorprendentes? A veces parece que hay chispa entre nosotras, que congeniamos bien. Otras, resulta obvio que solo somos un buen polvo la una para la otra. Es irritante, ¿por qué le doy tantas vueltas a esto? ¿No tenía claro que se trataba de algo meramente físico?

Otra vez estoy llorando, ¿cómo puedo ser tan tonta?

Lluvia. Reglas y consejos

Pasé el viernes en una especie de nube que no me dejaba pensar con claridad, eludiendo encontrarme con Álex para evitar sus preguntas y tratando de convencerme a mí misma de que ya estaba cumplido el objetivo: había seducido a una hermosa mujer casada, un éxito más que añadir a mi largo historial. Ahora podía pasar página y dedicarme a disfrutar de todo lo que la vida me ofrecía sin volver la vista atrás, como siempre he hecho.

Sin embargo, cuando abro los ojos el sábado, la pregunta no es si seré capaz de resistir la tentación de volver a llamar a Beatriz. La pregunta es simplemente cómo y cuándo hacerlo. ¿Será mejor esperar un tiempo prudencial y pretextar una nueva visita a Madrid, o por el contrario debería confesar ya que voy a pasar el año entero en la capital?

No tengo ni idea de qué hacer, lo único que sé con absoluta seguridad es que tengo que volver a ver a esa doctora que en un par de tardes ha conseguido metérseme en la sangre y robarme la calma. Es duro reconocerlo, pero todo apunta a que Álex tenía razón: estoy encoñada. De otro modo no se explica que piense en Beatriz a todas horas ni que sienta la decepción que siento cada vez que suena mi móvil y compruebo que no es ella la que está al otro lado. ¿Qué hacer? Se supone que me voy mañana domingo, ¿cuánto debería esperar para volver a llamarla? He pasado el viernes pendiente del teléfono, y me irrita el mero hecho de pensar en ello. ¿Qué esperaba, que mi amante dejara a su perfecto marido y su perfecta familia y corriera a mis brazos desesperada? No es habitual en mí dar tantas vueltas a las cosas y ser la parte débil de una relación... ¿sentimental? De ninguna manera, lo que tengo que hacer es levantarme y hacer algo que me ayude a no pensar, tal vez ir al gimnasio, o de compras. Obligándome a salir de mi absurda obsesión, salto de la cama y me dirijo a la cocina.

En el salón, en bragas y camiseta, está Álex. Apoya los pies desnudos en la mesita de cristal y estudia muy concentrada sus apuntes mientras escucha algo de música. Tiene las piernas bonitas, pero ese detalle apenas reclama mi atención, que parece única y exclusivamente centrada en Bea. Bea... ¿no es un mal augurio ponerle sin darme cuenta un diminutivo al nombre de mi amante?

—Empezabas a preocuparme —dice Álex quitándose los cascos y señalando con un arqueamiento de cejas el reloj de la pared.

—No pensé que fuera tan tarde —balbuceo cuando compruebo horrorizada que es casi la hora de comer.

Tal vez, si paso por su lado deprisa, esquivaré incómodas preguntas. Habitualmente soy una persona comunicativa y sociable, pero hoy no me apetece hablar, de modo que me dirijo a la cocina con la intención de prepararme un café bien cargado y tratando de pasar desapercibida. Desafortunadamente, mi nueva amiga me ha seguido y, ahora, está en el umbral de la puerta, mirándome fijamente y con una media sonrisa cargada de ironía que anticipa lo que sin duda va a decir:

—Esa doctora tuya debe ser un auténtico volcán: te ha dejado hecha un desastre.

—He dormido mal, eso es todo.

—Comprendido, no quieres hablar del tema.

Álex da media vuelta y me deja sola en la cocina, y de pronto me doy cuenta de que, en realidad, estoy deseando sacar todo lo que lleva consumiéndome por dentro desde el jueves. Atónita por mi propia inconsistencia, la sigo y me siento frente a ella en la pequeña salita.

—Perdona, es solo que...

Entonces, sin poder contenerme, le cuento lo increíbles que han sido mis dos

encuentros con Beatriz, lo mucho que la deseo y el impulso irreprimible que siento de volver a llamarla, si bien no alcanzo a adivinar qué estrategia sería más conveniente para mí.

—¿Debería telefonar enseguida, o crees que es mejor esperar un tiempo? No sé si entiendes lo que...

—Claro que te entiendo. No quieres parecer ansiosa, pero tampoco indiferente; no quieres agobiarla, pero tampoco que piense que no significa nada para ti.

A pesar de que la conozco desde hace menos de quince días, tengo la sensación de que Álex es capaz de leer en mi interior como en un libro abierto. Aunque eso me asusta un poco, soy consciente de que necesito la opinión de alguien que pueda ver las cosas con más frialdad.

—Has acudido a la persona indicada —dice entonces, poniéndose muy seria y con aire maternal—. Mi vida sentimental es una mierda, pero doy unos consejos cojonudos.

—Me alegro, porque realmente necesito un buen consejo.

—Lo que deberías hacer es olvidarte de ella y dejármela a mí. Precisamente paso por un período de sequía y estaría dispuesta a ocuparme del problema.

—¿Pero no va eso contra una de tus reglas?

—Sí, la doce concretamente, deberías apuntártelas. Pero dadas las circunstancias —añade—, creo que es más apropiado aplicar la veintiuno: en caso de que una amiga quiera olvidar un amor, es lícito hacer cuanto se pueda para acelerar el proceso.

Me relaja hablar con Álex. Dice las cosas de un modo tal que es imposible molestarse con ella, y desde luego estoy en un momento en el que me conviene tener una amiga con la que bromear y sincerarme. Pero yo necesito realmente

un consejo, así que le pido que hable en serio por una vez y me diga lo que realmente piensa. Entonces, mi nueva compañera de piso me mira con gesto ambiguo, y sus palabras no suenan esta vez demasiado bien en mis oídos.

—Lluvia, la experiencia me dice que engancharse a una mujer casada no es una buena estrategia.

—Pero yo no estoy enganchada... es cierto que me gusta mucho, pero lo tengo controlado.

—En ese caso, no hay mayor problema. Deja pasar un par de semanas y vuelve a llamar. Estoy segura de que volverá a caer en tus brazos sin remedio.

Álex me ha seguido la corriente, pero yo misma me doy cuenta de lo poco creíble que resulto. Lo malo es que, si admito que estoy enganchada, tendré que admitir también que mi amiga tiene razón y que tengo todas las de perder: es muy difícil que una mujer casada y madre de una niña pueda ver en mí algo más que una aventura sexual que, por fuerza, tiene que ser efímera en el tiempo. Pero eso era justamente lo que quise de ella la primera vez que apareció en recepción y me prometí a mí misma seducir a semejante mujer, ¿por qué entonces me parece tan incómoda mi situación actual?

—Dos semanas...

¿He hablado en voz alta? Es tan evidente que voy a ser incapaz de aguantar dos semanas sin mi amante que de pronto me parece ridículo intentar fingir lo contrario. Álex sonrío al notar mi nerviosismo, y por lo visto no resiste la tentación de divertirse un poco a mi costa:

—Siempre podrías dedicarle un poema de amor: Beatriz, eres para mí como una codorniz, o... Beatriz, tu vuelo me recuerda al de una perdiz. Es curioso, el nombre de tu doctora rima con muchos animales. Codorniz, perdiz... lombriz.

—¿Podrías dejar de reírte de mi desgracia?

—Está bien, está bien. Escucha Lluvia, si tantas ganas de verla tienes, a lo mejor deberías arriesgar.

Esto me gusta más. Que otra persona nos diga lo que queremos oír siempre es agradable, aunque sepamos que solo pretende consolarnos.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. No hay mucho que perder, ¿qué tienes ahora? Un vacío muy grande y muchas ganas de sexo. Si te reprimes, seguirás con dos problemas; si haces esa llamada, probablemente te quites de encima al menos el segundo de ellos.

Entonces, ¿no es demasiado patético volver a llorar ante su puerta en menos de cuarenta y ocho horas? Puede que no, pero el problema es que no es ésa la verdadera duda. Lo que me atormenta, lo que me quita el sueño, es la posibilidad aterradora de dar un paso en falso, de cometer un error que aleje para siempre de mi vida a Beatriz, y al comprenderlo me recorre un escalofrío de inquietud que no logro aceptar, tal vez porque es la primera vez en la vida que siento lo que ahora estoy sintiendo.

—¿No crees que puede verse un poco agobiada si vuelvo a llamar tan pronto?

Álex medita durante unos segundos, la mano en la barbilla y el ceño fruncido como si estuviera resolviendo un complicado problema matemático.

—Podrías escribirle un mensaje al whatsapp fingiendo que era para otra persona y que se lo has mandado por error. Eso te dará la excusa para ponerte en contacto con ella, y luego se verá si la conversación se anima y si tiene interés por charlar contigo. Y sobre todo, cuando vuelvas a verla...

—¿Qué? —pregunto con ansiedad, como si estuviera segura de que mi amiga tiene la solución para todos mis dilemas.

—Trata de ser original, distinta. Piensa que tu amiguita lleva cerca de veinte años casada, y además con un hombre, ¿puedes imaginar algo más aburrido? Por mucho que se quieran, sin duda tiene que haber aparecido la rutina en sus vidas, y ahí entras tú: lo nuevo, lo prohibido... Si juegas bien tus cartas, tienes muchas posibilidades.

No puedo evitar mirar a Álex con agradecimiento. Su treta es tan sencilla como astuta, y el nerviosismo de las yemas de mis dedos me dice que no voy a ser capaz de dejar de probar su plan esta misma tarde. Además, sus palabras me han devuelto como por arte de magia toda la confianza en mí misma que inexplicablemente había perdido.

Dando las gracias a mi amiga, termino mi café, me doy una larga ducha y, apenas me quedo sola en mi cuarto, cojo el móvil con la inquietante sensación de que mi vida puede estar a punto de sufrir un giro de 180 grados.

Hola Nati, nos vemos esta noche a las diez.

Ya está, ya lo he hecho. Tras esas nueve palabras aparentemente descuidadas, se esconden dos horas de cuidadosa planificación. En primer lugar, pretendo sugerir que tengo una cita con una tal Nati, que ni de lejos estaba pensando en Beatriz y que no es mi intención molestar. Pero, al mismo tiempo, me da pie a charlar con mi amante, y mientras espero su respuesta estoy tan nerviosa que no consigo permanecer quieta en la cama donde estoy tumbada.

¿Tendrá grabado mi número de teléfono? Solo hemos hablado una vez, sería terrible que lo hubiera borrado. ¿Será de las que lee los mensajes del Whatsapp al instante o me tendrá horas sumida en la incertidumbre? Y lo que más me angustia: ¿le apetecerá intercambiar conmigo unos correos o me despachará con dos breves frases?

Dios mío, ha sido un error. Es sábado por la tarde, seguro que está con su familia haciendo cualquier cosa, ¿cómo he podido cometer un error tan de principiante? Debería haber esperado al lunes, ahora me he vendido, ¿cómo volver a insistir en el futuro después de un chasco semejante? Y si... ¿y si está haciendo el amor con su marido en este mismo instante?! De pronto me doy cuenta de que el mero hecho de pensar en ello se me hace insostenible, ¿estoy celosa? Venir a Madrid ha sido un error, tendría que haberme decantado por Barcelona y...

Hola Lluvia. Me parece que te has equivocado, soy Bea.

¡Dios, ha contestado! ¡Y sabe quién soy, lo que significa que me tiene en su lista de contactos! Al menos por una vez, ser lesbiana tiene alguna ventaja, porque ningún marido celoso va a sospechar al ver el nombre de chica en el teléfono de su mujer. Pero tengo que tranquilizarme, ahora que tengo a la presa a tiro, no puedo soltarla. Se trata de conseguir una charla larga, distendida y agradable, una charla que le deje con ganas de más Lluvia, que no termine con un “nos vemos pronto” totalmente vacío de significado.

Qué tonta... perdona.

De pronto dudo, no sé si lanzarme ya al vacío o seguir con las típicas frases hechas. ¿Cómo es posible que tener a Beatriz al otro lado me bloquee de tal forma? Parezco una principiante sin experiencia, y eso me irrita conmigo misma porque sé que si fallo en esta charla voy a perder todas mis posibilidades.

Tranquila, a mí me pasa muchas veces. No hay problema. 😊

¡Una carita sonriente, me ha puesto una carita sonriente! Puede que sea una respuesta rutinaria, pero algo me dice que no está molesta por mi inesperada aparición en su vida en esta tarde de sábado. Un poco más segura, noto que la Lluvia seductora e irresistible que suelo ser vuelve a hacer acto de presencia

poco a poco.

En cualquier caso, así aprovecho para despedirme de ti.

¿Te vas mañana, verdad?

Sí. Lo bueno se acaba pronto...

Silencio al otro lado, están las dos aspas azules pero Beatriz no dice nada. Es el momento de ser audaz, ahora o nunca.

Lo pasé genial el jueves.

El tiempo se me hace eterno, los segundos parecen horas. Contesta, di algo, aunque sea mándame a paseo, pero no me castigues con el silencio, no...

Yo también.

Estoy tan contenta que doy un salto en la cama, incorporándome. Es obvio que Bea no está molesta con mi llamada, que quiere más de mí, que sigue deseándome. “Por supuesto —me digo muy satisfecha, olvidando de repente todas mis dudas de hace unos segundos—, la gran Lluvia es sencillamente inolvidable”.

Creo que volveré por Madrid el mes que viene. Si puedes hacer un huequecito para mí, me encantaría volver a verte.

Claro, avísame con tiempo.

Esto pinta genial, nada de excusas ni pegas. Olvidaba que soy irresistible y que ni siquiera las heteros casadas pueden escapar a mi embrujo. Sin duda Álex tenía razón, ¡soy lo nuevo, lo prohibido!

¿Vas a trabajar en el hotel este invierno?

No, voy a centrarme en mis estudios, aunque mis padres me presionan para que haga las dos cosas a la vez. ¿Qué tal tú en el hospital?

Bien, es agotador, pero me encanta. Es importante trabajar en algo que te guste, no te rindas a las presiones.

Me encanta hablar contigo, pero no quiero entretenerte, estarás muy liada...

Llevamos más de media hora en el whatsapp, y aunque estoy en la gloria no quiero resultar pesada. Odio esa sensación de cuando intuyes que el otro está deseando cortar y dice algo como “bueno, te dejo que tengo que...”. Por mucho que ahora me duela, prefiero conformarme con esta pequeña victoria a tener que sufrir que sea Bea la que ponga fin a una charla que yo prolongaría de buen grado toda la tarde.

No, tranquila. Esta tarde no tengo ningún plan.

Me resulta inexplicable la felicidad que me inunda al leer sus palabras. ¡Yo temiendo que estuviera con su marido haciendo quién sabe qué, y sin embargo no tiene planes! ¿Es una invitación por su parte? Sé lo que estáis pensando: que el siguiente paso es revelar que no hay ninguna Nati y proponer una cita esta misma noche, a modo de despedida triunfal.

Pues no, siento decepcionaros pero, por primera vez, estoy charlando de cosas tontas con Bea, estoy *conociéndola*, y eso me llena tanto que me apetece incluso más que volver a poseer su cuerpo. Durante más de una hora, hablamos sin parar a través de este maravilloso invento que es el móvil, y ni siquiera hay un tema fijo. Compras, viajes, cine... la conversación va de un lado a otro de un modo fluido y ameno, y cuando me doy cuenta está anocheciendo, y entonces las palabras de mi amante me producen un pequeño sobresalto.

Se te va a hacer tarde para tu cita.

¿Está celosa? ¡Sería maravilloso que lo estuviera! ¿Confieso que no existe

Nati, o mejor la dejo sumida en la incertidumbre? Me muero de ganas de verla pero, al mismo tiempo, no quiero estropear esta noche que, en cierto modo, creo que nos ha unido más que juntar nuestros cuerpos sobre unas sábanas mojadas.

Dios, Álex va a tener razón, si antepongo los sentimientos al sexo estoy perdida. Ella está casada, eso no va a cambiar por una estúpida conversación de whatsapp, tal vez debería aprovechar el momento, volver a follarme una milf y... No, ¿a quién quiero engañar? Nunca me había sentido como hoy, a Bea no quiero follármela, quiero hacerla el amor, y ahora mismo me satisface más haber estado casi dos horas de charla con ella que volver a tenerla entre mis brazos.

Tienes razón... me temo que tengo que dejarte.

¿Debería poner algo más explícito? Me da miedo decir ciertas cosas a través del teléfono, tal vez Bea pudiera sentirse molesta. Pero no puedo despedirme sin más, necesito expresar de algún modo que empieza a ser una persona importante en mi vida.

Me alegro de haberme equivocado al escribir a Nati... voy a echarte de menos.

Escribiendo, en línea, escribiendo, en línea. ¡Vamos, no te lo pienses tanto, suéltalo ya, por favor!

Y yo a ti. Avisame cuando vuelvas.

Ahora sí que tengo que hacer un esfuerzo para no confesar que estoy tan sola como ella y que no tengo ningún plan para esta noche. Pero todo ha sido precioso, me ha encantado esta charla, separar por una vez el sexo de nuestra relación, y no quiero estropear la deliciosa sensación que me embarga. Sabiendo que Bea me va a añorar al menos un poquito, me va a ser más

sencillo resistir un par de semanas sin volver a estrecharla entre mis brazos.

¿De verdad me estoy enamorando de una mujer casada? No tengo demasiada experiencia en esto, habitualmente son mis amantes las que caen rendidas y suplican que me quede junto a ellas. De momento, lo mejor será ser prudente, ir paso a paso y no dejar que Beatriz sospeche ni por un segundo lo mucho que me estoy implicando en esta relación.

Eso sí, cuando llegue el momento de volver a encontrarnos, seguiré el consejo de Álex y seré original y distinta, lograré que lo nuestro no se parezca en nada al sexo aburrido y repetitivo de cualquier matrimonio. Porque soy lo prohibido, lo excitante, y eso no puedo olvidarlo de ninguna manera.

Beatriz. Una sesión de cocina

La película es buena, pero el libro es aún mejor, ¿lo has leído?

No. ¿De dónde sacas el tiempo, doctora?

Pues eso no es todo, también soy una cocinera excelente. Preparo unas tartaletas de salmón y calabacín para chuparse los dedos.

Llevamos dos semanas hablando a través del whatsapp prácticamente a diario, ¿cómo he dejado que esto ocurra? Me había prometido a mí misma cortar de raíz mi relación con Lluvia o, al menos, dejarla en un plano meramente físico. Sin embargo, he sido incapaz de cumplir mi promesa, en parte porque últimamente me siento un poco sola, con Sergio tan liado en el trabajo y mi hija siempre en casa de su amiga Sonia, y en parte también... porque me encanta hablar con Lluvia.

¿Estoy haciendo mal? Intuyo que es peligroso dejar que se meta en mi vida personal, pero hablar con ella me relaja de un modo extraño y sorprendente. Pese a nuestra diferencia de edad, tenemos gustos muy similares, y es tan agradable sentir a alguien tan pendiente de ti... A veces, nuestra relación me recuerda a los primeros tiempos con Sergio, cuando éramos novios y cada tarde que pasábamos juntos tenía ese aire de acontecimiento irrepetible.

¿También sabes cocinar? Estoy empezando a pensar que eres perfecta.

No te burles de mí. Pensarás que soy una sosa, ya sé que las chicas de tu edad no suelen perder el tiempo en la cocina.

La verdad es que soy una inútil cocinando. Pero oye, me encantaría probar un día las tartaletas de las que hablas... ¿qué tal la semana que viene?

Ya está, ya ha pasado. Lo que llevo quince días deseando y temiendo a partes iguales va a volver a producirse. Nerviosa, pregunto con una ansiedad que

afortunadamente no puede transmitirse a través del teléfono móvil.

¿Vas a volver a pasar por Madrid?

Creo que sí... ¿te apetece verme?

Las dos somos muy cuidadosas en estas conversaciones. Sin necesidad de habérselo pedido, Lluvia ha asumido que tengo una familia, y que decir según qué cosas puede ser peligroso, por mucho que yo borre cuidadosamente cada una de nuestras charlas siempre que terminamos de hablar. Pero, pese a ello, es inevitable que, de cuando en cuando, aparezcan frases que denotan que, en realidad, no somos solo dos buenas amigas que charlan para pasar el rato.

Sabes que sí...

¿Cómo es posible que me estremezca al escribir estas tres simples palabras? Por mucho que me resista a admitirlo, no puedo negar que tengo un deseo infinito de volver a ver a Lluvia, y que siento... ilusión, sí, ésa es la palabra, ilusión al pensar en la inminencia de un próximo encuentro.

De modo que fijamos una cita para el sábado de la semana siguiente, en la casa de la amiga donde suele alojarse, esa tal Álex que por lo visto es lesbiana, aunque no me olvido de Nati, con la que estaba citada la tarde en la que tuvimos nuestra primera conversación por whatsapp y de la que nunca he vuelto a oír una palabra. ¿Estoy celosa? Sería ridículo pensar que una chica como Lluvia solo me ve a mí y lleva sin tener sexo desde la última vez que estuvimos juntas. Además, yo ya tengo a Sergio, la joven recepcionista es solo un pequeño desliz sin importancia, algo que acabará pronto, aunque, de momento, no tengo ningún deseo de que eso suceda.

¡Qué complicado es todo! Me despido de mi amiga después de decirle los ingredientes que tiene que comprar para cenar juntas en su casa. Voy a cocinar para ella, ¿no es algo demasiado romántico? No creo, al fin y al cabo, somos

chicas, no somos tan rudimentarias como los hombres, ¿qué hay de malo en poner un poquito de sensualidad y refinamiento en la relación?

Pero, por más que intento encontrar mil razones que indiquen lo contrario, no consigo erradicar de mi mente la inquietante sospecha de que he dado un paso más en una dirección sumamente peligrosa.

Viernes. Mañana veré a Lluvia otra vez, y un delicioso cosquilleo de ansiedad me acompaña durante todo el día. Lo primero que tengo que hacer es encontrar una excusa razonable para estar fuera toda la tarde del sábado, porque Sergio conoce a todas mis amigas y desde luego no quiero contarle a ninguna de ellas nada de lo que pueda arrepentirme después.

Estoy dándole vueltas a la cabeza buscando la mejor opción cuando mi marido aparece por la puerta y, tras el consabido beso de saludo, soluciona de un golpe todos mis problemas:

—Voy a preparar la maleta, mañana a primera hora tengo que volar a Barcelona, lo siento.

—¿Mañana? Pero... no me habías dicho nada.

—Lo sé, ha surgido de repente. Hay un problema con el último contrato y tenemos que ir Fernando y yo a arreglarlo, estaremos fuera todo el fin de semana.

Lo primero que siento al oír sus palabras es una alegría innegable, pero enseguida la sombra de la inquietud aparece en el horizonte. ¿Es normal que desee con tanta fuerza librarme de mi marido durante dos días para arrojarme en brazos de una mujer? ¿No es peligroso lo mucho que está empezando a gustarme Lluvia?

—Te prometo que el próximo fin de semana haremos algo juntos, te

compensaré.

Algo no me ha sonado bien en la última frase de Sergio. Más que lo que ha dicho, es el tono en que lo ha dicho. He estado tan absorbida por mi affaire con Lluvia que ni siquiera he reparado en ello pero, ¿no pasa demasiado tiempo fuera mi marido últimamente? Siempre ha tenido mucho trabajo, pero desde hace unos meses es rara la semana que no se queda alguna noche en la oficina.

De pronto el pulso se me acelera y me surge una duda lacerante, ¿estará teniendo una aventura? No puede ser, es Sergio, él nunca me haría una cosa así pero, después de todo, *yo* se lo estoy haciendo él. Es de locos, pero no puedo quitarme la idea de la cabeza. Además, su amigo Fernando corroboraría cualquier cosa que él le pidiera, perfectamente podría estar engañándome y yo mientras creyéndole en Barcelona, enfrascado en aburridas reuniones de trabajo.

Tengo que mantener la calma. Como dice el refrán, cree el ladrón que todos son de su condición. ¿Podría pasar el fin de semana entero con Lluvia? Mi hija probablemente tenga planes que no me incluyan, tal vez tendría que intentar aprovechar la coyuntura. Sé que no es un buen plan, que corro el riesgo de que la situación se me escape de las manos, pero la mera idea de pasar la noche entera con mi amante me resulta tan excitante que a duras penas consigo conciliar el sueño.

He decidido decirle a Marta que voy a salir con unas amigas, sin especificar con quién. Mi hija está tan alocada desde que ha empezado la universidad que estoy segura de que no va a hacer demasiadas preguntas. Si ella tiene pensado pasar la noche fuera, tal vez me decida a hacer lo mismo; en caso contrario, me despediré de Lluvia a una hora razonable y volveré a casa como una buena

madre.

¡Dios, a veces me siento tan culpable! ¿Qué diría mi hija si supiera que engaño a su padre? ¡Y con una mujer! A su edad, estas cosas pueden resultar muy traumáticas, ¿me odiaría? Seguro que tomaría partido por Sergio, se llevan los dos a las mil maravillas. Definitivamente, lo mío con Lluvia tiene que acabar, esta misma tarde le diré que... ¿cómo puedo ser tan inconstante? ¡Hace cinco minutos estaba sopesando la posibilidad de pasar en su casa toda la noche!

—¿Has quedado con alguien hoy?

Marta me mira desde la puerta de mi habitación. Está creciendo muy deprisa y cada día se parece más a mí, lo cual es una ventaja porque podemos compartir ropa. Precisamente, hoy tenía pensado pedirle prestada una blusa muy juvenil que hace siglos que no se pone y a mí me gusta mucho.

—Sí —contesto evitando que nuestros ojos se crucen—, creo que voy a salir con un par de amigas.

—Perfecto, porque yo voy a quedarme a dormir en casa de Sonia y no quería que te sintieras abandonada.

Desde luego, mi hija es un sol, pero al oír que ella tampoco me esperará en lo único que puedo pensar es en que tengo una noche entera que dedicar a mi amante, ¿soy una mala madre?

—Te has hecho muy amiga de Sonia, ¿verdad?

—Sí... supongo. Es que vamos a salir con unos chicos y así no tengo que volver sola.

—¿Unos chicos? ¿Son de la facultad?

—Mamá, no empieces, son solo unos amigos.

No puedo evitar mirarla con ternura. Fue a su edad cuando conocí a Sergio, y

apenas nueve meses después nació ella. Tendríamos que tener de nuevo la charla, ésa que los hijos apenas escuchan pero que es de trascendental importancia, pero esta tarde no me siento capaz de dar consejos a nadie.

—Está bien, está bien. Pero llámame cuando llegues a casa de Sonia para que me quede tranquila.

Tras prometérmelo, mi hija sale de mi cuarto y me deja a solas. Son las siete de la tarde y faltan todavía dos horas para que me reúna con mi amante, pero estoy tan inquieta que, incapaz de esperar más, me ducho y me visto mucho antes de lo necesario. Me he puesto unos vaqueros elásticos que me quedan de muerte y la blusa de Marta, y creo que podría pasar por una jovencita de la edad de Lluvia si me lo propusiera.

—Estás muy guapa, mamá.

—Gracias, tú también.

Lo normal sería que las dos nos sentáramos a charlar un rato amigablemente, pero tengo tanto miedo de que me pregunte con quién voy a salir que en lo único que pienso es en escapar de casa lo antes posible. Mientras me ve coger mi bolso, mi hija me mira con una expresión extraña, ¿estará sospechando algo?

—¿Sabes mamá? Quería comentar contigo una cosa.

—¿Ahora?

—No, no. Ya veo que tienes prisa.

—Puedo... puedo llamar y decir que llego un poco más tarde.

—No hace falta, es una tontería. Lo hablamos en otro momento.

Mientras espero el ascensor siento la tentación de dar media vuelta y no posponer esa conversación que mi hija ha propuesto. ¿Y si se tratara de algo

importante? Juro que soy una buena madre, no entiendo cómo es posible que mi voluntad esté anulada de este modo. Pero ella misma ha dicho que era una tontería, no puedo hacer un mundo de cualquier pequeñez, de un tiempo a estar parte veo fantasmas en todas partes.

Lo que tengo que hacer ahora es ir al encuentro de Lluvia y dejar muy claro que será la última vez que nos acostamos juntas.

Nunca sabemos cómo saludarnos, ni al empezar la velada ni al terminarla. Esta tarde hemos juntado levemente los labios, y la ternura del gesto me ha conmovido de un modo que no sabría si calificar de agradable o preocupante. Lluvia está preciosa, con una alegre falda de colores por encima de la rodilla y un top de tirantes rojo que deja sus hermosos hombros a la vista. Enseguida me ha hecho pasar y me ha enseñado orgullosa lo bien que ha hecho los deberes que le puse: mantequilla, 3 huevos, un brick de nata, 200 gramos de calabacín, 100 gramos de cebolla, 8 hojas de masa filo y 150 gramos de salmón ahumado.

Hay una cosa que me preocupa y satisface a partes iguales. Esta vez, ninguna de las dos se ha arrojado sobre la otra como si lo único que nos uniera fuera el sexo. Hoy, parece claro que nuestro encuentro irá por otros derroteros: hoy hay que practicar el juego de la seducción, el de las miradas de soslayo, el de saber marcar los tiempos y esperar el momento. Realmente, me apetece cocinar para ella, y por el brillo de sus ojos interpreto que también mi amante quiere tomarse las cosas con más calma.

—¿Cuándo llegaste a Madrid?

—Ayer por la tarde.

—Temí que no encontraras el salmón, pero este parece excelente.

—Mi compañera de... quiero decir Álex, me ha indicado una pescadería muy buena en el barrio.

—¿Has vuelto a deshacerte de ella?

—Por lo visto está intentado hacer una conquista —sonríe Lluvia arrugando la naricilla de un modo muy gracioso—, así que tenemos la casa para nosotras solas toda la noche.

Había olvidado lo bonita que es la sonrisa de mi amante. Hoy es la sonrisa-ilusión, o al menos eso me parece a mí. ¿Cómo voy a decirle que éste debe ser nuestro último encuentro? En lo único que puedo pensar es en disfrutar de esta noche: Sergio está a más de quinientos kilómetros, mi hija ya no me necesita y yo no puedo controlar lo que siento. No sé si soy una mala persona, pero hay cosas que es imposible evitar, y ante ellas lo único que podemos hacer es dejarnos arrastrar por la corriente.

—Bien —digo entonces buscando por toda la cocina con la mirada—, deberíamos empezar a trabajar, ¿dónde tienes un cuchillo que corte?

—Creo que Álex tiene de todo, pero he puesto una botella de vino blanco a enfriar, ¿no te apetece una copa?

Sin esperar respuesta, mi amante descorcha la botella y sirve dos copas de vino helado y delicioso.

—Por una noche inolvidable —dice tras hacer chocar su copa contra la mía.

Las palabras se estrangulan en mi garganta. Todo lo que puedo hacer es sonreír y, cuando Lluvia me ofrece sus labios, besarlos con una pasión a duras penas controlada.

Son, como el vino, deliciosos.

La cocina de Álex es la estancia más grande de su apartamento. Tiene una mesa con dos sillas en un extremo, y cuando mi amante me dice que comen siempre allí no puedo evitar sentir una punzada de envidia hacia su amiga. ¿Cómo será desayunar con Lluvia? Tal vez debería quedarme a pasar toda la noche, de ese modo podría saberlo y quizá, solo quizá, podría superar esta absurda obsesión que me consume.

Pero ahora hay que concentrarse en la tarea. La cocina siempre me ha relajado, y los fines de semana, después del duro trabajo en el hospital, con frecuencia echo a todo el mundo de mi lado y me dedico a preparar los platos más sofisticados. Hoy, sin embargo, no solo no quiero echar a Lluvia de mi lado sino que, a pesar de que tiene pinta de no saber freír un huevo, estoy dispuesta a convertirla en mi ayudante.

—Lo primero que tenemos que hacer es trocear el calabacín y la cebolla.

—¿Tenemos?

Otra vez, la sonrisa-pícaro, y la joven resulta tan seductora que, durante un segundo, me planteo la posibilidad de mandar la cena a hacer gárgaras y meternos directamente en el dormitorio. Pero no, hoy va a ser distinto, y aunque estoy impaciente porque llegue el momento, también deseo que lo haga a su debido tiempo.

—No pensarás que voy a hacerlo yo todo —protesto fingiendo un enfado que no siento.

—Está bien, está bien, pero ya te aviso de que te arrepentirás.

Las dos estamos de muy buen humor. En cierto modo, es como si no lleváramos tres semanas sin vernos. Supongo que las conversaciones diarias con el whatsapp han hecho que nos conozcamos mejor, y por eso hoy el ambiente me parece más cálido que en nuestros dos encuentros anteriores.

Desde luego, pronto queda claro que Lluvia no pisa demasiado la cocina.

—Deja eso, te vas a cortar. Mejor dedícate a pincelar las hojas de masa... así...

Riendo, Lluvia hace lo que le digo, dejando de lado el calabacín y obedeciendo mis órdenes de un modo que resulta más bien patético. No tarda mucho en protestar por la tarea:

—Esto es muy aburrido, no entiendo que a tanta gente le guste la cocina.

—Menuda ayudante me he buscado.

—Tal vez podríamos buscar algún modo de hacerlo más interesante.

—No veo cómo —la regaño mientras pienso por un instante, incómoda, que es tan infantil como mi hija.

Ahora Lluvia me mira con la sonrisa-manipuladora, y de algún modo tengo la sensación de que lo que va a decir es algo que tiene pensado y que de ninguna manera es fruto de la improvisación. Cuando habla, es como si masticara las palabras, como si se relamiera al pensar en lo que va a proponer:

—¿Qué tal si cocinaras desnuda?

Otra vez siento el deseo de dejar las cosas y encerrarme con ella en el dormitorio durante toda la noche, ¿a quién le importa si se estropea ese estúpido salmón? Pero no quiero renunciar a los prolegómenos, no esta noche. Me apetece cenar con Lluvia antes de hacerle el amor, y espero que ella sea capaz de comprenderlo.

—Déjate de bromas y pásame el pescado, hay que limpiarlo bien.

—A la orden —dice mientras hace lo que le pido—, pero no estoy bromeando. ¿No te resultaría excitante cocinar desnuda? Seguro que no lo has hecho nunca con tu marido.

Me he quedado de piedra al oír sus palabras. ¿Está celosa de Sergio? No puede ser, para ella solo soy una aventura pasajera, es imposible que se preocupe por lo que yo haga o deje de hacer con él pero, sin embargo, hay algo en su mirada que... Por otra parte, la idea de las dos juntas y en cueros en la cocina mientras trabajamos no me parece tan ridícula una vez que la sorpresa inicial ha pasado, ¿estará hablando en serio?

—¿De verdad quieres que hagamos la cena las dos en pelotas? —pregunto, entre incrédula y excitada.

Antes de contestar, Lluvia vuelve a sonreír, da otro sorbito a su copa de vino y, después, con ojos brillantes contesta a mi pregunta:

—No me has entendido bien. Quiero que *tú* cocines desnuda. Yo acabo de comprarme este conjunto tan mono y tengo que lucirlo.

Tardo unos segundos en comprender realmente lo que me está pidiendo.

—¿Pretendes... pretendes que yo... que solo yo...?

—Eso es. Quiero que te desnudes y cocines para mí.

Dios, no sé describir cómo me siento. ¿Escandalizada, utilizada? Puede, pero también nerviosa y terriblemente intrigada por lo que acabo de oír, ¿cómo es posible que Lluvia ponga continuamente mi mundo patas arriba con tan poco esfuerzo? ¿Qué hago aquí, no debería marcharme y regresar a la seguridad de mi matrimonio y mi familia?

—¿Y tú... —pregunto con voz apenas inteligible—, tú no vas a...?

—Exacto. Yo seguiré vestida.

No puedo hacer eso. No nos conocemos tanto, no hay tanta intimidad entre nosotras, no me sentiría cómoda. Una cosa es meterme con ella en la cama, fundir nuestros cuerpos en el abrazo de la pasión, y otra exhibirme para su

deleite como si estuviera en un mercado de esclavas.

—Nada de eso, pero si quieres nos desnudamos las dos —preciso, para no parecer una cobarde timorata.

Lluvia parece cavilar unos instantes y, mientras tanto, pienso que la situación sería muy sensual, las dos tal y como vinimos al mundo moviéndonos por la cocina. Pero pronto me queda claro que mi amante no es de las que se rinden fácilmente:

—Suenas sugerente —reconoce—, pero creo que prefiero mi idea. Vamos, es tan morboso...

Sonrisa-hipnotizadora. Realmente, no sé qué pensar. Por un lado, me siento incapaz de hacer lo que me pide, pero por otro tengo que reconocer que sí, que es algo lleno de morbo, que solo de imaginarlo se me pone la piel de gallina y que, quizá, me apetece probarlo mucho más de lo que yo misma estoy dispuesta a reconocer.

—No sé... Me da vergüenza, solo hemos estado juntas dos veces y...

—Precisamente. Es ahora o nunca. Si lleváramos veinte años juntas ya no sería tan excitante, ¿no crees?

¿Otra referencia a mi matrimonio? Cada vez estoy más convencida de que todo lo que está sucediendo esta noche obedece a un plan concienzudamente trazado. Tendría que escapar, ahora que todavía estoy a tiempo pero... ¡me apetece tanto cumplir su deseo! Sí, no puedo negarlo, me aterra pero me seduce, es como estar al borde de una montaña rusa, que puede dar miedo pero también asegura una experiencia de una intensidad inimaginable.

—Está bien.

Los ojos de Lluvia se iluminan como si no pudiera creer que finalmente ha conseguido su objetivo.

—Pero si me siento incómoda se acabó el juego —digo mientras vacío mi copa de vino de un trago y dejo los utensilios de cocina sobre la encimera—. Y no quiero que veas cómo me desnudo.

Salgo de la cocina temblando como una chiquilla y me meto en el cuarto de baño. ¿Cómo es posible que esté tan excitada? Soy una mujer hecha y derecha, llevo una satisfactoria vida sexual junto a mi marido y, pese a todo, ahora llega una joven alocada, me pide un disparate y, lejos de negarme, me meto yo sola en la boca del lobo sin apenas ofrecer resistencia.

Pero no puedo negarlo, mientras me quito la blusa de mi hija lo único que existe en mi mundo es Lluvia, y a pesar de mi pudor noto que ardo en deseos de regresar junto a ella y disfrutar de esta extraña velada tanto como me sea posible. En menos de treinta segundos estoy en ropa interior, y la imagen que me devuelve el espejo me llena de confianza. Veo ante mí a una mujer hermosa, segura de sí, llena de vida y juventud. Si estoy sintiendo algún tipo de remordimiento por la infidelidad, desde luego nadie podría adivinarlo observando mis labios entreabiertos o mis mejillas arreboladas.

Disfrutando el instante, desabrocho mi sostén y lo dejo caer sobre el resto de mi ropa. Mis pechos no son tan jóvenes y firmes como los de Lluvia, pero siguen siendo apetecibles. Son redondos y femeninos, y esta tarde se me antojan especialmente dulces. Estoy segura de no decepcionar a la joven que me aguarda impaciente en la cocina, pero con un resto de pudor asomo la cabeza y grito:

—¿Puedo dejarme las braguitas?

—De ninguna manera —me llega su voz, amortiguada por la distancia.

—Pero... yo creo que queda más fino, si me las dejo puestas.

No puedo creer que esté teniendo esta conversación, y menos aún si pienso

que, en realidad, estoy deseando que Lluvia se salga con la suya.

—¡Vamos! —la oigo en la distancia, impaciente—, ¿no querrás que tenga que ir a buscarte?

Sin darle más vueltas, me despojo del resto de mi ropa y, totalmente desnuda, regreso junto a Lluvia con la intención de cocinar para ella.

—Estás...

Lluvia no ha sido capaz de terminar su frase al verme aparecer. Mientras camino, mis piernas parecen de trapo, respiro agitadamente y estoy tan nerviosa que me parece que voy a desmayarme pero, al mismo tiempo, me siento tan viva que no puedo dejar de disfrutar cada segundo con una intensidad indescriptible. Es abrasador notar su mirada deslizándose sobre cada centímetro de mi piel y leer el deseo en su rostro con la misma claridad que una frase escrita en un libro.

Por un momento, temo que no pueda controlar su pasión y me lleve de inmediato a la cama. El juego es tan morboso que, aunque un poco avergonzada, lo disfruto de un modo cruel y adictivo, y cuando oigo sus siguientes palabras, el alivio que siento me sorprende tanto que empiezo a pensar si no me estaré convirtiendo en una mujer distinta.

—Bien, ahora... prometo seguir cocinando sin protestar lo más mínimo.

Ahora que la tengo al lado no puedo creer que realmente esté haciendo esto, ¡mi mundo ha cambiado de un modo inimaginable en apenas un par de meses! Pero no solo está pasando sino que además me encanta, y cuando las dos reanudamos nuestra tarea el aire me parece cargado de una sensualidad eléctrica y no me hace falta sentir sus manos sobre mi piel para sentirme acariciada y ebria de excitación.

—¿Has terminado con las hojas de masa? Ponte con esa cebolla. Así, como lo hago yo.

Mis senos tiemblan al compás de mis golpes de cuchillo sobre la tabla de cortar. Y Lluvia los mira, con la sonrisa-admiración dibujaba en su bello rostro y provocando así que mis pezones crezcan como accionados por un resorte oculto.

Durante un rato, las dos trabajamos en silencio, pero de ningún modo eso me produce malestar. A veces nos miramos, y entonces me doy cuenta de lo expresivos que pueden ser unos ojos; otras, nuestros dedos se rozan al pasarnos la sal o el cuchillo, y su contacto me parece tan estremecedor que siento como si un rayo traspasara mi cuerpo de parte a parte.

—¿Otra copa de vino?

—Por favor.

Lluvia vuelve a rellenar nuestras copas, preciosa con su falda veraniega y su top rojo. Me gusta estar desnuda delante de ella, me siento hermosa, vulnerable pero poderosa. Es como si por primera vez fuera yo misma, sin nada donde esconderme, y de pronto me doy cuenta de que estoy tan excitada como si alguien me hubiera estado acariciando, y de que estoy disfrutando cada segundo de tal modo que desearía que nuestra original cena juntas no terminara nunca.

—Por la mejor cocinera del mundo —dice Lluvia inclinando su copa hacia mí.

—Todavía no entiendo cómo me has convencido.

—¿Incómoda?

Descalza, soy bastante más baja que ella, y eso aumenta mi sensación de inferioridad, pero lejos de molestarme me inflama aún más. Ahora estamos las dos muy juntas, y antes de que pueda responder mi amante se inclina despacio

hacia mí y me besa con ternura en los labios. Dejándola hacer, abro la boca lo justo para que su lengua atravesase el umbral y se encuentre con la mía en un húmedo beso. Mientras sostiene la copa con la derecha, noto su mano izquierda sobre mi cadera, acariciando, deslizándose despacio hasta llegar hasta las nalgas, donde juguetea traviesa en círculos, pellizca, palmea despacio...

—Tenemos que terminar esto —digo entonces retirándome de su lado y dejándola con un palmo de narices.

—¿Qué...?

Su voz es ronca pero, aunque estoy tan excitada como ella, lo estoy disfrutando tanto que no quiero que acabe nunca, y sonriendo regreso a mi sitio en la cocina, sabiendo que Lluvia a duras penas puede posponer lo que las dos llevamos semanas deseando.

—El salmón se estropea enseguida —digo traviesa, jugando con su impaciencia.

—Oh, vamos, ¿a quién le importa el salmón? Estás tan bonita...

—Las manos quietas. Me has pedido que me desnudara y he accedido. Ahora pórtate bien y ten paciencia.

¡Es increíble lo mucho que me está gustando! Ayudado por el vino, el pudor ha desaparecido poco a poco, dejando paso a un deseo salvaje de jugar y experimentar cosas nuevas. Y tener tan encandilada a Lluvia me embriaga a mí misma de tal modo que estoy decidida a prolongar la situación tanto como sea posible.

—Vamos, sé buena. En realidad, ya no te necesito más, puedes sentarte un momento mientras yo termino.

Estoy sorprendida de mi propia osadía. Veinte minutos antes me sentía incapaz

de exhibirme para ella y ahora, de pronto, soy yo la que la empuja a sentarse cómodamente en una de las sillas de la cocina mientras yo me dispongo a terminar nuestra cena.

—Está bien —carraspea Lluvia, sonriendo otra vez—. Pero por favor date prisa.

Lo que sigue es tan intenso que todavía hoy, mientras escribo estas líneas, mi respiración se agita al recordarlo. Mientras mi amante se sienta a apurar su copa de vino a mi espalda, yo me dispongo a terminar la cena con una calma sorprendente. Aprovechando el desorden que Álex tiene en su casa, me muevo continuamente de un lado para otro, girando sobre mí misma, dejando que Lluvia asista al espectáculo desde su privilegiada posición.

No sé cuánto tiempo estamos así. Realmente el trabajo está hecho, pero yo sigo moviéndome, abriendo armarios, dando la espalda a veces para después cambiar por completo de posición, y encontrando siempre los ojos brillantes de Lluvia fijos en mí, lo cual me enciende como una tea y me produce una satisfacción indescriptible. Finalmente, meto el salmón en el horno, y sé que mientras lo hago ella está admirando la rotundidad de mis glúteos, amplios y carnosos, y sé que ninguna de las dos va a poder aguantar más el deseo que nos corroe por dentro.

Vuelvo a ponerme en pie y me sitúo frente a ella. Estamos cada una en un lado de la cocina, y Lluvia me mira atentamente mientras yo, exhausta, doy un tímido paso en su dirección.

—Ven aquí —dice poniéndose en pie y extendiendo una mano hacia mí—. Vamos, ya no aguanto más.

Entonces doy dos pasos más, hasta que coge mi mano entre las suyas. Pero no estoy dispuesta a dejar que sea ella la que tome la iniciativa. Sujetándola firmemente por las caderas, la obligo a apoyarse en la mesa, derribando sin

miramientos la copa de vino que mi amante había estado disfrutando. Ahora soy yo la que la domina desde arriba, y mientras junto mi cuerpo al suyo la rodeo con el brazo izquierdo al tiempo que mi mano derecha se desliza por debajo de su falda y empieza a forcejear con el elástico de las braguitas.

—Vamos al dormitorio —oigo su voz entre jadeos.

—No.

—Pero...

—No.

Me siento increíblemente poderosa, soy la que lleva las riendas y no estoy dispuesta a soltarlas. Mis pechos desnudos se aprietan contra su top ajustado, mi sexo se desliza sobre una de sus piernas mientras procuro sujetarla y tenerla a mi merced. Estoy tan excitada que creo que voy a llegar al orgasmo simplemente por el embrujo de la situación y, debajo de mí, apoyada en la pequeña mesa que amenaza con ceder ante nuestro peso, Lluvia se muestra tan dócil como la marioneta de un teatro de títeres.

Poseída de una fuerza inexplicable, la beso con rabia, entrando en su boca como una manada de animales salvajes desbocados, mi cuerpo presionando siempre sobre el suyo para evitar su improbable huida. En esa postura, me cuesta deslizar la mano por debajo de su ropa interior. Mi amante se retuerce intentando facilitarme el acceso, impaciente. Luego, jadeando, retira su boca de la mía y casi me suplica:

—Espera... déjame... yo me las quito.

—¡No!

Mi voz ha sido casi un rugido, tan impetuoso que Lluvia me mira sorprendida.

—Déjatelas puestas —susurro mientras la beso el cuello—, déjatelas puestas.

Entonces, vuelvo a entrar en su boca con mi lengua, mis senos sudorosos estropeando su ropa de estreno, mis caderas chocando contra su cintura mientras mi mano, con sabiduría, cambia de postura y encuentra un resquicio por el que colarse por debajo de sus bragas.

Todo se precipita. Lluvia está tan excitada como yo, y ni el más cruel de los amantes podría retrasarlo más. Mis dedos acarician unos instantes su indómito vello púbico, pero rápidos y veloces avanzan unos centímetros, encuentran el botoncito inflamado, se deleitan en los empapados pliegues que les reciben abriéndose con una facilidad inimaginable.

De nuevo somos dos lobas en celo. El sexo junto a Lluvia es tan intenso que a veces da miedo pensarlo. Sin dejar de besarla la penetro con dos, con tres dedos, notando mis pezones a punto de reventar contra la tela de su top, mi propio sexo tan alterado como el suyo a pesar de que mi amante ni siquiera me ha tocado todavía.

Lluvia tiembla debajo de mí, y su temblor redobla mi excitación. Su aliento es caliente, pecaminoso e incitante, sus gemidos se transfieren a mi cuerpo provocándome espasmos de enloquecedora sensualidad. Empujo, exploro, acaricio su interior incasablemente hasta que ella, incapaz de aguantar más, se escapa de mi beso y refugia su cabeza en mi cuello, retorciéndose en espasmos de placer que parece que no van a terminar nunca.

Un chasquido debajo de nosotras anuncia que Álex tendrá que comprar una mesa nueva para su cocina, pero afortunadamente el mueble aguanta y permite que Lluvia disfrute un orgasmo largo, voraz, esplendoroso. Luego, poco a poco va recuperando la calma, todavía con mis dedos dentro de ella y mi cuerpo tan pegado al suyo que no cabría una hoja de papel entre nosotras. Su ropa nueva está hecha un desastre, pero no creo que vaya a reprochármelo.

—Dios —jadea mirándome feliz—, ha sido... ha sido...

Otra vez nos besamos, y enseguida noto sus manos recorriendo mi piel desnuda. Su tacto es tan suave que tengo que cerrar los ojos cuando las noto bajar por mi espalda, adentrarse entre el valle que forman mis glúteos, acercarse a...

—¿Qué es ese olor?

Como saliendo de un sueño, olfateo un par de veces antes de darme cuenta de lo que ha sucedido.

—Acabamos de quedarnos sin cena.

A ninguna de las dos le importa.

He pasado la noche en casa de mi amante, y han sido horas de una felicidad difícilmente explicable, horas en las que el mundo exterior ha desaparecido por completo. Ahora, sin embargo, ha llegado de nuevo el momento de la despedida y, como siempre desde que conozco a esta diabólica joven, siento que me fallan las fuerzas. De cualquier forma, la decisión está tomada: no volveremos a estar juntas. Por mucho que me cueste, es lo mejor para mi matrimonio, porque cada vez tengo más claro que estar junto a Lluvia crea adicción, y sé que si retraso el momento cada vez será más difícil hacerlo realidad. Llevo toda la mañana ensayando la mejor forma de poner punto y final a nuestra relación pero, cuando llega la hora de la verdad, mi cabeza es un torbellino de frases hechas que temo no van a ayudarme demasiado.

De pie en el diminuto salón, las dos nos miramos de reojo, y una vez más me pregunto cómo es posible tanta inseguridad entre nosotras después de la increíble conexión que sin duda tenemos en el dormitorio. En el dormitorio... y en más sitios, espero que Lluvia encuentre una excusa convincente para explicar por qué está rota la mesa de la cocina.

—¿No te olvidas nada?

—No.

—¿Te acompaño hasta el autobús?

—No gracias, la parada está aquí mismo. Escucha Lluvia, yo...

—¿Cuándo volveré a verte?

Sus ojos desprenden fuego y tiene dibujada en el rostro la sonrisa-invencible, ¿de dónde voy a sacar la fuerza suficiente para hacer lo que tengo que hacer?

—Pues... esta tarde te marchas otra vez, no sé si...

—Puedo volver a Madrid cada quince días. Si tú quieres.

Siento que mis rodillas chocan la una contra la otra. Haciendo un esfuerzo, trato de recordar el rostro de Sergio, el hombre con el que llevo casi veinte años de feliz matrimonio. Desesperada, descubro que apenas consigo recordar el contorno de su cara, ¡la sonrisa de Lluvia hace que todo lo demás palidezca sin remedio!

—No sé, tal vez...

—¿No podrás encontrar un huequecito para mí de vez en cuando? Vendré solo el fin de semana que tú me digas, cuando a ti te venga bien.

Es demasiado para mí, ¡su gesto es tan seductor y parece tener tantas ganas de volver a verme! Pero tengo que ser fuerte, no puedo rendirme, tengo que pensar en lo mejor para mi familia, y sin duda lo mejor es despedirme para siempre de esta bruja que ha conseguido robarme el alma.

—¿Cada quince días? De acuerdo... será estupendo.

Las palabras han salido de mi boca sin que yo haya podido evitarlo. Cuando Lluvia me besa a modo de despedida, siento que estoy cometiendo un error,

pero a pesar de ello no logro evitar sentirme absurdamente feliz.

Lluvia. Prohibido lamerse las heridas

—Esta mesa me la regaló mi madre, y a ella mi abuela, y a mi abuela...

—¿De verdad? No sabes cuánto lo siento.

—Coño Lluvia, te estoy tomando el pelo. Es una mesa de Ikea.

Enfadada, golpeo el hombro de Álex con mi puño, mientras mi amiga sigue riéndose a mi costa al tiempo que me pregunta interesada por la evolución de mi romance prohibido.

—Así que lo hicisteis en la mesa de la cocina...

—Te prometo que te compraré una igual, fue un accidente.

—Deja ya de pedir perdón, pareces una jesuita. Lo que me jode es que a mí no me pasan estas cosas, debo estar perdiendo facultades. ¿Puedo preguntar qué demonios hacíais en la cocina?

—Bueno, yo... le había pedido que cocinara desnuda para mí.

Los ojos de Álex se abren como platos y me miran con admiración. Nunca me ha gustado alardear de mis conquistas, pero esta vez me sucede algo extraño. Estoy tan insegura con respecto a Beatriz que es como si necesitara la opinión de alguien que lo viera desapasionadamente y, en ese sentido, mi compañera de piso me parece la persona perfecta, pues me pregunta sin llegar a agobiarme y hasta el momento siempre me ha dado buenos consejos.

—Joder Lluvia, eres mi ídolo. ¿Vas a volver a traerla aquí? Es por esconder los muebles más caros, o al menos la televisión, no sea que...

Riendo, le cuento el plan establecido, según el cual yo “apareceré” por Madrid cada quince días. Mi amiga me escucha atentamente y, cuando termino, asume su habitual aire doctoral y emite su veredicto:

—A ver si lo he entendido: te has ligado a una milf que se presta a todos tus

caprichos eróticos, y le has hecho creer que vives fuera de la ciudad. De ese modo, cada quince días estará aguardando ansiosa tu “llegada”, y entonces podrás volver a convertirla en tu esclava sexual. Brillante, sencillamente brillante.

Álex se inclina y me hace un par de reverencias. Aunque su buen humor es contagioso, yo sé perfectamente que no es oro todo lo que reluce, y una vez más noto que necesito volcar sobre ella lo que me atormenta:

—En realidad, no es tan bonito como parece.

—¿Problemas en Disneyland? Ya veo lo que sucede. Estás encoñada con ella, ya te lo avisé.

Ahora las dos estamos serias, y antes de contestar emito un largo suspiro de desconsuelo sin poderlo evitar.

—No, no estoy encoñada con ella. En realidad... creo que me he enamorado de Bea.

Ya está, por primera vez lo he dicho, y al reconocerlo en voz alta me he dado cuenta de que es totalmente cierto. No se trata de una mera atracción física: pienso en ella a todas horas, rememoro cada segundo pasado a su lado, releo una y otra vez nuestras conversaciones en el whatsapp y, cuando nos despedimos, calculo las horas que faltan hasta nuestro próximo encuentro y las voy descontando con lentitud exasperante.

—Bueno, ¿qué opinas? —pregunto a Álex, que ahora me observa con semblante serio mientras juega mecánicamente con el piercing de su ceja.

—Opino que estás jodida. Y mira que te avisé: no te cuelgues por una mujer casada.

—Vamos Álex, ¿eres tú capaz de elegir de quién te enamoras?

—No, claro que no. Por eso hay que tener mucho cuidado en evitar correr riesgos. Y tú, cariño, has ido de cabeza al matadero.

Tiene toda la razón, y ahora lo veo con claridad. Desde la primera vez que le entregué la llave de la habitación 207 supe que había algo diferente en Bea. Nunca he creído en el flechazo y esas cosas típicas de películas de sobremesa, nunca... hasta que finalmente me ha sucedido a mí. El problema es que ya no tiene solución, que lo único que puedo hacer ahora es pensar cuál es la mejor estrategia a seguir.

—¿Qué me aconsejas? ¿Crees que debería dejar de verla?

Álex me sonríe y me mira como a una niña mimada que no sabe nada de la vida. Luego, me coge de la mano y me da un firme apretón antes de dictar sentencia:

—Lluvia, sabes tan bien como yo que no vas a dejar de verla. Sólo puedo aconsejarte una cosa: disfruta todo lo que puedas y no pierdas un segundo en lamerte las heridas. Ya tendrás tiempo para eso después.

Apenas termina de hablar, me doy cuenta de que, en realidad, no estoy buscando su consejo. La decisión estaba tomada de antemano, y ni siquiera la he elegido yo porque, sencillamente, es algo que me sobrepasa por completo. En efecto, lo único que necesito hoy es desahogarme con una amiga, porque sé perfectamente que, dentro de quince días, estaré esperando a Bea con la fidelidad que muestra un perro hacia su dueño, y sé también que eso será así hasta que mi amante se canse de mí o de su matrimonio, lo que suceda primero.

Al pensar en ello me estremezco, porque es evidente que tengo todas las de perder. Pero, como bien ha dicho Álex, no puedo perder ni un instante en lamirme las heridas. Ya tendré tiempo para eso más adelante.

Beatriz. Una pelea y dos regalos

Lo siento mucho, me ha surgido un imprevisto en el hospital, tenemos que cancelar lo de este sábado.

¿Vas a estar liada todo el fin de semana? A lo mejor podemos vernos un rato.

No puedo hacerte venir desde tan lejos para vernos media hora, lo siento de veras.

¿Y no podríamos quedar entre semana?

No Lluvia, no quiero que faltes a clases por mi culpa. Te prometo que en cuanto esté un poco más libre en el trabajo te aviso.

Está bien. Es que... tenía muchas ganas de que volvieras a cocinar para mí.

Llevo días dándole vueltas al asunto, pero nunca pensé que fuera a costarme tanto romper con Lluvia. Y eso que, presa de una cobardía que no sospechaba padecer, a lo único que me he atrevido es a cancelar nuestra próxima cita. El plan sonaba mejor en mi cabeza: ir poniendo excusas hasta que mi amante se diera por aludida. Me había parecido más sencillo hacerlo poco a poco porque, además, la idea de cortar de raíz y sin posibilidad de vuelta atrás me resultaba sencillamente insoportable.

Pero resulta que esto tampoco era fácil, porque notaba la decepción en sus palabras, y por mi parte también me moría de ganas de “cocinar” para la deliciosa joven. Pero no podía ser, mi marido y yo cada día estábamos más distanciados, y lo peor de todo es que a veces me parecía que ni siquiera me importaba. No, no podía sacrificar veinte años de matrimonio por un amor de verano, ¿qué ejemplo de educación iba a darle a mi hija? Las aguas tenían que volver a su cauce, y para ello era imprescindible sacar de mi vida a Lluvia, por mucho que eso me doliera.

Porque sí, dolía, y ni siquiera era capaz de comprender mis propios sentimientos. ¿Qué sentía yo por ella? Siempre había pensado que nuestra relación sería efímera y estrictamente física, ¿por qué, entonces, me despertaba por las noches pensando en ella? Esa maldita manera de sonreír me estaba acarreado muchas más dificultades de las previstas.

Sin embargo, ya estaba hecho. Había sido fuerte y había cancelado nuestro próximo encuentro. Una vez dado el primer paso, todo sería más sencillo, lo único que necesitaba hacer era concentrarme en mi familia y pronto todo este asunto no sería más que un recuerdo.

—¿Va todo bien mamá?

Levanto la mirada y me encuentro de frente con el rostro de Marta. He estado escribiendo en el whatsapp delante de ella, creyendo que estaba distraída oyendo música, y ahora me doy cuenta de que me mira con cierta curiosidad, lo que hace que me ponga un poco colorada, como una adolescente pillada en falta.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—No sé. Hoy estás muy callada... y nunca te había visto escribir tanto en el whatsapp.

Por un instante me parece que los papeles están cambiados. Ella es la madre que se preocupa, y yo la hija que tiene algo que ocultar. Y, efectivamente, por descabellado que parezca tengo mucho que ocultar: estoy engañando a su padre, soy infiel, ¡tengo una aventura!

—¿Va todo bien entre papá y tú?

—Pero, ¿de dónde sacas esas ideas tan raras?

—Bueno, últimamente él siempre está viajando, y tú...

Un nerviosismo que a duras penas puedo ocultar me sacude por dentro. ¿Sospechará algo? Intentando calmarme, me propongo parar los pies a esta mocosa que de repente parece haberse convertido en adulta sin que yo me diera cuenta.

—¿Y yo qué?

—Pues que no parece importarte. De hecho, el otro día pensé que hacía mucho tiempo que no te veía tan alegre. Incluso pareces más joven, estás guapísima.

No sé si sus palabras me alegran o me llenan de tristeza. Lo que desde luego hacen es alarmarme, porque si resulta tan evidente para los demás que estoy atravesando una fase muy especial de mi vida, debe ser que no estoy siendo tan discreta como pensaba. Lo mejor en estos casos, desde luego, es coger las riendas y cambiar de conversación lo antes posible.

—Por cierto, el otro día me dijiste que querías hablar conmigo de algo.

—Ah no... déjalo, no tiene importancia.

El cambio en su rostro hubiera sido imperceptible para cualquiera, pero yo soy su madre. Está claro que hay algo que preocupa a mi niña, y yo he estado por ahí metiéndome en la cama de jovencitas en lugar de estar en mi sitio, y al pensar en mí misma desnuda en la cocina junto a Lluvia, me avergüenzo tanto que tengo que contener las lágrimas, ¿cómo pudo parecerme tan excitante algo tan absurdo?

—Venga Marta, ¿cómo que no tiene importancia?

—De verdad mamá, es una tontería. No quiero hacerte perder el tiempo con eso.

Me ha dolido que Marta crea que charlar con ella pueda ser para mí “perder el tiempo”. Sentándome a su lado, la rodeo con el brazo como cuando era una niña y la beso afectuosamente en la mejilla.

—Vamos sinvergüenza, dime qué es lo que te preocupa.

—Es una bobada, de verdad.

Se está poniendo muy colorada y, como es lógico, la primera explicación que se me ocurre es la que al mismo tiempo más me preocupa:

—¿Problemas de chicos?

—¡Mamá!

—¿Crees que voy a escandalizarme por lo que me cuentes? Eres ya toda una mujer, y una mujer preciosa además.

En el fondo, estoy deseando que me diga que se ha peleado con Sonia, pero algo en su expresión me dice que no voy a ser tan afortunada. Por mucho que me cueste, tengo que hacer la pregunta, porque aunque ya he hablado con ella del tema antes, de pronto la veo tan madura que me asusto al pensarlo.

—Escucha Marta, ¿tienes... tienes relaciones sexuales?

—¡Por dios mamá! —exclama mi hija soltándose de mi abrazo y poniéndose en pie.

—No te pongas así. Solo quiero que tengas cuidado, y que no te pase...

—Yo no soy tú, ¿entiendes? Yo no voy a quedarme embarazada, si es lo que te preocupa.

Siento que la estoy perdiendo. Hay algo que le preocupa y no consigo que lo suelte, y eso me frustra tanto que, sin ningún motivo razonable, me enojo con Lluvia, a la que culpo de haber hecho que bajara la guardia de mis responsabilidades como madre.

—No te enfades, yo confío en ti. Pero pon siempre los medios, porque a veces estas cosas pasan, y...

—No tengas miedo por eso mamá, a mí no va a pasarme.

Me fastidia su arrogancia adolescente. Todos nos hemos creído en alguna ocasión a salvo de lo que fulmina a otros, y solo cuando mordemos el polvo nos damos cuenta de que éramos tan vulnerables como ellos.

—No te confíes Marta, basta con un error y puedes hipotecar el resto de tu vida. Si quieres, podemos ir juntas al médico y...

—Quiero dejar los estudios.

—¿Qué?

—Que no tengo relaciones, tranquila. Lo que pasa es que odio mi carrera y quiero dejar de estudiar.

—Vale, de acuerdo... podemos hablarlo. ¿Y qué... qué piensas estudiar?

—Nada mamá, no quiero estudiar nada. De momento solo quiero viajar hasta tener claro qué es lo que de verdad me gusta. Pero no te preocupes, no voy a pedirte dinero, Sonia y yo hemos encontrado trabajo cuidando niños en Irlanda.

Esto sí que no me lo esperaba. Tanto Sergio como yo hemos sido siempre estudiantes brillantes y, aunque a Marta a veces le costaban algunas asignaturas, al final siempre conseguía salir airosa. Nosotros habíamos tratado de inculcarle lo importante que es tener una buena formación, ¿cómo podía ahora plantearse siquiera semejante locura?

—Pero eso no puede ser, ¡no puedes dejar de estudiar!

—¿Lo ves? Sabía que te pondrías histérica, por eso no quería contarte nada.

—No estoy histérica, es solo que...

—Es solo que ni papá ni tú comprendéis que no soy como vosotros, que no asumís que me aburre mortalmente el derecho y aborrezco la medicina, que no

sirvo para pasar las tardes encerrada en mi cuarto. Siento decepcionaros, pero ésta es la hija que tenéis: solo tengo una vida y voy a vivirla como a mí me guste.

Me he quedado sin palabras. Es solo una niña y no sabe el error que está cometiendo pero, mientras se aleja y se encierra en su cuarto dando un portazo, en lo único que puedo pensar es en la valentía y la decisión que he visto reflejadas en su mirada. Sus últimas palabras parecen casi una acusación dirigida a mí. Como todos, yo también tengo una sola vida, y no sé si la estoy viviendo como realmente me gustaría.

Obedeciendo a un impulso que no puedo controlar, cojo el whatsapp y vuelvo a ponerme en contacto con Lluvia.

No puedo creer lo que estoy a punto de hacer. He invitado a Lluvia a salir a cenar fuera, y mientras me preparo tengo la sensación de que el suelo se abre bajo mis pies. Pero no me arrepiento, el ejemplo de mi hija me ha cambiado tanto que todavía no alcanzo a adivinar qué va a pasar con mi vida. Si esa jovencita de apenas dieciocho años sabe perfectamente lo que quiere y está dispuesta a luchar por ello, ¿cómo es posible que yo lleve tanto tiempo bloqueada?

Porque ahora ya no estoy segura de que las cosas entre Sergio y yo estén tan bien como pensaba. Si echo la vista atrás, tengo que reconocer que hace años que la chispa que debe tener toda pareja ha desaparecido. La niña, el trabajo, las preocupaciones... todo eran excusas. Lo real, lo verdadero, es que hoy me muero de ganas de ver a Lluvia, que ardo en deseos de besar sus labios y que, si tuviera que cenar con mi marido en lugar de con ella, me sentiría decepcionada y aburrida.

Sí, Sergio y yo nos aburrimos, ¿cómo no me he dado cuenta antes? Hoy ha ido

con unos amigos a ver no sé qué partido de fútbol, y yo le he dicho con una calma que me ha sorprendido que he quedado para cenar con una amiga del gimnasio, una joven que no conoce a nadie en la ciudad y que es muy simpática. Él ni siquiera me ha escuchado pero, aunque lo hubiera hecho, la ventaja de mi pasión ilícita es que no levanta sospecha alguna.

En efecto, incluso en el improbable caso de que en una ciudad tan grande como Madrid me encontrara con algún conocido, ¿quién iba a escandalizarse por verme cenar en compañía de una buena amiga?

De modo que aquí estamos, en un restaurante muy coqueto pero donde no llega a ser llamativo que dos mujeres cenem solas, por lo que muy bien podemos pasar por un par de amigas que simplemente han salido por Madrid a pasarlo bien.

Lluvia está radiante. Cuando le escribí diciendo que por arte de magia todo se había arreglado y podíamos vernos, casi pude oír sus gritos de alegría. Pero incluso parece haberle gustado más el hecho de que yo me haya atrevido a salir con ella por la ciudad. No voy a negar que me preocupa saber hacia dónde nos lleva todo esto. Las cosas se están enredando, y aunque es solo la cuarta vez que nos vemos, hemos hablado tanto por teléfono y nuestros encuentros han sido tan intensos que es imposible negar que estamos más unidas de lo que tal vez sería aconsejable.

Pero hoy está tan arrebatadora que me es imposible apartar la vista de ella. Lleva un vestido corto precioso, y no puedo dejar de darme cuenta del cambio que ha experimentado su estilo desde aquella primera noche en el hotel cuando apareció con unos pantalones minúsculos y el ombligo al aire, ¿habrá cambiado su vestuario para adaptarse a mí? ¿Me verá demasiado seria y mayor para según y qué cosas? No quiero pensar en eso, hoy todo tiene que ser

perfecto, y cuando mi acompañante me dedica su sonrisa-promesa siento que un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—Es un sitio precioso, me encanta.

—Me alegro. Aunque esta vez no voy a poder cocinar.

Las dos reímos con picardía, es una broma que solo nosotras podemos entender y que, otra vez, ha pasado a resultarme inexplicablemente excitante.

—Menos mal que has podido librarte del trabajo.

—Sí... menos mal.

No puedo evitar sentirme culpable. Lluvia es de ese tipo de personas audaces que siempre van de frente, y me resulta imposible imaginarla mintiendo de un modo tan absurdo. Me gustaría mucho ser tan valiente como ella. Esta misma noche, cuando la he recogido en mi coche, nos hemos dado un beso largo y prolongado que me ha excitado más allá de lo imaginable. Sin embargo, ahora, en esta apartada mesa del restaurante, las dos guardamos la compostura, y sé que ella lo hace solo por mí. Estoy segura de que Lluvia no tendría problemas para besarme en público o cogerme de la mano, y desde luego le agradezco mucho que tenga la delicadeza de no presionarme en ese sentido, ¡al fin y al cabo, soy una mujer casada!

—Escucha Bea, quiero agradecerte que me hayas invitado a salir a cenar. Me hace mucha ilusión.

Nos estamos metiendo en un terreno peligroso pero, ¿de qué me extraño? Si lo que quería era sexo puro y duro, hay muchas cosas que no debería haber hecho, y lo cierto es que al mismo tiempo me gusta y me aterra observar el brillo que tienen los enormes ojos de mi amante.

—No tienes que agradecerme nada. A mí también me apetecía salir contigo.

Tengo que tragar saliva después de decirlo. Las dos nos miramos en silencio durante mucho tiempo y, por un segundo, creo que ella está tentada de dar un paso más, pero enseguida esboza una de sus magníficas sonrisas y se relaja la tensión del ambiente.

—Tiene todo una pinta estupenda —dice mirando la carta—, y unos precios igual de estupendos.

—No te preocupes por eso jovencita —la regaña sonriendo—, esta noche eres mi invitada.

—Ummm, ya sabía yo que era buena idea liarme con una milf.

Otra vez, una mirada larguísima. Su mano hace un vago intento de aproximación a la mía, pero antes de que pueda cogerla, la retiro en un acto instintivo. Lluvia se queda con la mano a medio camino, y no tiene más remedio que recogerla, mientras la sonrisa-decepción se dibuja durante un fugaz instante en su bello rostro.

—Lo siento —me apresuro a disculparme.

—Lo entiendo perfectamente. No pasa nada.

—Pensarás que soy una boba.

—Tranquila, no le des más vueltas.

—Pero es que es absurdo, no puedo invitarte y luego...

—Déjalo correr Bea. Mira, para veas que no me enfado, voy a hacerte dos regalos. Espera aquí.

Antes de que pueda responder, la joven se levanta y se aleja en dirección al cuarto de baño. ¿Qué se traerá entre manos? Espero que no se haya gastado dinero en hacerme ningún regalo serio, sé que anda muy justa y los billetes de autobús de ida y vuelta son un gasto extra que seguramente estén maltratando

su presupuesto. Más de una vez he pensado en proponerle pagárselos yo pero, como también he pensado con frecuencia en cortar nuestra relación de cuajo, al final nunca he dicho nada.

La espera se me hace muy larga, ¿se habrá sentido indispuesta? No, ahí viene. ¡Qué bonita es! El vestido deja ver sus rodillas y el inicio de sus muslos y, a pesar de ser rubia, está morenísima. Extraño, viviendo en una ciudad del norte, pero desde luego da gusto ver su piel bronceada y sedosa. Dios, ¡qué lejos siento a Sergio en este momento!

—¿He tardado mucho? —pregunta mientras con un gesto rápido abre mi bolso y mete algo dentro.

—¿Qué es?

—Espera, un poco de paciencia. No puedes abrirlo hasta que yo te diga.

Voy a protestar, pero entonces aparece el primer plato, y las dos comemos con más apetito del que sería recomendable en una buena película romántica. Sin embargo, es lógico, porque lo nuestro es solo sexo, muy gratificante pero sin sombra alguna de ternura. Así es y así debe seguir siendo.

¿Qué me habrá regalado Lluvia? Yo no tengo nada para ella, y tampoco creo que sea apropiado entre nosotras andar con tonterías. ¿Y si se está haciendo demasiadas ilusiones? No quiero hacerla daño, no quiero que piense que esto puede durar. ¿Ha sido una equivocación invitarla a cenar?

—¿Recuerdas ese libro que me recomendaste? Me lo he comprado y he empezado a leerlo.

—Vaya, espero que te guste.

—Me fío totalmente de tu criterio. Si a ti te gustó, seguro que a mí también me gusta.

Esta maldita sensación de desastre me está matando. Me encanta estar con ella, me encanta oír su risa y perderme en sus ojos, me consume el deseo de entrelazar mis dedos con los suyos pero... ya está aquí ese estúpido camarero con el segundo plato. Nuestra mesa está bastante apartada, pero desde luego a todo el mundo le llamaría la atención que las dos nos cogiéramos de la mano. No, es superior a mis fuerzas, no puedo hacer eso en un lugar público.

Pese a todos mis miedos, la cena transcurre de un modo agradable. Las mismas charlas que tenemos día sí día también a través del whatsapp, hoy podemos tenerlas la una junto a la otra, disfrutando de nuestra mutua compañía y anticipando lo que va a suceder cuando, en un par de horas, las dos estemos solas de nuevo en el apartamento de Álex. Por fin llega el postre, y es entonces cuando Lluvia, con la sonrisa-pícaro que me convierte en una marioneta a su merced, me da permiso para abrir mi bolso y ver su regalo.

Estoy extrañamente nerviosa. No sé qué tiene esta joven que me hace sentir como una novata en asuntos amorosos. Parecen dos trozos de tela del mismo color. Intrigada, saco uno de ellos, lo desdoble y...

—¡Son tus braguitas!

Lluvia se ríe mientras yo, notando cómo me suben los colores, me apresuro a volver a meter la delicada prenda en mi bolso, sin atreverme a mirar hacia las mesas más próximas y esperando que nadie se haya dado cuenta de lo ocurrido.

—Mis braguitas y mi sostén —aclaro mi amante, riendo feliz.

—Entonces... ahora, ¿vas...?

—Efectivamente, en plan comando.

Su sonrisa-provocadora es demasiado para mí. Pensar que no lleva ropa interior alguna debajo de su ligero vestido veraniego me produce una

alteración indescriptible. No consigo entender cómo es posible que cada juego que me propone Lluvia, lejos de resultarme una chiquillada, me parezca tan cargado de sensualidad y erotismo.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —digo tragando saliva y cerrando mi bolso apresuradamente.

No podría desearla más. Lluvia sonríe mientras prueba su tarta de chocolate. Después, con su misma cuchara coge otro pequeño trozo y me lo ofrece. Aceptarlo es como hacer el amor allí mismo. Estoy tan excitada que sopeso la posibilidad de pagar de inmediato y dar la cena por concluida, pero entonces mi amante prueba mi tarta de queso, y alternativamente va repartiendo los dos postres mientras yo, como hipnotizada, lo único que puedo hacer es saborear lo que me ofrece mientras, al mismo tiempo, me fijo en que, efectivamente, sus pechos parecen moverse ahora más de lo razonable debajo de su bonito vestido.

—¿Escandalizada? —me pregunta Lluvia, cuyos pezones empiezan a denotar que ella también está cerca de perder la calma— Quería que tuvieras algo mío, para que me recuerdes hasta la próxima vez que nos veamos.

¿Recordarla? ¿Cómo podría no recordarla? Sé perfectamente que cada segundo que pase desde el momento en que nos despedamos hasta que volvamos a estar juntas estaré pensando en ella. Pero no puedo decírselo, Lluvia no puede saber lo mucho que me está afectando esto. Tengo que mantenerlo controlado, como un animal salvaje que no puedes dejar salir de su jaula.

—Me han gustado mucho tus regalos —me limito a decir.

—¿Mis regalos? Eso era solo el primero —contesta ella con la sonrisa-hecatombe.

—Vaya, ¿todavía falta otro?

—Sí, pero ése no podré dártelo hasta que llegemos a casa.

No puedo más, esta mujer me va a matar. ¿De verdad soy bisexual? Estoy por jurar que no, que soy la mayor lesbiana de la historia y que incluso podría dar clases de lesbianismo.

—Vámonos —digo sin poder contenerme.

—¿Tan pronto?

—Necesito ya ese regalo.

—Por favor, qué ímpetu —dice con una risa que me enciende aún más—. Pensé que los médicos erais más sosegados.

Ante su mirada burlona, pido la cuenta y, en mi precipitación, a punto estoy de sacar su ropa interior de mi bolso al pagar. Afortunadamente, el maître no parece haberse dado cuenta de nada, pero Lluvia suelta una risa cantarina capaz de conmover las entrañas de la tierra. Luego, nos levantamos las dos, sus senos completamente libres bajo la tela bailando ante mí, que no puedo apartar los ojos de ellos. Tengo la sensación de que todo el restaurante nos mira, aunque sé que en realidad eso solo sucede en mi torturada imaginación.

Ya estamos en la calle, pero no por ello me siento más tranquila. Hay más de diez minutos andando hasta el parking donde hemos dejado el coche, y no puedo dejar de pensar que, a mi lado, Lluvia está completamente desnuda debajo de su vestido. Es tan excitante que casi no consigo resistir la tentación de coger su mano entre las mías pero, cobardemente, en lugar de eso me contento con entrelazar nuestros brazos, como haría cualquier par de buenas amigas que caminan charlando.

—Hace una noche deliciosa, ¿no te parece? —pregunta la traviesa joven.

A veces puedo notar la suavidad de su pecho contra mi brazo, y el recuerdo de sus braguitas en mi bolso me pone en un estado de frenesí impropio de mí. Acelerando el paso, la dirijo hacia el lugar donde hemos dejado el coche, pero es evidente que mi amante tiene ganas de hacerme sufrir un poquito esta noche.

—Es muy pronto, ¿damos un paseo antes de volver a casa?

Por lo visto hoy Álex tampoco va a ir a dormir, empiezo a preguntarme si tan misteriosa anfitriona existe realmente. De cualquier modo, y aunque tengamos toda la noche por delante, la verdad es que siento tal deseo de Lluvia que cada segundo sin tocarla me parece una eternidad. Pero no quiero que ella descubra hasta qué punto estoy enganchada, de modo que accedo a dar un pequeño rodeo y, cambiando de dirección, caminamos cogidas del brazo, tan juntas que puedo sentir perfectamente el calor de su piel sobre la mía.

Estamos cerca del Palacio Real, así que damos una vuelta por las zonas peatonales, repletas de turistas que disfrutan de la agradable noche madrileña. ¡Me gustaría tanto poder enseñarle la ciudad a Lluvia! Descubrirle sus mejores rincones, mis lugares preferidos, los sitios a los que nunca me canso de volver. Pero sé que eso será imposible, porque lo nuestro tiene fecha de caducidad. Yo no me permitiré jamás enamorarme de ella y, por su parte, es evidente que mi amante solo piensa en el sexo cuando me tiene al lado, y por mucho que yo le guste no puede pasar mucho tiempo antes de que se canse de mí y me sustituya por otra mujer con la que tenga más cosas en común.

—Me encanta esta ciudad, estoy pensando en instalarme definitivamente aquí.

Sus palabras me han provocado tal conmoción que soy incapaz de contestar nada. Me limito a seguir caminando, sin atreverme siquiera a cruzar mi mirada con la suya.

—¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga?

—No sé... que te gustaría tenerme más cerca, por ejemplo.

Ahora las dos nos hemos detenido y hemos desenlazado los brazos. Dios, llevo en el bolso la ropa interior de esta mujer y ardo en deseos de sumergirme entre sus muslos tan pronto como me sea posible, ¿cómo puedo mostrarme tan fría y calculadora con ella?

—La verdad Lluvia, no creo que sea buena idea.

A pesar de la oscuridad de la noche, veo perfectamente la desilusión en su rostro. Lluvia cabecea, parpadea muy rápido un par de veces y enseguida se rehace y compone la sonrisa-de-circunstancias.

—Tienes razón, a veces digo muchas tonterías.

Por un segundo, temo haber estropeado la noche, pero entonces mi amante vuelve a entrelazar su brazo con el mío y, con voz extraña, me dice que está cansada y que ya podemos volver al coche.

Si Lluvia ha sufrido algún tipo de desencanto por mi reacción a su propuesta de mudarse, ha sabido reponerse de inmediato. Lo terrible es que no sé qué me afecta más, porque cuando creo que está a punto de decirme algo que no quiero oír me asusto y tengo ganas de salir corriendo, pero cuando vuelve a ser una joven alocada que solo quiere vivir la vida, siento una extraña tristeza que no consigo entender.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta nada más entrar en su casa.

—No, gracias —contesto rodeando su cintura y comprobando, a través de la tela, que efectivamente no lleva nada debajo del vestido.

—¿Quieres ya tu regalo? —pregunta zalamera.

Las dos nos besamos, pero Lluvia se separa de mí sonriendo y me pide que me sienta en el sofá del pequeño cuarto de estar.

—¿Te doy una pista de lo que es?

—De acuerdo.

—¿No te lo imaginas?

Si lo que pretende mi amante es castigarme por algo, desde luego lo está consiguiendo. Tengo que armarme de paciencia, sentada mientras ella, de pie ante mí, parece estar disfrutando al provocar mi impaciencia.

—¿Vas a bailar un striptease?

—Bueno, podría ser un buen regalo —comenta apreciativa—, pero la verdad es que no se me había ocurrido. Tal vez otro día.

Un nuevo intento de coger su mano y sentarla en mi regazo provoca que ella dé un paso atrás, sin dejar de reír.

—¿Recuerdas nuestra primera noche juntas, en el hotel?

¿Otra vez vamos a ponernos sentimentales? Claro que lo recuerdo, pero no veo qué relación puede tener eso con el regalo que supuestamente estoy a punto de recibir.

—Parecías tan asustada que hasta el último momento temí que te echaras atrás —recuerda Lluvia con una media sonrisa encantadora—. Pero luego te lanzaste sobre mí como una loba en celo.

—Mentira, yo no hice eso.

—Sí que lo hiciste.

—Fuiste tú la que no paró hasta que consiguió llevarme a la cama. Incluso la doble jota me advirtió sobre ti.

—No vamos a discutir ahora sobre eso. El caso es que, aquella noche... me pareció que te encantó besarme, ya sabes —dice desviando los ojos con aire pícaro—, ahí abajo.

Noto que el color sube a mi rostro de inmediato. Sí, no puedo negarlo, pasé una eternidad sumergida entre las piernas de Lluvia, besando su sexo con ansia, buscando saciar el hambre acumulada durante tantos largos años. Pero no entiendo por qué me lo recuerda ahora, ¿es que pretende avergonzarme?

—No te sientas cohibida —ríe adivinando mis pensamientos—. No voy a negar que a mí me volvió loca la atención que me dedicaste. Por eso he decidido hacerte un pequeño regalo que espero que te guste.

Entonces, con un ademán lleno de encanto, la joven coge la parte inferior de su vestido y, durante un par de efímeros segundos, lo levanta y me permite contemplar su sexo desnudo. Antes de que pueda reaccionar, Lluvia suelta la prenda y se cubre públicamente con una sonrisa-provocativa que hace que mi pulso se acelere peligrosamente.

—¿Te has...?

—¿No lo has visto bien? De acuerdo, te dejaré echar otro vistazo, pero esta vez presta atención.

De nuevo, mi amante levanta su vestido con picardía, ahora durante tres o cuatro segundos. No puedo creer lo que veo: su sexo está completamente desnudo, y con eso quiero decir que la majestuosa mata de vello que lo adornaba ha desaparecido por completo. Lo curioso es que, algo que mi marido me ha pedido mil veces y a lo que yo nunca he accedido por considerarlo ridículo, esta noche me parece infinitamente erótico.

—¿Te gusta? —pregunta coqueta Lluvia mientras vuelve a dejar caer el vestido, privándome así del hermoso espectáculo de su desnudez.

—Vaya, estás... ¿Puedo verlo otra vez?

La risa de mi amante es contagiosa, está llena de ganas de vivir. Atendiendo a mi súplica, repite la operación y vuelve a subir el bajo de su vestido, pero ahora lo mantiene en alto mucho tiempo, disfrutando del acto de mostrar su parte más íntima y permitiendo que yo me recree en la contemplación de su magnífica desnudez.

Porque desde luego lo que veo me llena de asombro y deseo. El sexo de Lluvia resulta tierno y seductor de un modo que me parece incluso doloroso. El monte de Venus se dibuja poderoso, las deliciosas ingles invitan a ser besadas, los labios mayores se insinúan con encanto escoltados por los rotundos muslos que los protegen.

Incapaz de decir nada, me incorporo y doy un paso hacia ella, que vuelve a dejar caer el vestido, y cada vez que hace eso tengo que contar hasta cien para no gritar de frustración.

—Quieta, vuelve a tu sitio.

Lluvia no me deja continuar. Colocando sus manos sobre mis hombros me obliga a sentarme de nuevo en un extremo del sofá y, después, hace que me tumbe, poniendo especial cuidado en que mi espalda y mi cabeza queden cómodamente apoyadas sobre los mullidos almohadones. Luego, se sube a horcajadas sobre mi cintura. No es esto lo que quiero, deseo besar su sexo con tanta urgencia como un peregrino perdido en el desierto desea un vaso de agua. Cuando se lo hago saber, mi amante vuelve a soltar esa risa cantarina y limpia que tanto me gusta.

—Espera, todavía tienes mucho que aprender.

—¿Mucho que aprender? Déjame que te demuestre lo que...

Lluvia inclina su cuerpo sobre el mío y me besa. Sus caderas quedan a la altura de las mías y, mientras ella juega con mi pelo, yo pongo mis manos sobre sus nalgas, desnudas bajo el vestido.

—He dicho que esperes —dice dándome un manotazo y retirando mis manos de su retaguardia.

No entiendo nada, ¿qué es lo que pretende? Con Sergio uno de mis problemas es que él siempre va demasiado directo, pero por lo visto con Lluvia va a sucederme todo lo contrario, porque hace ya horas que ardo en deseos de tocarla por todas partes, y creo que no voy a poder sujetarme por más tiempo.

—Veamos —dice con la sonrisa-educativa—, ya has aprendido lo que es una milf y lo que es el cfnf.

—¿El qué?

—El clothed female, naked female. He oído que te gustó mucho practicarlos.

Chica vestida, chica desnuda. Sí, me encantó, y estoy dispuesta a repetirlo siempre que me lo pida, pero por favor que acabe ya esta tortura.

—Hoy, cariño —añade tras besarme nuevamente en los labios—, vas a aprender lo que es el facesitting.

Soy incapaz de seguir su ritmo. Hablo inglés perfectamente pero no entiendo qué pretende. Me limito a dejar que sea ella la que tome la iniciativa, y veo que Lluvia se incorpora a medias sobre el sofá, y que con la habilidad propia de su juventud avanza con su cuerpo sobre el mío hasta situar sus caderas justo sobre mi cabeza. Entonces, con una sonrisa capaz de derretir los Polos, vuelve a levantar su vestido y, despacio, desciende hasta que su sexo aterriza directamente sobre mi rostro.

Solo entonces comprendo lo que es el facesitting, y me fascina. Estoy

prácticamente inmovilizada por su peso. Sus muslos se cierran como cepos en torno a mí, sus nalgas presionan mi pecho con peso dulcísimo y sus manos se agarran como garfios al respaldo del sofá para mantener el equilibrio. Todo lo que puedo hacer es elegir entre girar unos grados la cabeza y encontrarme con la suavidad de sus ingles... o mirar al frente y verme sumergida de lleno en el aroma que despide su pubis cincelado como si fuera una obra de arte.

¿Es necesario que diga cuál es mi elección? Me ha convertido en su juguete, y con placer me entrego a las reglas que mi amante ha establecido. Tan pronto beso como succiono, tan pronto utilizo la punta de la lengua para buscar su pequeño clítoris como procuro poner la máxima superficie de contacto sobre su vagina, premiándola con cálidos lametones que hacen que Lluvia tiemble sobre mí como una hoja.

Me encanta su regalo. Hoy no hay inoportunos pelitos que incomoden mi trabajo. Su sexo es tan suave que me produce un placer indescriptible recorrerlo milímetro a milímetro con la lengua, abrir la boca para absorber sus labios como si fuera a devorarlos y jugar con ellos dentro hasta cansarme. Soy feliz al sentir sus fluidos sobre mi barbilla, muevo la cabeza para que mis mejillas se empapen también del succulento maná con el que Lluvia me premia.

Encima de mí, la joven tiene los ojos cerrados. No puede más, sus muslos tiemblan junto a mi cara, tensándose como un arco. Una de sus manos se aferra desesperada al respaldo del sofá mientras la otra, inclemente, se coloca detrás de mi nuca y me presiona como si quisiera que todo mi rostro se hundiera en su sexo para siempre.

Sé lo que necesita y deseo dárselo con toda mi alma. Empujo, barro, presiono con todas mis fuerzas, y un largo grito sobre mí me quita cualquier duda sobre el éxito de mi empresa. Estoy agotada pero feliz, ha sido glorioso, sublime, y cuando el cuerpo de Lluvia pierde tensión, recula y se desmadeja

sobre el mío, es encantador recibir su beso de agradecimiento.

Siento que estoy a punto de llorar, y sé perfectamente cuál es el motivo. En veinte años de matrimonio, nunca he vivido nada ni remotamente parecido a lo que he experimentado esta noche.

No tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida.

Lluvia. Lamiendo las heridas

Álex me mira con gesto interrogativo. Ha aprendido que, después de cada encuentro con Bea, mi humor es variable, y que unas veces quiero hablar y otras no, de modo que permanece a la expectativa. Lo cierto es que me siento deprimida como nunca lo había estado en toda mi vida, y ni siquiera yo misma sé si me apetece hablar o no. Sin embargo, como una autómatas, rompo el silencio y, una vez más, le confío mis penas:

—Lo de ayer fue un desastre.

—Vaya, siento oírlo. ¿Habéis roto?

—No.

—Entonces, ¿el sexo fue mal?

—No. El sexo fue alucinante.

Álex juega con el piercing de su ceja, como siempre que algo le sorprende, y con una sonrisa me invita a dar más explicaciones. Me gusta cómo lo hace, sin presionarme y aceptando siempre mi silencio cuando no estoy de humor, y es precisamente esa habilidad suya la que me hace contarle cosas que de otro modo no me atrevería a contar.

—En el restaurante intenté coger su mano, pero ella la retiró.

—Joder Lluvia, error de novata. Regla cincuenta y siete, ser muy paciente con las que todavía no han salido del armario.

—¿Regla cincuenta y siete? ¿Cuántas reglas tienes?

—No desvíes la conversación. ¿Qué más sucedió? No creo que solo por eso pienses que la velada fue un desastre.

—Al salir dejé caer que tal vez me mudase definitivamente a Madrid... y fue

evidente que no le hizo gracia.

Álex me mira con ternura, pero hoy no me sirve de consuelo. Es cada vez más claro que para Bea solo soy una aventura. Sé que me desea con locura y que la desborda mi imaginación a la hora de hacer el amor, pero empiezo a estar cansada de tener que buscar nuevas proezas. Me encantaría simplemente poder pasear con ella de la mano por el Retiro, y después tomar una cerveza en una terraza hablando de cosas tontas y haciendo lo que hace cualquier pareja normal. Pero, para eso, ella ya tiene a su estúpido marido, y es obvio que eso no va a cambiar nunca.

—Imagino que para ti fue muy desagradable, ¿cómo conseguiste superarlo?

—Le hice dos regalos.

—¿Dos regalos?

—Sí, mi ropa interior y... bueno, dejé que me diese placer oral.

Ahora sí que Álex me mira con los ojos como platos.

—Joder Lluvia, eres... Todo el mundo me dice que soy una persona peculiar y algo rarita, pero a tu lado soy el colmo de la normalidad.

—Simplemente seguí tu consejo, intenté ser original y divertida.

—Coño, y encima conseguiste que te comieran... que te dieran “placer oral”. Perdona pero a veces eres de un cursi...

Álex siempre consigue arrancarme una sonrisa, pero hoy ni siquiera sus tonterías hacen que los negros nubarrones que hay sobre mí desaparezcan. Tengo la sensación de haber llegado al final, no puedo seguir así durante mucho más tiempo, lo mío con Bea tiene que ir hacia delante o desaparecer, y por más vueltas que le doy no consigo encontrar el menor resquicio de esperanza.

—¿Cómo me he podido meter yo sola en este callejón sin salida? —me pregunto en voz alta, suspirando—. Ayer estuve a punto de confesar que la quiero, y si no lo hice fue solo por miedo a no volver a verla.

Mi amiga se remueve inquieta y, cuando vuelve a hablar, ha desaparecido cualquier rastro de burla:

—No sé, tal vez ha llegado el momento de arriesgar. Es evidente que esto empieza a proporcionarte más dolor que placer.

—Y eso a pesar del sexo oral —intento bromear.

Las dos reímos sin ganas.

Beatriz. Una pelea y un encuentro inesperado

—¿Que va a dejar los estudios? ¿Y tú ya lo sabías?

—Me lo dijo hace un par de días.

—Podías habérmelo dicho antes.

—Has estado en Barcelona, lo sé desde el viernes y hoy es lunes. Hay cosas que es mejor no hablar por teléfono.

Sergio da vueltas por el dormitorio como un león enjaulado mientras yo, sentada en la cama, le observo atentamente. Le conozco y sé que está tratando de controlarse, pero noto que la rabia amenaza con hacerle perder los estribos.

—Joder Bea, después de todo lo que hemos luchado nosotros para llegar hasta aquí. ¿Ni siquiera sospechabas algo?

—¿Insinúas que es culpa mía?

Durante el fin de semana mi obsesión por Lluvia me ha hecho aparcarse el problema, pero hoy finalmente ha explotado la bomba y, ahora, mi marido y yo tratamos de asimilar la noticia para intentar encontrar la mejor solución. Hacía mucho que no teníamos una conversación seria. De hecho, solo ahora me doy cuenta de que hace meses que solo intercambiamos frases hechas y vacías de significado.

—Solo digo que tú eres la que más tiempo pasa con ella. Es raro que no hayas notado nada.

Quizá el hecho de que yo misma me haya hecho ese reproche miles de veces en las últimas horas es lo que ahora provoca que sus palabras me alteren tanto.

—Al menos yo estoy aquí. Tú últimamente eres como un pariente lejano que aparece de vez en cuando para traer regalos.

—Perdóname por trabajar tanto para poder llevar este tren de vida. Precisamente este fin de semana tendré que volver a viajar... nos ha surgido un asunto en Sevilla.

No puedo creerlo, ¿otra vez va a dejarme sola durante todo el fin de semana? Siempre ha tenido mucho trabajo, pero lo que viene sucediendo los últimos meses empieza a resultarme excesivo. Excesivo... y sospechoso.

—¿Estás teniendo una aventura?

—¿Qué?

La pregunta ha salido de mi boca de un modo impulsivo, y de inmediato me arrepiento de haberla hecho. En primer lugar, porque si algo sé de los hombres es que en estos casos mienten como bellacos a no ser que les presentes pruebas contundentes y, en segundo lugar, porque yo *sí* que estoy teniendo una aventura, y en ese sentido quizá no me convenga exigir sinceridad ni sacar a la luz temas espinosos.

Ahora Sergio me mira indignado, aunque no consigo dilucidar si esa indignación es real o fingida.

—Joder, no puedo creerlo, ¿a qué viene eso?

—No sé. Barcelona, Sevilla... dímelo tú.

—Pregunta a Fernando.

Claro, Fernando. El amigo fiel que juraría que la leche es roja si fuese necesario. Si ésta es la estrategia en la que va a basar mi marido su inocencia, apañados estamos. Pero lo que termina por aumentar mis sospechas es su siguiente reacción:

—Escucha cariño, te prometo que el fin de semana siguiente haremos algo juntos. Yo estoy muy liado, ¿por qué no reservas una habitación en cualquier

sitio romántico? Te encargas tú, ¿de acuerdo?

Quizá no esté siendo muy racional, pero en este momento aseguraría sin la menor duda que mi marido me está engañando. ¿Cómo se explica, si no, que en lugar de montar en cólera por mi acusación reaccione intentando llevarme a algún sitio bonito? Por no mencionar el hecho de que parece haberse olvidado por completo del problema de Marta. Pero lo curioso es que de repente tengo la sensación de que ni siquiera me importa si me está siendo infiel o no. Porque, mientras él se sienta a mi lado en la cama y me besa en los labios, en lo único que puedo pensar es en que no me conviene este cambio de planes.

En efecto, ayer mismo me despedí de Lluvia con la promesa de vernos en quince días, y los planes que acaba de hacer Sergio van a desbaratar todo el asunto. Además, mientras mi marido esté en Sevilla yo pasaré el próximo fin de semana en Madrid, sola y sin nada que hacer.

Más me habría valido no hacer estúpidas preguntas que no venían al caso.

—Entonces, ¿qué hacemos con Marta? —pregunto levantándome cuando él intenta ponerse excesivamente cariñoso.

Llevo dos días de mal humor. Mi mundo, que parecía perfecto hace tan solo unos meses, de pronto está cargado de complicaciones: mi marido y yo cada día más distanciados, mi hija queriendo abandonar los estudios... y Lluvia.

¿Qué puedo hacer con Lluvia? Cuando propuso instalarse de continuo en Madrid sentí un miedo terrible. ¿Qué sucedería si las dos viviéramos en la misma ciudad? La tentación de verla cada día sería tan fuerte que no sé si podría resistirla. Además, en algunos momentos, durante nuestro último encuentro, tuve la sensación de que ella me miraba de un modo diferente, y es algo que no consigo quitarme de la cabeza. A ratos fantaseo con la posibilidad

de que la hermosa joven se esté enamorando un poquito de mí, y no negaré que me produce un agradable sentimiento de orgullo. Luego, enseguida me río de mis delirios de grandeza, y razono que para Lluvia solo soy una conquista más, ¿cómo podría enamorarse una joven como ella de una mujer casada y además casi diez años mayor?

De cualquier modo, no tengo fuerzas para seguir indagando sobre ello, entre otras cosas porque tendría que plantearme por qué demonios me importa tanto lo que signifique para ella, ¿es que acaso me gustaría que se enamorara de mí? De ninguna manera, en lo que tengo que concentrarme es en salvar mi matrimonio, que simplemente está pasando por una mala racha, como le sucede a todo el mundo.

Sin embargo, y pese a mis firmes intentos de superar mi adicción por Lluvia, ayer le propuse a través del whatsapp cambiar la fecha de nuestra próxima cita, y accedió sin problemas a volver a Madrid dos fines de semana seguidos.

Aunque me ofrecí con total sinceridad a pagarle los billetes de autobús, ella se negó en rotundo.

Ya estamos a miércoles, y el viernes espero a Lluvia a eso de las ocho de la tarde. Llevo solo dos días sin tenerla entre mis brazos y la echo en falta más de lo que podría imaginar. ¿Soy yo la que se está enamorando? No, claro que no, en mi futuro solo entran Marta y Sergio, esto por fuerza debe terminar. Pero antes voy a disfrutar de las circunstancias, de nuevo mi hija y mi marido me dejan sola todo el fin de semana, y estoy dispuesta a aprovecharlo. Con una audacia culpable, he prometido a mi amante llevarla a nuestro chalet en la sierra, y ella se ha mostrado encantada con la idea. No siempre vamos a estar echando de casa a esa tal Álex y, además, allí prácticamente no nos conoce ningún vecino y nadie se extrañaría de verme aparecer con una amiga. Desde

luego, engañar a tu marido con otro hombre debe ser mucho más difícil, ¿es una suerte ser medio lesbiana!

Pienso en todo esto mientras, para relajarme, al salir del trabajo doy un paseo por el parque del Retiro. El plan está claro, aprovechar un último e increíble fin de semana junto a mi amante y, después, poner el punto y final a nuestra relación. Supongo que pasaré unos cuantos días algo tristonza, pero a partir del lunes mi máxima prioridad será hacer entrar en razón a mi hija y recuperar la chispa de mi matrimonio. Desde luego, parece mentira que...

No puedo creerlo. Al llegar al Palacio de Cristal, una de mis zonas favoritas del parque, veo a dos chicas sentadas muy juntas en un banco. Al principio estoy segura de que mis ojos me engañan. Es totalmente imposible, de modo que doy un par de pasos más sin cambiar de dirección. Entonces, la joven que está más próxima mira hacia mí y es su expresión de asombro lo que me obliga a aceptar que, por muy imposible que sea, es Lluvia la que ahora se levanta y, poniéndose muy colorada, sale a mi encuentro.

—Hola...

—Hola.

El saludo no puede ser más rígido. Por encima del hombro de mi amante intento ver la cara de la otra chica, pero apenas alcanzo a distinguir sus rasgos. Una pregunta doble martillea inclemente en mi cerebro, ¿qué hace Lluvia en Madrid?, ¿cómo es posible que esté en la ciudad y no me lo haya dicho? Por más que intente buscar algún tipo de explicación razonable, lo único coherente es pensar que me engaña. ¿Me engaña? ¿Tengo yo algún derecho sobre ella? Prometí amor eterno a mi marido y me he convertido en una adúltera, ¿qué tipo de reproche moral puedo hacerle a esta joven libre que no ha firmado ningún compromiso?

—Te preguntará qué estoy haciendo en Madrid —dice entonces Lluvia con una expresión que no deja la menor duda sobre su culpabilidad.

—No, nada de eso —miento, tratando de recuperar la compostura y no demostrar lo mucho que me ha afectado encontrarme con ella aquí.

—Verás, puedo explicártelo, es que...

—Tranquila Lluvia, no tienes por qué explicarme nada. ¿No me presentas a tu amiga?

La expresión de mi amante es inescrutable. Ahora no sé si está avergonzada o enfadada. Pero Lluvia ya me ha dado antes numerosas muestras de entereza, y ahora enseguida recupera una de sus múltiples sonrisas, en esta ocasión la de la empatía social, y girando hace un gesto a su amiga, que se levanta y viene hacia nosotras.

—Bea, ésta es Álex.

De modo que estoy ante la famosa Álex. No es fea, pero para mi orgullo es bueno constatar que, aunque sea más o menos de la misma edad que Lluvia, de ningún modo puede compararse conmigo. Además, ¡menudo piercing lleva en una de sus cejas, por no hablar de su horrible corte de pelo!

—Así que tú eres la culpable de que yo tenga que pasar los fines de semana fuera de casa.

No tiene pelos en la lengua, no. Me produce una antipatía tal que lo único que deseo es dar media vuelta y escapar de allí lo antes posible pero, en lugar de eso, lo que hago es buscar la mejor de mis sonrisas y tratar de aparentar que me parece de lo más natural estar allí charlando con ellas sobre determinados temas:

—Siento ser un engorro para ti...

—Tranquila, una de mis reglas, la número treinta, dice claramente: haz todo lo posible para...

—Por dios Álex, no empieces con tus reglas.

No entiendo nada, ¿están las dos locas? Por mi parte, estoy incomodísima. Es la primera vez que una tercera persona se cuele entre Lluvia y yo. Quiero decir que Álex *sabe* que yo me acuesto con su amiga, y eso hace que, de algún modo, mi infidelidad sea más real, porque hasta este momento podía jugar a imaginar que lo mío con Lluvia solo sucedía en un mundo de fantasía, un mundo que desaparecía por completo cada vez que yo me separaba de su lado.

—¿Os apetece tomar algo? —propongo tratando de sonar alegre y distendida.

No entiendo de dónde saco las fuerzas para disimular, pero estoy decidida a no demostrar el menor síntoma de debilidad. Soy demasiado orgullosa para mendigar excusas baratas destinadas a salir del paso. Si lo que hay entre Lluvia y yo es simplemente sexo, ella no tiene por qué contarme nada de su vida privada, y lo mismo me da saber que está en Madrid o que se acuesta con otras mujeres. ¿Se acostarán las dos? Seguro que sí, pero no entiendo cómo puede gustarle a mi amante esta chica, ¿de dónde habrá sacado una ropa tan horrible?

—Claro —responde a mi pregunta Lluvia—. Hemos visto una terraza según veníamos que parecía agradable.

—No nos da tiempo —interrumpe Álex—. ¿Olvidas que hemos quedado con Sandra y Teresa?

Mi amante consulta su reloj, esboza un gesto de fastidio y me ofrece la sonrisa-disculpa.

—Vaya, ¡qué despiste! ¿Lo dejamos para otro día?

—Claro, sin problema.

Siento un alivio inmenso, pero a la vez una parte de mí odia tener que separarme de ellas. Daría cualquier cosa por saber qué hace en Madrid Lluvia, por descubrir cuál es su relación con Álex y quiénes son esas tales Sandra y Teresa. De pronto, me doy cuenta de que la vida de Lluvia es mucho más intensa que la mía, y de que probablemente no se acuerde de mí apenas nos separemos. ¿Cómo he podido ser tan inocente y pensar que ella podría estar empezando a enamorarse de mí? Me siento tan ridícula que a duras penas consigo responder con coherencia cuando las dos jóvenes se despiden de mí:

—Espero verte otro día con un poco más de calma —dice la odiosa Álex tras volver a besarme.

—Desde luego.

Lluvia y yo nos besamos en las mejillas como si solo fuéramos dos conocidas que se han encontrado por casualidad, y eso me duele de un modo inesperado. Solo cuando empezamos a alejarnos, mi amante me dedica su sonrisa-cómplice y, con la mayor naturalidad del mundo, pregunta:

—¿Sigue en pie lo del viernes?

—Por supuesto —respondo tratando de superar su sonrisa—. Esta vez dejaremos que Álex disfrute de su casa.

Solo cuando doy media vuelta, las lágrimas empiezan a fluir. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué he fingido una indiferencia que no siento? ¡Claro que necesito explicaciones! ¡Ayer mismo hablé con Lluvia por whatsapp y no me dijo que estaba en la ciudad! A mí me habría encantado dar juntas un paseo por el Retiro, pero por lo visto yo solo le sirvo para estúpidos juegos que tienen estúpidos nombres en inglés.

Furiosa, decido cancelar nuestro fin de semana. Al instante, cambio de idea, ¿no había planeado de antemano que este sería nuestro último encuentro? No

hay razón alguna para alterar los planes, lo que tengo que hacer es disfrutar del cuerpo de mi amante y del sexo a su lado y, después, despedirnos las dos sin echar la vista atrás y sin reproches.

Todo está bien, me digo, el universo parece volver a la normalidad. Seguro que conseguimos que Marta recapacite, y seguro también que mi marido y yo volvemos a acercarnos después de estos meses tan agitados en los que a veces hemos parecido dos extraños sin nada en común.

Pero, si todo está bien, ¿cómo se explica que me preocupe más ser engañada por Lluvia que por Sergio?

Lluvia. La partida de póker

—Es increíble, ¡será...!

—Calma, va a oírte, espera un poco.

—Es que no puedo entenderlo, ¡se ha quedado como si tal cosa!

Álex consigue a duras penas contener mi arrebato hasta que, girando disimuladamente la cabeza, comprueba que Bea ya no puede vernos.

—Ya está, ya puedes gritar todo lo que quieras.

—¡No pienso ir con ella este fin de semana! ¿Me pillas en una mentira y ni siquiera le importa? ¿Es que solo me quiere para que me la folle? ¡Pues que se la folle su marido!

Sé que todo lo que digo es absurdo, pero Álex deja que desahogue toda mi ira y, solo cuando mi indignación empieza a remitir, pasa su brazo sobre mis hombros y trata de servirme de apoyo:

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez ha hecho lo mismo que tú?

—¿Qué quieres decir?

—Que, vistas desde fuera, parecíais dos actrices interpretando el mismo papel, como si estuvierais jugando una partida de póker y ninguna quisiera enseñar sus cartas.

Durante unos segundos, medito esperanzada sobre lo que acabo de oír. Cuando estamos desesperados, nos agarramos a cualquier resquicio de esperanza, por improbable que esta sea.

—¿Crees que ella fingía su indiferencia?

—No lo sé, pero solo hay una manera de descubrirlo: dile lo que sientes.

—No puedo hacer eso.

Mi amiga se encoge de hombros como si yo fuera un caso perdido. Pero es demasiado difícil, siempre que he dado un tímido paso en esa dirección, Bea se ha replegado sobre sí misma como un caracol, y en realidad no creo que sea capaz de fingir como Álex dice: si mi amante se ha mostrado tan calmada e indiferente es porque, en realidad, no le importa lo que haga cuando no estoy con ella.

—Solo me necesita para el sexo.

—Eso ya lo has dicho. ¿Sabes? No te tenía por una de esas personas que lloran y lloran y no hacen nada para solucionar sus problemas.

Tiene razón. Yo no soy así, esta historia me está debilitando. No acudir a la cita el fin de semana sería como esconderse y renunciar a explorar hasta dónde puede llegar nuestra relación.

—Está bien, le daré la última oportunidad. Pero no pienso ser yo la que tome la iniciativa. Si ella me pregunta qué hacía esta tarde en Madrid, tal vez le cuente todo, pero si se muestra indiferente, follaremos y punto.

Álex se acaricia el piercing y sonríe con cierta envidia.

—La verdad es que es un bomboncito, tu amiguita. Y si encima es tan buena en el sexo oral...

—La mejor.

—Oye, si cambias de idea tal vez podría ir yo en tu lugar, ¿me pones cachonda con tus historias!

Realmente, no sé qué haría sin Álex. Consigue siempre arrancarme una sonrisa incluso en los peores momentos. Además, siento que puedo confiar plenamente en ella, como esta tarde en la que, al verme cabizbaja, ha propuesto que saliéramos las dos a dar un paseo por el Retiro.

—Por cierto, ¿Sandra y Teresa?

—Son los primeros nombres que se me han ocurrido. ¿O es que hubieras preferido que nos sentáramos las tres a tomar algo? Oye, ahora que lo pienso, quizá podríamos montárnoslo las tres, ¿crees que...

Riendo, empujo a mi amiga con la cadera, y las dos seguimos paseando por los hermosos senderos del parque. Ya no lo veo todo tan negro, pero me he prometido a mí misma no volver a ser yo la que se exponga. Si Bea quiere dar un paso más en nuestra relación, que sea ella la que se arriesgue por una vez.

Beatriz. El último fin de semana. Primera parte

Las cosas no han podido estropearse más. Para empezar, el jueves mi hija tuvo el “detalle” de recordarme que el sábado por la mañana actuaba en la fiesta trimestral de su academia de baile. En otras circunstancias, tal vez habría podido eludir la cuestión, pero estando Sergio fuera y después de la tensión que había provocado su anuncio de querer abandonar los estudios, no me quedó otro remedio que llamar a Lluvia y posponer nuestra cita.

En un principio, ninguna de las dos se decidía entre la opción de retrasarlo al sábado o la de esperar a otro fin de semana. Sin embargo, temiendo que sospechase que nuestro encuentro fortuito tuviese algo que ver en una posible cancelación, finalmente fui yo la que más insistió en hacer una escapada que se reduciría de tres a dos días.

Pero no iban a terminar ahí nuestros problemas. Como si el destino quisiera enviarnos una señal, la actuación de mi hija se alargó tanto que Lluvia y yo no pudimos salir hasta bien entrada la tarde del sábado y, para rematar el cúmulo de contratiempos, nada más llegar a nuestro destino comprobé que me había dejado la bolsa con la comida en Madrid. Adiós por tanto a la posibilidad de una cena romántica, y sobre todo adiós a la idea de, siempre que mi amante me lo pidiera, repetir la experiencia de cocinar juntas con nuestro peculiar toque sensual.

Ahora, mientras le enseño el piso superior de nuestra casa de la sierra, me pregunto si no sería mejor romper con Lluvia lo antes posible. Ninguna de las dos ha mencionado lo sucedido el miércoles. Es como si nunca hubiera existido, y eso me produce una profunda irritación que me cuesta mucho esconder. Pero por nada del mundo quiero parecer celosa, no podría soportar que Lluvia se riera de mí o me reprochara querer controlarla. Ambas somos libres, y nunca nos hemos prometido nada la una a la otra más allá de un buen

rato juntas, aparte de que sería absurdo pedirle explicaciones hoy y cortar con ella mañana.

—Me encanta, tienes una casa preciosa.

—Gracias. Lástima que aún no hayamos limpiado la piscina y no podamos utilizarla.

—Bueno... siempre puedes invitarme otra vez cuando lo hayáis hecho, ¿no?

La sonrisa-inocente sigue funcionándole a la perfección. Por lo visto, ella no piensa que deba darme explicaciones por lo del otro día. Vale, sí, yo le dije que no eran necesarias, pero eso no quiere decir que no insista. Podría decirme cualquier cosa, o al menos pedirme perdón, pero no. Aquí está, con unos pantaloncitos cortos de quitar el hipo y tan mimosa como siempre, como si todo estuviera bien y no hubiera nada de lo que preocuparse.

En realidad, ahora que lo pienso, ni siquiera me pregunta nunca por mi marido o mi hija. A pesar de nuestras múltiples conversaciones a través del whatsapp, es un tema que parece prohibido, porque yo misma, que al principio de nuestra relación les mencionaba sin ningún motivo, he pasado después a evitar hablar de ellos. Es frustrante, lo que más me apetecería hacer en primer lugar es sentarme con Lluvia y tener una charla larga y sincera. Sin embargo, lo único que hago es acercarme a ella, besarla en los labios y poner mis manos sobre sus turgentes glúteos.

—No tan deprisa, doctora. Pensé que una madre de familia sabría ser un poquito más paciente.

¿A qué viene ahora esa mención a mi familia? Lluvia tiene hoy algo distinto en la mirada, algo que no sé cómo interpretar. ¿Habrá dejado de desearme como antes? Si incluso perdemos eso, ya no habrá nada que nos una. Por primera vez, experimento un miedo horrible a que sea ella la que corte conmigo, ¿cómo

es posible que no se me hubiera ocurrido antes esa posibilidad? Lluvia es joven y preciosa, podría meter en su cama a quien se propusiera. Es solo cuestión de tiempo que yo empiece a aburrirla, y el simple hecho de pensarlo me produce tal dolor que, haciendo un esfuerzo, intento parecer sexy y provocativa.

—Estoy deseando descubrir qué nueva perversión tienes preparada para mí.

—Ya improvisaremos algo. Lo primero que deberíamos hacer es solucionar el tema de la cena, ¿no crees?

Definitivamente, el ambiente hoy es distinto, y no tengo ni idea de cómo romper el hielo. De momento, me limito a dejarla arriba, deshaciendo su maleta mientras yo bajo a la cocina a buscar el número de Telepizza.

Lluvia. El último fin de semana. Primera parte

¡No ha hecho ni la menor alusión a nuestro encuentro del miércoles! Al menos, podría comentar algo sobre Álex, que nos ha dejado la casa siempre que se lo hemos pedido. Ni una palabra de agradecimiento, ni el menor interés por saber qué demonios hacía yo en el Retiro a media semana, ¿es que no está ni siquiera un poquito celosa?

Lo único que le interesa es saber qué nuevo juego sexual se me ha ocurrido, está claro que solo quiere una cosa de mí. Debería mandarla a paseo, con la estúpida de su hija y con ese marido que nunca se sabe dónde está. Debería, pero soy incapaz de hacerlo.

¿Cómo he podido enamorarme de esta manera? Parezco una novata, no puedo callarme por más tiempo. No sé qué ni cómo, pero esta noche tiene que pasar algo importante entre nosotras.

Beatriz. El último fin de semana. Segunda parte

Hemos cenado una pizza de calidad dudosa mientras hablábamos de cosas que, esta noche, no me interesaban en absoluto. Cine, rebajas, cotilleos de la prensa rosa... ¿a quién le importan? Una y otra vez he tenido que morderme la lengua para no preguntar por Álex, pero el orgullo me impide iniciar una conversación cuyo punto final me aterra imaginar. ¿Y si me confiesa que ve a otras mujeres aparte de mí? Por mucho que tenga decidido cortar con ella, no puedo ocultar que me mataría saber que no soy suficiente para Lluvia.

Después de cenar, le pido a mi invitada que elija algo de música mientras yo recojo la cocina y, cuando entro en el salón, la descubro observando una foto donde aparezco junto a mi marido y mi hija. Si le importo un poco, tendría que preguntarme por ellos, indagar sobre cómo están las cosas con Sergio. Que no sienta celos de él es algo que, en las últimas semanas, empieza a molestarme profundamente.

—Ven, siéntate aquí —me dice con una cálida sonrisa cuando me ve aparecer—. He encendido la chimenea, espero que no te importe.

¿Cómo va a importarme? Aunque durante el día hace calor, las noches de la sierra son frescas, lo que hace que resulte muy agradable sentarse junto al chisporroteo del fuego. Antes de hacerlo, sin embargo, abro una vieja botella de vino tinto y sirvo dos generosas copas, tal vez con la esperanza de que el alcohol la anime a hacer confidencias sin necesidad de que la pregunte.

—Por nosotras —dice alzando la copa hacia mí.

—Por nosotras.

Hay dos butacones enormes situados junto a la chimenea y, deliberadamente, en lugar de sentarme en su regazo lo he hecho frente a ella, de modo que ahora estamos las dos separadas por una distancia prudencial. De este modo, cada

una en su butaca y tomando pequeños sorbitos de vino, parecemos dos simples amigas que tienen una relación inocente y sin complicaciones, aunque, personalmente, por dentro me siento tan agitada que a duras penas puedo contenerme.

Durante un rato, las dos saboreamos nuestras copas sin decir nada. La única iluminación, aparte del fuego, proviene de una pequeña lámpara de pie que proporciona una luz íntima y sumamente agradable. De fondo, un disco de baladas románticas nos acuna suavemente, haciendo que la atmósfera sea tan cálida que es fácil dejar volar la imaginación. De pronto se me ocurre una idea descabellada: ¿y si Lluvia estuviera esperando a que fuese yo quien le preguntara sobre Álex y todo lo demás? Tal vez por eso me parezca hoy distinta. Después de todo, cabe la posibilidad de que a ella le haya decepcionado mi aparente indiferencia sobre su vida privada. Llevamos mucho tiempo calladas y mirándonos como jugadoras de póker, ¿qué pierdo por intentarlo? Sí, voy a hacerlo, voy a confesar que me comen los celos, que necesito saber qué hacía en Madrid sin avisarme y qué tipo de relación tiene con...

—Te propongo un juego.

Viniendo de Lluvia, solo puedo imaginar un tipo de juego, y mi impulso de sinceridad desaparece tan rápidamente como había llegado. Es evidente que no estamos en la misma honda, ¿qué nueva travesura se le habrá ocurrido ahora?

—¿Qué tipo de juego?

—Acabo de inventarlo. Cada una de nosotras tiene que hacer suposiciones sobre la otra, intentando demostrar hasta qué punto conoce su carácter y sus debilidades. Por ejemplo, yo podría decir “apuesto a que nunca has estado en una playa nudista”.

—Pues... te equivocaría, he estado.

—¿De veras? Vaya, doctora, no la creía tan atrevida.

El tono de voz de Lluvia cuando me trata de usted y me llama doctora es entre irónico y provocativo, y lo único que hace es despertar en mí deseos de besarla. En la chimenea, un tronco cruje con un chasquido y me provoca un pequeño sobresalto. Tengo la sensación de que estamos solas en el mundo, es como si no existiera nadie más, y por más que echo la vista atrás no recuerdo haber experimentado jamás algo similar con Sergio.

—Por supuesto —continúa la joven, ajena a mis tribulaciones—, no valen frases como “apuesto a que nunca has estado en la Luna”. Tenemos que buscar afirmaciones que sean razonables y que nos ayuden a comprender mejor la personalidad de la otra. ¿Qué te parece?

Me parece un juego muy peligroso, algo me dice que esta noche va a pasar algo, aunque no alcanzo a adivinar qué.

—De acuerdo, ¿quién empieza?

—No tan deprisa, antes vamos a fijar las reglas para saber qué sucede cuando fallemos una pregunta.

—Reglas... ¿como tu amiga Álex?

—Sí... como ella.

Las dos nos hemos mirado durante unos segundos eternos. Ahora no me cabe duda, estamos jugando al póker la una con la otra. ¡Siento un nerviosismo paralizante al pensarlo! ¿Qué va a pasar esta noche? ¿Es posible que una jovencita como Lluvia pueda sentirse verdaderamente interesada por mí? No podría soportar la idea de ser tan ridícula como la doble jota. Ella misma me ha confesado que nunca ha tenido una relación duradera, mejor no hacerse demasiadas ilusiones.

—A ver qué te parece esto. Si una dice algo sobre la otra y resulta que sí lo ha hecho, como premio podrá dar un sorbito a este delicioso vino que, por cierto, está de muerte.

—Me parece bien. ¿Y si no lo ha hecho?

—Está un poco visto, pero siempre da buenos resultados. Si hemos sido tan sosas de no hacerlo, como castigo tendremos que quitarnos una prenda, la que elija la vencedera de la ronda.

Como dice Lluvia, un poco visto pero, también, muy sugerente. Es curioso pero, lo que había empezado tan mal, con el retraso por culpa de Marta y con la horrible pizza para cenar, se ha transformado de repente en una velada que promete.

—Está bien. Acepto el reto.

—Perfecto. Pero antes, comprobemos que estamos en igualdad de condiciones. Yo llevo las sandalias, pantalones, camiseta y dos piezas de ropa interior, eso hacen cinco prendas.

—¿Hoy no vas en plan comando? Qué decepción.

—La noche es larga, doctora. No la dé por perdida todavía.

Estar con Lluvia junto a una chimenea encendida me parece de pronto lo más excitante que he hecho en mi vida. Aunque supiera que no iba a pasar nada más, ¿cómo podría dar por perdida la velada?

—Yo también llevo cinco prendas —digo mientras noto la piel de gallina en los brazos—. Empecemos a jugar.

Pero, antes, me levanto y hecho otro tronco al fuego, más que porque sea necesario porque me parece que le da un toque muy romántico al cuarto. Quiero que esta noche sea especial.

—Veamos, allá va mi primera apuesta...

—¿Y por qué tienes que empezar tú?

—Porque he sido la que ha inventado el juego.

—Está bien, me parece justo.

Las dos tenemos las copas llenas y, sentadas en nuestros cómodos butacones, nos disponemos a desnudarnos la una a la otra tanto física como emocionalmente... ¡estoy deseando empezar!

—Allá voy —retoma el hilo Lluvia después de mi interrupción—: apuesto a que nunca te has marchado de un restaurante sin pagar.

Con una sonrisa culpable, cojo mi copa de vino y le doy un sorbito corto que me calienta por dentro casi tanto como la sonrisa incrédula de mi amante.

—¡No puedo creerlo!

—¿Te pensabas que siempre había sido así de seria? Yo también tengo un pasado.

—Espero que no me haga trampas doctora. En este juego la sinceridad es fundamental.

—Prometo que diré toda la verdad y nada más que la verdad.

Las dos nos reímos, y de nuevo tengo que contener el impulso de saltar de mi butaca y sentarme sobre el regazo de Lluvia. Está tan bonita, con las mejillas arreboladas por el calor de las llamas y esos ojos que brillan como si tuvieran luz propia... Pero el juego promete, y ahora es mi turno, así que de nuevo contengo mi deseo y lanzo mi primera andanada:

—Apuesto... a que nunca has hecho un trío.

—Parece que quiere jugar fuerte, doctora.

—Si te asusta el juego, jovencita, lo dejamos.

Por toda respuesta, Lluvia coge su copa de vino y da un generoso sorbo. ¿Por qué he hecho una pregunta cuya respuesta podía hacerme daño? ¡Ha hecho un trío, ha hecho un trío! De algún modo, siento que eso la aleja de mí, no porque me escandalice, sino porque corrobora mi temor de que es un espíritu libre, un animal salvaje que jamás podré tener a mi lado de un modo estable.

—¿Sorprendida?

Su sonrisa-reto es demoledora para mi seguridad en mí misma. Lluvia es una depredadora, y yo tengo todas las papeletas para ser su víctima. Nerviosa, echo un rápido vistazo a la foto de familia que hay sobre el mueble de la izquierda. Marta me mira con la inocencia de sus ocho años, como reprochándome lo que todavía no ha pasado esta noche pero sin duda va a pasar. De no ser por las explicaciones que tendría que darle a Lluvia, me levantaría y guardaría esa foto en un cajón antes de seguir adelante.

—Está bien, me toca. Y teniendo en cuenta lo alto que has puesto el listón, voy a tratar de no bajar el nivel. Apuesto... a que no te has masturbado ni una vez en los últimos dos meses.

No puedo dejar de notar que las dos estamos orientando nuestras preguntas hacia el aspecto sexual, cuando muy bien podríamos aprovechar el juego para indagar abiertamente sobre aspectos de la vida de la otra que, al menos a mí, me están quitando el sueño. Ahora lamento haber iniciado la guerra porque, desde luego, en este terreno tengo todas las de perder frente a mi rival.

—Estoy casada y, por si no lo sabes, también tengo una amante —respondo muy digna—. No necesito recurrir a eso.

Lluvia bate palmas encantada. Esta vez, no habrá sorbito de vino para mí.

—Estaba segura, casi me siento culpable por lo sencillo que va a ser este juego para mí.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo.

—Como usted diga doctora, pero de momento quítese las zapatillas.

Las reglas son las reglas, y lo cierto es que no me molesta en absoluto la idea de perder la ropa delante de Lluvia. Obediente, hago lo que me pide, y me resulta especialmente agradable deslizar los pies descalzos sobre la suavidad de la vieja alfombra que hay entre los butacones. Lo único que me sigue torturando es la idea de mi amante haciendo un trío, pero tengo que olvidarme de eso y aprovechar bien mi próximo intento:

—¿Y tú —digo entonces, presa de una curiosidad imposible de contener—, te has masturbado en los dos últimos meses?

—No vale repetir pregunta.

—No dijiste nada sobre eso al explicar las reglas, ahora no puedes echarte atrás.

—Está bien, como quieras. De cualquier modo...

¡Otro sorbito! ¿Se masturba Lluvia con frecuencia? No sé si la idea me excita o me molesta. Es obvio que yo no soy suficiente, que necesita más, y eso abre la puerta a que tenga otras amantes pero, pese a mis celos... definitivamente, pensar en ella acariciándose me excita, y mucho.

—Vas a terminar emborrachándome. En fin, allá voy de nuevo: apuesto a que nunca habías sido infiel a tu marido antes de conocerme a mí. Ve quitándote la blusa por favor.

Tengo la sensación de estar perdiendo el juego claramente, y no me refiero al hecho de tener que desnudarme de nuevo ante Lluvia. El problema es que me

siento una aburrida ama de casa que apenas ha vivido, mientras que ella aparece como una mujer segura de sí y de su sexualidad, y cada vez me parece más imposible que pueda haber algo serio entre nosotras.

Resignada, desabrocho los botones de mi blusa y, ante su sonrisa satisfecha, la dejo caer a los pies del butacón.

Ahora me toca a mí. Tengo que saberlo, voy a apostar fuerte. Después de todo, tampoco implica nada desde el punto de vista emocional, puedo disfrazarlo y hacer la pregunta como si se tratase de algo meramente sexual, sin implicaciones románticas, ocultando lo mucho que va a afectarme a mí su respuesta:

—Apuesto a que, desde que me conoces a mí, no has hecho el amor con nadie más.

Casi no puedo respirar mientras espero su respuesta. Seguro que tiene miles de amantes, solo nos vemos una vez cada quince días, ¡y estaba en Madrid sin que yo lo supiera! He sido una tonta, ahora va a confesar sin rubor que se acuesta con Álex, probablemente también con esas dos, ¿cómo se llamaban?

—Bravo doctora, esta vez gana usted.

A pesar de perder, Lluvia tiene una sonrisa en la cara que va de oreja a oreja. Es evidente que mi pregunta no la ha molestado en absoluto, pero estoy tan contenta que apenas reparo en ello, ¡solo se acuesta conmigo! Desde luego, eso no quiere decir que esté enamorada de mí, pero de nuevo me parece que la velada es perfecta y que el mundo es un lugar maravilloso.

—Muy bien, quítate los pantalones.

Obediente y sin dejar de sonreír, Lluvia se pone en pie y desabrocha el botón de sus pantaloncitos, que enseguida se deslizan a lo largo de sus preciosas piernas antes de caer al suelo. Luego, con un gracioso saltito se libera de ellos

y, sin perder tiempo, vuelve a sentarse frente a mí.

—Esto se está calentando, ¿quieres que lo dejemos?

—De ninguna manera —respondo—, estoy en racha.

—Muy bien. Entonces, voy a hacer lo mismo que tú y copiar tu pregunta. Desde que me conoces, ¿has hecho el amor con alguien más?

No entiendo cómo puede hacerme esa pregunta. ¿Es que no cuenta a Sergio, o acaso quiere saber si las cosas entre nosotros han cambiado últimamente? Lo cierto es que la frecuencia de nuestras relaciones ha disminuido de un modo alarmante pero, si el juego exige sinceridad absoluta, lo único que puedo hacer es dar otro sorbo a mi copa de vino.

Nunca he mirado tan fijamente a nadie como ahora miro a Lluvia. Desearía adivinar qué siente al comprobar que sigo acostándome con mi marido, que yo sí he tenido orgasmos con otra persona después de conocerla a ella. ¿Estará celosa? Por dios, que esté celosa, que tuerza el gesto, que...

—Vamos doctora, su turno.

Mi decepción es absoluta. Lluvia no parece haber sufrido impacto alguno, ¿se lo imaginaba ya o simplemente no le importa lo que haga yo cuando no estoy en su cama? Mientras rumio mi desencanto, hago una pregunta absurda que mi amante supera sin problemas, y ella termina su copa y tiene que rellenarla antes de continuar.

De momento, el juego está igualado. Yo he perdido mis zapatillas y mi blusa, de modo que estoy descalza, en sujetador y con mis vaqueros. Por su parte, Lluvia solo ha perdido una ronda, pero como yo he decidido obviar sus sandalias, que me encantan, aparece ya en braguitas, lo cual equilibra mucho la situación. Ahora, nuevamente le toca a ella, y al hablar me mira de un modo que me taladra y tuerce la boca en una sonrisa que con facilidad eclipsaría a la

propia Mona Lisa.

—Vamos allá, y recuerda que tienes que ser totalmente sincera.

—Por supuesto.

—Apuesto... a que nunca has tenido un orgasmo mejor que los que yo te provoco.

Un tenso silencio sigue a sus palabras. ¿Debo ser sincera ahora? Si bebo un sorbo de mi copa pensará que el sexo es mejor con Sergio, si no lo hago tal vez me esté poniendo demasiado en sus manos. Lluvia me observa sin pestañear, y yo no tengo ni idea de qué debo hacer a continuación. Pero he prometido decir toda la verdad, son las reglas del juego.

—Está bien, tú ganas.

El rostro de Lluvia se ilumina de tal modo que, de nuevo, siento la tentación de confesar lo mucho que ha pasado a significar para mí. Pero debo ser prudente, es mejor mantenerse a la expectativa, seguir adelante con el juego y ver hacia dónde puede llevarnos. Poniéndome en pie, empiezo a forcejear con el botón de mis ajustados vaqueros.

—¿Qué haces?

—Pues... pagar prenda, he perdido.

—Desde luego que has perdido, pero soy yo la que elige qué debes quitarte. Fuera el sostén.

—Eso es trampa.

—Nada de trampas, son las reglas.

Si debo ser sincera, no siento deseo alguno de protestar. La sensualidad que nos envuelve me parece mágica, y estar llegando al final de juego solo puede significar una cosa: que las dos vamos a ganar, sea cual sea el resultado. Sin

hacerme de rogar, doy un rápido toque al automático de mi sujetador y me libero de él.

—Son espléndidas.

El escueto comentario de Lluvia tiene para mí más valor que toda la obra del mejor poeta del mundo. El fuego empieza a languidecer, pero el rescoldo mantiene un calor que, combinado con mi temperatura interna, me convierte de nuevo en una adicta a esta extraña mujer que el destino puso un día en mi camino.

—¿De verdad te gustan?

—Podría estar mirándolas toda la vida. Ven aquí.

—De eso nada. Ahora me toca a mí. Apuesto... apuesto a que nunca te ha gustado nadie más de lo que te gusto yo en este mismo instante.

Lo he dicho sin pensar, y antes de escuchar su respuesta me invade un miedo terrible. ¿No habré ido demasiado lejos? ¿Hasta qué punto puede responderse a esa pregunta de un modo sincero? Incluso en el caso de que hubiera estado enamorada antes, sería una grosería por su parte confesarlo en este preciso momento. Sin duda, ha sido una torpeza increíble decir eso, ni implica nada ni significa nada, lo que tengo que hacer es retirarlo y...

—Usted gana, doctora. ¿Qué prenda desea que me quite?

Me cuesta pensar con claridad, ¿qué acaba de pasar? Siendo racional, lo único que ha confesado Lluvia es que, en este momento, le parezco la persona más atractiva que ha conocido, lo cual no implica amor eterno ni nada por el estilo. De cualquier modo, no puedo evitar que mi corazón salte como si acabara de recibir el perdón para una pena de muerte.

—Las braguitas, por supuesto —contesto, intentando parecer dueña de la situación.

—Contaba con ello.

Sin ningún pudor, mi invitada se levanta y, balanceando rítmicamente las caderas, juega durante unos segundos con el elástico de la breve prenda. ¿No es lo más hermoso que he visto en mi vida? Tiene unas muslos larguísimos, firmes y perfectamente torneados; sus rodillas, oh, sus rodillas, por no hablar de su cintura, estrecha, frágil pero al mismo tiempo terriblemente provocativa.

Ya está, las braguitas han caído al suelo. De nuevo puedo admirar su sexo, ¡qué hermoso es, completamente desnudo! Para premiarme, Lluvia gira lentamente sobre sí misma, y entonces puedo deleitarme en la contemplación de sus nalgas, redondas, altivas, simplemente perfectas.

Estoy a punto de levantarme e ir hacia ella cuando mi amiga, guiñándome el ojo, vuelve a sentarse frente a mí, ¿de verdad pretende seguir jugando?

—Vamos al dormitorio, por favor.

—Un poco de paciencia doctora, aún tengo una pregunta importante.

Me cuesta un triunfo no quitarme el resto de la ropa y saltar sobre ella. El último tronco acaba de apagarse, solo queda el delicioso rescoldo de las brasas y el sonido de la música de fondo como compañía. El vino y el calor me sumergen en un voluptuoso estado de sensualidad que necesito dejar salir de mi cuerpo antes de que me haga estallar, pero haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad me dispongo a escuchar lo que Lluvia quiera preguntarme:

—Apuesto... apuesto a que nunca has bailado con una mujer en una casa perdida en medio de la sierra.

Ahora sí que no puedo más. Sin contestar a su pregunta, salto de mi butaca, la obligo a levantarse y, tomándola de la cintura y medio desnudas como estamos, empezamos a dar lentos giros pegadas al calor agonizante de la chimenea. Todo tiene un aire de irrealidad que convierte el instante en algo

mágico, y de un modo absurdo deseo al mismo tiempo poseerla y que este baile dure para siempre.

—Podría estar así eternamente —dice Lluvia, como si adivinara mis pensamientos.

La música nos envuelve con una cadencia lenta y contagiosa. Nunca he sabido bailar, de modo que ahora dejo que sea ella quien me guíe. En su mano izquierda sostiene mi mano derecha, y con los brazos libres cada una envuelve la cintura de la otra. Descalza, soy un palmo más baja que mi amante, que aún conserva las sandalias. Eso me facilita apoyar la cabeza en su hombro mientras mis pechos se comprimen contra ella, y de ese modo giramos en lentas vueltas durante un tiempo que no puedo precisar.

Su mano se ciñe a mi cintura, y yo la imito, y entonces recuerdo que está desnuda, aparte de su top, y mis dedos se excitan al contacto con su piel suave y sedosa, tan caliente como el fuego que se resiste a consumirse por completo. Como si tuviera vida propia, mi mano izquierda abandona poco a poco su cadera, descendiendo con cuidado hasta acomodarse amorosa sobre la pronunciada curva de los glúteos.

No hay protesta alguna, y durante un tiempo me contento con sentir sobre la palma de la mano la suavidad de sus tersas nalgas. Ninguna dice nada, solo se oye la música de fondo, como un manto que nos protegiera del mundo exterior. Entonces, sin poder resistir la tentación, mi mano se desplaza unos centímetros y hundo mis dedos entre los rotundos glúteos, a lo que Lluvia responde cimbreado como una gacela y emitiendo un gemido de satisfacción.

Sin detener nunca nuestro lento girar sobre la alfombra, me adentro en el más prodigioso de los valles, exploro, investigo... y encuentro. La yema de mi dedo índice se sitúa sobre la entrada de su pequeño y escondido recto, y solo entonces Lluvia se separa un instante de mí, mirándome con una sonrisa

sorprendida que se me antoja el colmo de la sensualidad:

—Vaya, doctora. La veo muy audaz esta noche.

—Perdona, yo...

—No, sigue. Pero ve con cuidado, por favor.

Sus palabras me inflaman de un modo indescriptible. Ya no hace falta hoguera, estoy segura de que nuestros cuerpos desprenden la energía suficiente como para mantener caliente la casa entera. Empieza a faltarme el aliento. Al mismo tiempo que giramos acunadas por el dulce compás de la música, mi dedo gira travieso en torno a la exquisita oquedad. Nunca he hecho esto con Sergio, nunca me ha apetecido tocarle ahí ni he permitido que él lo hiciera conmigo. No consigo entender por qué me fascina tanto ahora jugar con Lluvia de este modo.

Los minutos se deslizan con una lentitud sorprendente, es como si el tiempo se hubiera detenido. Lluvia parece abrirse ante mi insistencia, permitiendo que mi dedo avance tímidamente en su conquista. La joven da un respingo y, por un instante, temo que mi intromisión la moleste, pero todo lo que hace es susurrar en mi oído.

—Es usted muy traviesa, doctora.

No puedo explicar cuánto me excita el sonido de su voz. Es tan cálida, tan suave y aterciopelada... Creo que me estoy enamorando de ella hasta la médula, tengo que decírselo o acabaré muriendo de ansiedad, pero aún no es el momento, porque mi dedo ha hecho otro pequeño avance, y el ligero estremecimiento de su cuerpo me ha quitado sencillamente la capacidad de hablar.

—Uff...

Su gemido es de una dulzura tal que me obliga a tragar saliva. Tengo los

pezones tan duros que casi me duelen, su mano sobre mi espalda desnuda es tan agradable que me parece que hace tiempo que mis pies han dejado de tocar el suelo. Forzando la postura de mi muñeca, consigo que mi índice avance hasta la falange sin que mi amante emita protesta alguna. ¡Es majestuoso pensar que estoy allí dentro!

¿Permitirá ella que otras mujeres la toquen como yo estoy haciendo? Necesito pensar que soy distinta, única, que tengo un salvoconducto especial que me abre el acceso a un terreno vedado al resto de la humanidad. Un “te quiero” desgarrado se estrangula en mi garganta por pura cobardía, pero a cambio mi dedo empieza a moverse suavemente, como animado por una sabiduría ancestral que le indicara el procedimiento adecuado.

Entonces, noto que las poderosas nalgas se cierran sobre mi mano. Algo ha pasado, ¿la habré hecho daño? Mientras me reprocho haber ido demasiado deprisa, Lluvia detiene nuestro suave giro y, mirándome fijamente, susurra con voz apenas audible:

—¿Sabe, doctora? Podría apostar a que yo nunca había hecho esto antes... y ganaría.

Creo que voy a estallar de júbilo. Entonces, ¿es algo tan nuevo para ella como lo es para mí? Lo curioso es que jamás antes había pensado en ello, ha surgido por sí solo, sin planificación alguna. Siento que una ola de intimidad creciente nos envuelve, y un deseo de conquistar por completo ese terreno virgen me sacude con tal fuerza que el mero hecho de seguir de pie me supone un sobreesfuerzo incalculable.

—Dilo y me tendrás siempre —vuelve a susurrar Lluvia sin apenas moverse.

—¿Qué?

—Di que me quieres y podrás hacer conmigo lo que se te antoje... lo que sea.

No estoy segura de lo que está pasando. Al principio creo que se trata solo uno de esos arrebatos, fruto de la pasión, que a veces nos hacen decir cosas que no sentimos y que suenan ridículas cuando el frenesí sexual desaparece. Pero luego veo la mirada de Lluvia, que echa chispas, y siento su cuerpo entero temblar como el de una chiquilla, y empiezo a entender que sus palabras son sinceras y que está esperando una respuesta por mi parte.

Durante unos segundos permanecemos en silencio, mirándonos fijamente y sin parpadear. Una parte de mí quiere saciar su ansia, cumplir su orden, pero otra tiene de pronto miedo, porque ahora todo es tan real que me asusta dar semejante salto mortal sin tener una red protectora. Sin embargo, estoy a punto de confesar mi amor, ¿puedo imaginar mayor dicha que la de compartir mi vida con esta mujer que baila ahora medio desnuda entre mis brazos? Solo hace falta abrir la boca y decir dos simples palabras, “te quiero”, y habrá final feliz. Estoy a punto de hacerlo, voy a hacerlo, estoy decidida.

Pero entonces, por encima del hombro de Lluvia, veo la foto familiar. Marta en el centro, Sergio en un lado y yo en el otro. Entonces, siento pánico y dudo, y Lluvia lo nota, y su mano separa la mía con rabia, y lo siguiente que recuerdo es verla subir corriendo por la escalera, mientras yo, paralizada, me quedo inmóvil junto a la chimenea como una estatua.

¿Qué debo hacer ahora? Es extraño. Cuando pensaba que Lluvia estaba por encima de mis posibilidades, ardía en deseos de confesar cuánto me importa. Sin embargo, cuando ella prácticamente me ha suplicado que le diga que la quiero, me he quedado bloqueada. Nerviosa, busco en vano mi sujetador, que no aparece por ninguna parte, mientras el torbellino de ideas contradictorias que es mi cabeza gira descontrolado.

Maldita sea, una cosa es decirme a mí misma que siento por mi amante mucho

más que una mera atracción física, y otra muy distinta reconocérselo a ella. Porque si algo tengo claro es que no sirvo para llevar esta doble vida, y si de pronto Lluvia se convierte en una posibilidad real, me estremece pensar qué tendré que hacer entonces con mi matrimonio.

De cualquier modo, tengo que subir a buscarla y aclarar las cosas, ¿dónde está el maldito sostén? Renunciando a encontrarlo, me pongo la blusa y, al volverme, veo que Lluvia baja las escaleras. También ella ha cubierto su desnudez parcial y, ahora, tiene lo que parece una sonrisa-disculpa con la que me parece tan vulnerable que siento un deseo inmenso de abrazarla. Sin embargo, lo único que hago es aguardar a escuchar lo que sin duda tiene que decirme:

—Perdóname, no sé qué me ha pasado. Me he dejado llevar.

—Lo siento Lluvia, yo...

—No, no hace falta que digas nada. Ha sido una tontería. El vino, la situación... estaba muy excitada...

—Yo también lo estaba.

Es nuevo ver a Lluvia con esta actitud sumisa y casi derrotada. Por un mezquino instante, me siento vencedora de no sé bien qué batalla y, en lugar de estrecharla en mis brazos, me limito a sonreír y a seguir escuchando sus palabras:

—Entonces, ¿todo sigue bien entre nosotras?

—Por supuesto. Si tú estás bien, yo estoy bien.

—Yo estoy perfecta, no sé por qué he dicho esa tontería. No significa nada, de verdad.

—Claro... lo sé.

¿Es desencanto lo que experimento ahora? Siento un desprecio creciente hacia mí misma, porque no soy capaz de corresponder a Lluvia cuando ella parece entregarme su alma, pero después me decepciona comprobar que tal vez no esté tan prendada de mí como me gustaría. ¿Qué quiero exactamente de ella?

—Entonces —dice de pronto la joven cogiéndome de la mano—, ¿subimos arriba y seguimos donde lo habíamos dejado?

Me gusta sentir su mano caliente sobre la mía. En silencio, las dos subimos las escaleras y entramos en el cuarto de invitados. Con un último residuo de respeto hacia Sergio, he preferido no mancillar mi cama de matrimonio, aunque he tenido cuidado de ocultarle ese pequeño detalle a Lluvia.

Por fin estamos las dos desnudas bajo las sábanas. Es estupendo sentir la tibieza de su cuerpo, mi excitación crece tan deprisa como la suya, pronto el gemido de nuestras gargantas se impone sobre el silencio de la noche...

Sin embargo, no consigo librarme de la terrible sensación de haber roto algo hermoso y delicado, y lo peor es que no sé si tendré la oportunidad de repararlo.

Lluvia. Tocada y hundida

—Cualquiera diría que te ha atropellado un camión. Dos veces.

—No estoy de humor, Álex.

—Venga, tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Le pedí que dijera que me quería, ¡se lo pedí! ¿Se puede ser más patética?

—Pues...

—Joder Álex, estábamos bailando medio desnudas, era un momento especial, íntimo, uno de esos instantes en los que dices cualquier cosa, se lo pedí susurrando en su oído y... nada.

—Tal vez sintiera miedo.

—Deja ya de intentar consolarme, tus consejos están siendo una mierda. Tengo que asumir que para ella solo soy una aventura y punto. Me follará hasta hartarse y luego me dará el portazo y volverá con el imbécil de su marido.

—Vaya, tu vocabulario baja bastante de nivel cuando estás deprimida.

Si las miradas matasen, Álex estaría a estas alturas criando malvas. Sé que su intención es buena, pero hoy ni siquiera su irónico sentido del humor consigue aliviarme. Nunca había tenido esta sensación de humillante derrota y nunca había sido la parte débil de una relación, tal vez a partir de este momento sea más comprensiva cuando vea aparecer una lagrimita de desamor en mis futuras conquistas.

Porque está claro que no puedo seguir viendo a Beatriz. Me hace daño, me quita las energías y mi habitual optimismo. He quemado mis naves, aposté y perdí: después de lo sucedido, ni en mil años seré capaz de volver a ser yo la que dé el primer paso, un nuevo rechazo sería demasiado para mí.

Fue un infierno pasar el domingo haciendo el amor con ella, esforzándome por aparentar buen humor, fingiendo que mi torpe patinazo sentimental de la noche anterior había sido fruto del vino y del encanto de la situación, y no de un anhelo que salía de lo más profundo de mi interior. Sí, había puesto todo mi empeño en tratar de calmar a Bea y dejar claro que no estaba confundiendo nuestra relación y que sabía perfectamente lo que era: una aventura muy satisfactoria pero sin ningún tipo de profundidad.

Y ahora estoy aquí, con Álex. Ha pasado casi una semana y Bea y yo no hemos tenido el menor contacto, ni siquiera a través del whatsapp. Ninguna de las posibles explicaciones me consuela; o bien mi cruel doctora se ha asustado y sospecha mi enamoramiento, o bien simplemente empieza a cansarse de una relación que ha estado basada en la novedad sexual, novedad que por fuerza tiene que ir desapareciendo poco a poco. En cuanto a mí, ya he dicho que me he jurado a mí misma no volver a ser la que tome la iniciativa, ¡ojalá no me hubiera dejado llevar por el embrujo del momento!

—¿Salimos a tomar algo?

—No me apetece. Pero puedes salir tú, no me importa quedarme sola.

—Hostia tía, te ha dejado para el arrastre. ¿Quieres que echemos un polvo, a ver si te animas?

—Eso va contra la regla número uno: nada de sexo entre compañeras de piso.

—Joder, ésa sí que te la has aprendido. Llevo una racha desastrosa, ¡yo sí que debería estar deprimida!

Al final, Álex ha conseguido arrancarme media sonrisa sincera. Realmente, su apoyo está siendo muy importante para mí en esta extraña etapa de mi vida. Poniéndome en pie, cojo mi bolso y le agradezco a mi nueva amiga todo su apoyo con un prolongado abrazo.

Luego, acepto su primera propuesta y las dos juntas salimos por ahí a tomar una cerveza.

Beatriz. Lo inevitable

Viernes. Llevamos cinco largos días sin saber nada la una de la otra, y eso me hace vivir en un estado de ansiedad tal que a duras penas puedo concentrarme en el trabajo. Cada cinco minutos miro el móvil con la esperanza de que Lluvia me haya puesto algún mensaje. Mataría por un simple “¿cómo te va?” o “¿cómo lo tienes para vernos el próximo fin de semana?”. Cualquier cosa que demostrara que todo sigue bien entre nosotras.

No sé qué pensar. El recuerdo de su frase mientras bailábamos martillea una y otra vez en mi cerebro: “dilo y me tendrás siempre”. ¿Era una declaración de amor encubierta, o simplemente el resultado de muchas horas de excitación creciente? Me siento incapaz de adivinar la respuesta correcta. El domingo fue extraño, las dos fingiendo que no pasaba nada y cuidando de no volver a tocar el tema.

Tampoco hablamos de Álex ni me explicó qué hacía en Madrid sin yo saberlo. ¿Estará ahora en la ciudad? Me consume la incertidumbre, me muero de ganas de llamar pero, ¿qué decir? Hace mucho que ya no me basta con el sexo, necesito más de ella, me gustaría poder comentar con Lluvia todos mis problemas, charlar como si fuéramos viejas amigas, pasear cogidas del brazo escuchando sus angustias y volcando sobre ella las mías.

Sin embargo, ¿cómo podría hacer eso? Tengo una familia, mi hija atraviesa un momento difícil, necesita que mis energías se concentren en ella y no en un ridículo amor extramatrimonial. En cuanto a Sergio, es cierto que las cosas no van bien últimamente, ¡pero es Sergio! Lleva en mi vida desde que tengo memoria, no consigo recordar cómo era yo antes de conocerle, por fuerza tenemos que ser capaces de superar esto.

Nada, acabo de volver del trabajo y el móvil sigue muerto. Finalmente, no he hecho ninguna reserva para pasar el fin de semana fuera con Sergio, como

habíamos quedado. Sencillamente, no estoy de humor para hacer escapadas románticas por ahí; en cierto modo, tal vez me parezca que sería una especie de traición a Lluvia, aunque si pienso en ello me doy cuenta de que es algo totalmente ridículo.

—Hola Bea, ya estoy aquí.

Mi marido llega temprano por primera vez en varios meses, pero ni siquiera sé si eso me alegra o no. Está guapo, con su elegante traje y esa corbata que le regalamos Marta y yo por su último cumpleaños. ¿Estará teniendo también él una aventura? A ratos me parece obvio, pero otros me pregunto si no querré creer eso para sentirme menos culpable.

—¿Todavía estás así?

—¿Así cómo?

—No me digas que lo has olvidado, hice una reserva para cenar en nuestro restaurante favorito.

¿Cómo he podido olvidarlo? Desde luego, no estoy hecha para jugar a dos bandas, sospecho que hoy ninguna de las dos personas con las que me acuesto podría decir nada demasiado bueno sobre mí.

—Lo siento Sergio... he estado liadísima en el trabajo.

—Vale, no te preocupes. Podemos dejarlo para otro día, yo también estoy cansado.

Le ha faltado tiempo para renunciar a nuestra cena. No hace mucho, ni por asomo habría aceptado cancelar la velada. ¿Qué nos está pasando? Da toda la impresión de que lo único que pretendía Sergio era apaciguarme a mí, no disfrutar de mi compañía.

Mientras pienso en esto, mi marido desaparece en el dormitorio y regresa con

el pantalón corto de estar en casa y una camiseta sin mangas. Luego, se deja caer a mi lado en el sofá y, cogiendo el mando de la tele, intenta encontrar algo de deporte.

—No te imaginas el lío que tenemos con los alemanes. Ya lo ha dicho Fernando, es mejor que...

¿Qué estará haciendo Lluvia? ¿Estará en Madrid? Me pregunto si ella habría reaccionado igual en caso de haber cancelado una cena romántica. Eso me hace recordar que tengo su ropa interior guardada en la cómoda de mi cama, ¡su regalo fue tan excitante!

—... así que les hemos dicho que les damos dos semanas para cerrar el trato, ¿te parece que hemos hecho bien?

—Eh... sí, por supuesto.

Dios, ¿qué me pasa? No he escuchado ni una sola palabra de lo que ha dicho Sergio, y eso que sé que hay mucho dinero en juego en ese contrato con los alemanes. Debo admitirlo, no me interesa en absoluto, nunca me había sentido tan alejada de mi marido.

—¿Tienes planes para este verano?

—No...

—He pensado que tal vez podíamos ir a...

¿Qué pensará hacer Lluvia en verano? Alguna vez ha comentado su intención de pasar tres meses por Europa, yendo de un lado a otro sin rumbo fijo. Los estudiantes tienen tanto tiempo libre... ¿con quién iría? No puedo evitar sentirme celosa, me resulta imposible creer que durante tres meses no encuentre miles de posibilidades de sustituirme, ¿cómo podría acordarse de mí a la vuelta?

—... y a lo mejor se apuntarían Fernando y su nueva pareja. Tienes que conocerla, es una chica que... ¿Bea?

—Sí.

—¿Me estás escuchando?

No, la verdad es que no le estoy escuchando. En primer lugar porque no tengo demasiadas ganas de planificar ahora las vacaciones de verano, en segundo término porque su amiguito Fernando me resulta insoportable y, finalmente... porque en lo único que consigo pensar es en Lluvia. ¿Estará ahora con Álex? ¿Qué hay entre ellas? Me dijo que no se acostaba con nadie más, ¿será verdad? Tengo que llamarla y salir de dudas o voy a volverme loca. No puedo seguir así ni un minuto más, pero es evidente que hoy Sergio no va a salir de casa, y me ha prometido que este fin de semana me lo va a dedicar a mí.

De pronto, noto perfectamente que algo da la vuelta en mi cerebro. Es como si un engranaje hubiera girado hasta alcanzar por fin la posición adecuada. Soy médico, tengo mentalidad científica, siempre he sido una persona racional que no hace las cosas por impulsos. Sin embargo, algo más fuerte que yo surge de mi interior, empujándome a hablar, a soltar lo que llevo dentro antes de pararme a analizar las consecuencias del cataclismo que voy a provocar. Sé que tengo que hablar o, sencillamente, me derrumbaré sin remedio.

—Creo que ya no estoy enamorada de ti.

Admito que no ha sido la mejor manera, pero era esta o ninguna. Mi marido, que acababa de encontrar un canal con tenis y estaba repantingado en su sitio favorito del sillón, gira la cabeza hacia mí y me mira atentamente. Nos conocemos desde hace una eternidad, y tal vez por eso se da cuenta enseguida de que no bromeo. Me consume la ansiedad, ¿cómo va a reaccionar? ¿Gritará, pensará que es una broma, suplicará?

Sergio apaga el televisor y desvía la mirada. ¿Qué está pensando, por qué no dice nada? Mi marido es un hombre tranquilo y concienzudo, pero está empezando a exasperarme con su actitud. Al fin, carraspea, fija la mirada en el suelo como si fuera él quien estuviera rompiendo un matrimonio y, con voz profunda, contesta a mis palabras:

—Si es por lo de Laura, puedo asegurarte que ya se ha terminado.

Al principio no entiendo nada. Luego, poco a poco la luz se hace en mi cerebro, ¿cómo he podido estar tan ciega? Laura, la nueva abogada del bufete, la encantadora jovencita de la que al principio oía maravillas pero que, de un tiempo a esta parte, parecía haber desaparecido del mapa. Lo curioso es que, más allá de la sorpresa y del innegable sentimiento de orgullo herido... me doy cuenta de que su traición no me duele en absoluto.

—He estado un año con ella, pero ya se ha acabado, lo juro.

¿Un año? ¡Un año! Sé que no estoy en condiciones de reprochar demasiado a nadie, pero no entiendo cómo ha podido estar tanto tiempo con ella sin decirme nada. Yo llevo apenas cuatro meses con Lluvia y me está costando la vida, ¿cómo puede él tomarlo con tanta naturalidad? Dios mío, hace seis meses coincidí con Laura en una fiesta del bufete y mi marido me la presentó como si tal cosa, ¡es indignante! Indignante, sí, pero... sigo sin sentir poco más que una rabia ligera y mucho menos lacerante de lo que cabría esperar. Por otra parte, ante mi silencio, mi marido sigue hablando, metiéndose el solo en la boca del lobo sin darse cuenta:

—El fin de semana pasado corté con ella para siempre. Yo te quiero a ti, tenemos que pensar en nuestro matrimonio, Marta nos necesita y...

—Me da igual lo tuyo con Laura.

—¿Qué?

—Ni siquiera lo sabía. Sospechaba, pero no lo sabía.

Es terrible cómo son los hombres. Una amiga me contó una vez que tenía la teoría de que un marido solo deja a su esposa si tiene algo seguro detrás. No sé si se puede generalizar, pero es evidente que Sergio solo ha renunciado a su amante al ver amenazado su matrimonio, y que jamás habría confesado de no haberlo creído necesario. En cuanto a mí, soy tan culpable como él, pero al menos yo me he lanzado al vacío antes de saber si cuento con red de seguridad o no. Ahora mismo, no sé si Lluvia está en Madrid, si me quiere o si simplemente piensa en mí como en una milf sexy con la que pasar una agradable temporada. Lo que sí sé, con una claridad meridiana, es que Sergio es ya pasado en mi vida.

A mi lado, mi marido protesta, apela a las dos décadas de vida en común, promete cambiar, jura amarme solo a mí. No explica cómo es posible que, entonces, lleve un año acostándose con otra. De pronto siento que no puedo pasar ni un segundo más en la misma casa que él. Pero no puedo irme así, he amado a este hombre con locura, y sé que él también me ha querido a mí. Nuestro final no puede ser hipócrita ni falso, nos debemos al menos eso, y tenemos que aprender a respetarnos de nuevo si queremos ser unos buenos padres en el incierto futuro que se nos presenta.

—Hay algo más que tienes que saber.

Mi marido me mira espantado, porque le basta con ver mis ojos para adivinar lo que tengo que decir. Nos conocimos siendo unos niños, crecimos juntos y nos moldeamos mutuamente como adultos, apoyándonos siempre. Una simple mirada entre nosotros es suficiente, y creo que en el fondo ninguno de los dos se está llevando una sorpresa esta horrible tarde de viernes. Lo que sucede es que la rutina es más sencilla y protectora que los cambios, y que salir a la intemperie escuece, y mucho.

Mis palabras suenan tensas y, según las pronuncio, yo misma me conmuevo por lo que significan, porque soy consciente de que de una vez por todas he tomado partido:

—Estoy enamorada de otra persona.

—Jo... joder. ¿Le conozco?

De nuevo, la típica pregunta. Por lo visto, si es un desconocido duele menos, aunque el resultado de haber perdido a la persona con la que creías que ibas a compartir el resto de tu vida sea el mismo.

—No —le tranquilizo—, no le conoces... Es una mujer.

Los ojos de Sergio se abren mucho, está a punto de decir algo pero no acierta a pronunciar palabra. En cuanto a mí, me ha sorprendido lo mucho que me ha gustado reconocer en voz alta y delante de otra persona cuánto me importa mi amante, de modo que, solo por el placer de volver a oírlo, añado:

—Me he enamorado con locura de una mujer. Se llama Lluvia y tiene una forma de sonreír encantadora.

No consigo prestar atención al impacto que mis palabras puedan haber causado en mi marido. Tengo treinta y cinco años, pero me siento como una niña con todo el futuro por delante. Ha bastado mi confesión para librarme de la losa que desconocía llevar, y tal vez sin motivo ahora me descubro más feliz y más segura de mí misma de lo que he estado nunca.

Tanto si soy rechazada como si no, ahora ya sé perfectamente lo que tengo que hacer.

Lluvia. El final de la historia

Miércoles. Hace diez días que no sé nada de Bea, y no hace falta ser muy lista para interpretar su silencio. Supongo que se ha dado cuenta de que ya no busco en ella una mera aventura, y supongo también que ha decidido poner tierra de por medio. Como bien me dijo Álex hace ya mucho tiempo, no era buena idea engancharse a una mujer casada.

—Vamos a ir unos cuantos a tomar algo, ¿te apuntas?

Sonia, una compañera de curso que me mira a veces a hurtadillas cuando cree que no me doy cuenta, es la que ahora me invita a salir al terminar las clases. Tal vez debería aceptar, llevo unos días que no hago nada aparte de estudiar y me vendría bien olvidar un poco mis problemas. Pero justo en ese momento recuerdo que he quedado con Álex para ir juntas a llenar la nevera, de modo que me despido y cojo el autobús que me llevará a casa.

Maldito móvil, ni un solo whatsapp. O, para ser más exacta, ningún whatsapp de Bea, porque mi madre y un par de amigas que hace tiempo que no veo me han cosido a mensajes. No me apetece contestar ahora, de modo que pongo el teléfono en silencio y apoyo la cabeza en la ventanilla mientras le doy vueltas una vez más a la posibilidad de ser la que vuelva a dar el primer paso.

No, no puede ser. Fui yo la que fue a por ella en el hotel y la que inició las conversaciones a través del móvil, fui yo la que siempre estuvo disponible y aguardaba pacientemente a que Bea pudiera sacar tiempo para mí... fui yo la que, en cierto modo, se declaró junto a los rescoldos de una chimenea. Jamás habría pensado que algo así pudiera pasarme a mí, ¿qué ha hecho esa maldita madre de familia para metérseme en la sangre de esta manera?

Llego a casa de muy mal humor. Lo peor es que estoy descubriendo facetas de mi personalidad que jamás hubiera sospechado que estuvieran allí. Siempre

me había tenido por una chica alegre, sociable y muy segura de sí, y de pronto me he dado cuenta de que también puedo ser celosa, triste y pesimista, y no estoy dispuesta a que esto continúe. Voy a dar unos días más de plazo a Bea, pongamos otra semana. Si en ese tiempo no me ha llamado, borraré su nombre de mi lista de contactos y no volveré a saber de ella.

Muy satisfecha de mí misma una vez tomada tan sabia decisión, entro en mi casa, dejo el bolso en el recibidor y, mientras grito hola para que Álex sepa que he llegado, me dirijo al salón. Entonces, mi pulso se detiene y mi corazón da un vuelco porque, sentada junto a mi amiga, guapísima con el pelo recogido en una coleta y las manos cruzadas sobre el regazo, está Beatriz.

—Vaya...

—Hola...

—Hola.

—¿No es gracioso? —interviene mi compañera de piso con la mejor intención—. Resulta que hace un rato ha telefonado al fijo preguntando por ti. Yo la he confundido con esa amiga tuya que llama tanto, y le he dicho que estarías al llegar. Pero ya le he explicado a Bea que no vives aquí, que solo vienes de vez en cuando y que...

—Tranquila Álex, no hace que me busques excusas.

Las tres nos quedamos quietas un momento, sin saber qué decir hasta que Álex, pasando por mi lado, me mira con el ceño fruncido y me susurra entre dientes:

—Te he llamado mil veces para avisarte, ¿dónde coño tenías el móvil? — luego, subiendo el tono, añade—: Bueno chicas, sé que se os parte el corazón a las dos, pero creo que voy a dejaros solas un ratito.

Mi buena Álex. Al menos, sé que de todo esto voy a llevarme una gran amiga. Pero de momento la olvido tan pronto como oigo la puerta de la calle cerrarse a su espalda, porque delante de mí tengo a la persona más importante que ha pasado por mi vida, y no tengo ni idea de cuál es el motivo de su visita. ¿Ha venido a confesarme su amor... o a despedirse de mí para siempre?

—No te esperaba... ¿te apetece tomar algo?

—No, gracias. En realidad, no tengo mucho tiempo... he venido a proponerte un juego.

—¿Cómo?

—Sí, un juego que se me ha ocurrido a mí. Consiste en proponer adivinanzas la una a la otra.

No entiendo nada. El gesto de Bea es amistoso, pero tampoco hay motivo alguno para que no lo sea. Tratando de ocultar mis nervios, me siento en una silla mientras ella permanece en el sillón más cómodo, que sin duda Álex le ha ofrecido atentamente. Estamos separadas por una mesa y ninguna de las dos hace intento alguno de aproximación, ¿de verdad es esto el punto y final?

—Creo que ese juego ya está inventado —digo, intentando componer una sonrisa despreocupada.

—Hay alguno parecido, pero ninguno es como el que yo tengo en mente.

—Bueno, entonces podrías explicármelo para que empecemos a jugar.

De pronto me doy cuenta de que Beatriz está tan nerviosa como yo. Sus manos se retuercen, se muerde la comisura de los labios y no es capaz de mantener fija la vista en ningún sitio. Cuando vuelve a hablar, se diría que tiene la boca seca y que la voz sale con dificultad de su garganta:

—Adivina quién se muere de ganas por saber qué relación tienes exactamente

con Álex y qué haces en Madrid todo el tiempo.

Me cuesta no reaccionar con un grito de alegría. ¡Bea está celosa! De pronto lo veo tan claro como el agua, ¡tiene celos! Eso significa que le importo, no sé cuánto pero le importo. Pero he comprendido que es mi turno, ahora soy yo la que debe proponer una adivinanza.

—Adivina quién tuvo miedo de reconocer que se ha instalado aquí para cursar el último curso de la carrera. Adivina quién tiene una buena amiga con un piercing en la ceja que le sirve con frecuencia de paño de lágrimas.

Los hombros de Bea se relajan, sus manos dejan de retorcerse y sus ojos brillan cuando vuelve a recuperar el turno en este juego que cada vez me va gustando más:

—Adivina quién tiene una sonrisa tan maravillosa que es imposible describirla con palabras.

Quiero suponer que yo, porque de otro modo esto no tendría mucho sentido. Me cuesta creer que sea cierto, lo estoy disfrutando tanto que, en lugar de correr hacia ella, prefiero seguir con este juego que, tengo que reconocerlo, me parece absolutamente brillante.

—Adivina quién mintió cuando un día dijo que había escrito un mensaje en el whatsapp por error.

—No sé quién puede ser —sonríe Bea con picardía antes de continuar—. Adivina a quién le encantó que esa persona fingiera equivocarse.

Por increíble que pueda parecer, seguimos las dos rígidamente sentadas cada una en su sitio. Supongo que ha habido ya tanto contacto físico entre nosotras que ahora nos llena más escuchar las palabras que nunca han sido pronunciadas y que son como un bálsamo para las heridas.

—Adivina quién se siente fatal por no haber dicho nada cuando se lo pidieron

junto a una chimenea.

—Adivina quién dijo lo que dijo totalmente en serio, porque está enamorada hasta los huesos.

Es tan intenso lo que siento que no soy capaz de mover un músculo. Entonces, ¿Beatriz me quiere? Lo que durante tanto tiempo me ha parecido imposible de repente está delante de mí: lo leo en su expresión, en su manera de mirarme y en su modo de deslizar las palabras como si estuviera poniendo toda su alma en ellas.

Soy feliz, todos los nubarrones han desaparecido como por arte de magia, no puedo imaginar mayor dicha que saber que lo mío con Bea va a continuar. Creo que ya tengo todo lo que quiero hasta que, en voz muy baja, mi amante me lanza su última adivinanza:

—Adivina quién ha roto con su marido y es una mujer completamente libre.

Ahora sí que ninguna de las dos puede permanecer quieta. Saltando como sacudidas por un resorte, nos encontramos de pronto de pie en medio del salón, fundidas en un estrecho abrazo y besándonos como si hubieran transcurrido años desde nuestro último día juntas.

Es increíble cómo puede cambiar todo en un instante. Da miedo pensar que una sola persona pueda tener la llave del cofre donde se guarda tu felicidad y dártela o quitártela según le apetezca. Da miedo, pero también es deliciosamente seductor saber que esa persona existe y que tienes que confiar en ella. Ahora tengo a Beatriz entre mis brazos, y en lo único que pienso es en no soltarla nunca más, en hacerla mía y sentir de nuevo su piel caliente junto a mí.

—No —me dice sin embargo cuando hago un intento de despojarla de su ropa —. Hoy no quiero hacer esto contigo.

Las dos nos miramos fijamente. Creo que sé a lo que se refiere, pero solo cuando lo oigo siento que todo cuanto nos rodea es perfecto:

—Hoy solo quiero dar un paseo contigo por el Retiro.

No podría imaginar un plan mejor para pasar juntas el resto de nuestra vida.

Álex. Dos años después

—Por favor, atención, atención.

Ruido de sillas que se giran, conversaciones que van poco a poco extinguiéndose. Solo cuando estoy segura de tener la atención de todos los presentes, empiezo mi discurso:

—Muchos de vosotros no me conocéis, pero soy la primera amiga que tuvo Lluvia al llegar a Madrid. De hecho, las dos compartimos piso durante un tiempo... sí, sé lo que estáis pensando, “menuda suerte tuviste de convivir con semejante pibón”. Pues no os creáis que tanto, porque aparte de que una de mis reglas prohíbe claramente...

—Venga ya Álex, ¿ni siquiera hoy vas a dejar tus malditas reglas?

El sector joven ha iniciado un tímido abucheo que el resto de los concurrentes no acaba de entender, pero ha sido suficiente para recordarme que tengo que ir al grano.

—En fin, que no quiero dejar pasar la ocasión de decir que estas dos mujeres están hechas la una para la otra, hasta tal punto que a veces me da un poco de mal rollo ver lo enco... lo enamoradas que están.

Nuevos abucheos, esta vez más fuertes, pero al fondo de la sala veo a Lluvia, que tiene una sonrisa preciosa, y a su lado a Bea, que mira que está buena a pesar de ser una milf, y en el gesto de ambas leo que mi discurso les divierte y que están lejos de sentirse molestas. De cualquier modo, no estoy demasiado acostumbrada a hablar en este tipo de eventos, de modo que lo que debo hacer es buscar una manera de terminar que agrade a todo el mundo:

—Bueno chicas, que os quiero y que espero que seáis muy felices.

Ahora sí, aplausos y vítores a la feliz pareja. Dejando el micrófono para uno

de los invitados de Bea, me dirijo a la barra a ver si al menos, ya que no ligo, puedo pillar gratis un buen colocón. Pero, ¿qué ven mis ojos? Acodada en una esquina del bar, con un vestido impresionante y más sola que la una, hay una jovencita preciosa de verdad. El caso es que me recuerda a alguien, ¿dónde he visto yo ese gesto entre lánguido y provocativo?

—Hola —digo acercándome sin ser vista y buscando algo original que decir — ¿te apetece una copa?

No, original no he sido, pero en mi descargo debo decir que tanto tiempo de sequía me tiene desentrenada. Sin embargo, la joven me sonrío y no da muestras de querer salir huyendo, ¿será verdad eso que dicen de que en las bodas se liga mucho?

—Hola Álex.

¡Encima sabe mi nombre! Para que Lluvia me diga que hoy no era el día apropiado para ponerme mi camiseta reivindicativa de los derechos de las lesbianas del tercer mundo.

—¿Te está gustando la boda?

—Sí, mamá está preciosa, y Lluvia también. Hacen las dos muy buena pareja. Lo único que siento es que mi padre no pueda estar aquí.

Joder, ¡ahora sé de qué me sonaba la cara de la preciosa joven! Mientras pido algo fuerte de beber, repaso mentalmente la lista completa de mis reglas. ¿Habrá alguna que prohíba intentar ligar con la hija de la esposa de tu mejor amiga?

FIN

Si has llegado hasta aquí, lo primero que debo hacer es darte las gracias. Es una satisfacción indescriptible saber que hay alguien al otro lado que al menos ha pasado un buen rato leyendo tus historias. Por otra parte, si te ha gustado

este relato, tal vez podría interesarte echar un vistazo a otras novelas de la misma temática que tengo publicadas en Amazon:

[23 de octubre](#)

[Diluvia en Madrid](#)

[El cajón de las cosas sin decir](#)

[Y acompañar nuestros pasos por la acera](#)

[Te amo, luego existes](#)

[Eva en el laberinto](#)

[Bailarina o pirata](#)

Gracias por tu tiempo y espero que hasta pronto.